

LEE CHILD

NOCHE CALIENTE

dos historias de Jack Reacher





Noche caliente reúne dos novelas breves de Lee Child. En la primera, que da título al volumen, un joven Jack Reacher visita Nueva York bajo un calor sofocante, la noche del gran apagón de 1977, y se envuelve en una trama que incluye a la mafia, a una agente suspendida del FBI y al asesino serial «El Hijo de Sam» (*High Heat*, 2013). En *Guerras pequeñas* (*Small Wars*, 2015), Jack Reacher, ya como policía militar, tiene que investigar el homicidio de una recién ascendida teniente coronel.

Lee Child

Noche caliente

Dos historias de Jack Reacher

ePub r1.0
Titivillus 01-09-2020

Título original: *No Middle Name*
Títulos originales: *High Heat (2013), Small Wars (2015)*
Lee Child, 2017
Traducción: Aldo Giacometti
Prólogo: Elvio E. Gandolfo
Diseño de cubierta: Nacho Jankowski

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Sobre Lee Child

Por Elvio E. Gandolfo

A fines de 2012 nuevamente tenía una relación de amor/odio con Tom Cruise. Otras veces, simplemente lo odiaba. Y en menos ocasiones me despistaba con alguna actuación muy buena. Ahora lo que anunciaban parecía ser una de «serie negra», con un personaje solitario y justiciero. La fui a ver a una de las salas del cine Ejido. La estrenaron a principios de 2013, pleno verano, y no había ido casi nadie. Seríamos cinco o seis espectadores en una sala mediana tirando a chica. Media hora después estaba muy sorprendido: ¡la película tenía argumento, guion! Un demente mataba a varias personas en una parada de ómnibus, y acusaban a un exsoldado. El tipo mencionaba a un tal Jack Reacher (la única persona con quien hablaría). Y Reacher era un justiciero tipo Robin Hood: iba tan liviano de equipaje que ni documentos de identidad llevaba, y cruzaba el país una y otra vez en ómnibus (signo casi de pobreza extrema en Estados Unidos). Había estado en el Ejército, como PM (Policía Militar) muy condecorado pero ya no, desde hacía años. Otra sorpresa: la coprotagonista no era un bombón estadounidense pasteurizado, sino una abogada con cara de inteligente, y argumentos ídem. Estaba decididamente interesado. Sorpresa bomba agregada: el hipervillano no era un actor profesional sino el director alemán Werner Herzog, que lo hacía con un gusto especial en exagerar el sadismo y la crueldad.

Cuando se encendieron las luces, pasó algo no tan raro como parece. Como la película había sido directamente buena, con peleas a puñetazos a granel, tiroteos y carambolas del argumento también inteligentes, la satisfacción de la media docena de espectadores que habíamos ido hizo que nos mirásemos unos a otros (nos habíamos parado, y vacilábamos en irnos), y nos pusiéramos a hablar como si nos conociéramos, sonriendo, satisfechos.

—Estuvo buena, ¿no? —dijo el primero.

—Totalmente —dije yo, con convicción.

—Hacía tiempo que no venía una policial buena —dijo otro.

Nos fuimos yendo lentamente en la sala penumbrosa y casi vacía, diciendo algunas frases más. Y con hidalguía, salimos a la calle triturada por el sol (habíamos ido a la primera función, que en Montevideo suele ser a media tarde).

No bien llegué a casa, busqué el origen: por la publicidad que le daban al protagonista en el título, seguramente era una serie de novelas. Así leí por primera vez el nombre de Lee Child.

Hasta muy poco después de los 40 años Child había trabajado en Granada Televisión como Director de Presentación («una especie de controlador de tráfico aéreo de la red televisiva»), un cargo que desapareció cuando la empresa cambió de manos e hicieron recortes. «Yo no quería dejar el entretenimiento», declaró Jim Grant (su nombre verdadero). Hizo algunas incursiones hasta sentarse al fin a escribir. El propósito era claro: «No se trataba de un *hobby*, no era por diversión, no era por satisfacción. No era uno de esos tipos que se sienten impulsados a escribir. Tenía que mantener un techo sobre nuestras cabezas, así que estaba total, totalmente, un 110 %, motivado comercialmente».

Inglés hasta la médula, ambientó la primera novela (*Zona peligrosa*) en Estados Unidos. La empezó a escribir el 1 de septiembre. Cumplía ciertas reglas: exponía docenas de temas y elementos hasta la mitad del libro, después se dedicaba a cerrar cada cabo suelto, y lo consideraba más logrado cuantos más elementos lograba incluir. Lo que escribía no era un primer borrador, sino el único borrador. Y algo especial, teniendo en cuenta su declaración de comercialidad: partía sin saber adónde iba, sin conocer el final. Además lo encarrila contar con el título. Jamás lo cambia, aunque se lo ruegue la editorial. Son más bien simples: *Un disparo, El camino difícil, Mala suerte, Personal, Nunca vuelvas atrás*.

Cuando salí a buscar alguno de los libros, descubrí que había dos en mesas de saldo: *El enemigo* y *El inductor* en edición de bolsillo de Ediciones B. Empecé la primera. «Epa», me dije. No era Jack Reacher como vagabundo recorriendo América. Se trataba de su época de PM, a cargo de un lugar en el fin de año en que cayó el muro de Berlín. Ahí me enteré, además, de que tenía un hermano incluso más alto que él (que con 1.95 metros, tiene la estatura de Jack Reacher, pero la mitad o menos de ancho): «sombras de

Sherlock Holmes», me dije, pensando en Mycroft, el hermano estrella de Sherlock que, como el de Reacher, trabaja para el Estado.

Después fue puro deslumbramiento. No solo había una trama con militares de alto rango que se resistían a un cambio histórico (el paso de un armamento a otro, a partir de la caída de la URSS), sino también una subtrama familiar, relacionada con la madre de ambos, que vivía en París. El padre (un militar) había muerto hacía un tiempo.

Child tiene un estilo seco, corto, y a la vez chisporroteante. Y aun en la menor de sus novelas, hay un trabajo de investigación minucioso pero nada pesado sobre temas tan diversos como la fabricación de dólares (verdaderos o falsos), la circulación de las armas (legales y/o ilegales), las redes de fidelidad en el Ejército (a Reacher le ha quedado un respeto especial por los sargentos —en especial las sargentas—). En las últimas novelas, Reacher ha terminado por reconocer que, en unos Estados Unidos posteriores al 11 de septiembre, tiene que llevar al menos documento de identidad.

Un plus importante es el modo en que el inglés Lee Child (casado con una estadounidense y mudado a Estados Unidos casi enseguida del éxito de su primer libro) describe los paisajes, manías y atmósferas de América. A veces la trama puede pincharse un poco cerca del final, pero la cuota de placer de la información bien administrada y, sobre todo, de la descripción de las carreteras, pueblitos, estaciones de ómnibus y ómnibus (o de comisarías y cárceles de todo tipo, legales o ilegales), cercanas a un desfile de cuadros de Hopper en clave minimalista, aseguran un rédito inesperado, al margen de la supuesta comercialidad.

Porque el mismo Child aclaraba de inmediato, en el mismo sitio donde hablaba de esa comercialidad, que llevarla al extremo implicaba liquidar el libro: «En otras palabras, al tratar de hacerlo funcionar, lo hacías fallar. Así que sabía simultáneamente que tenía que ser muy comercial, y al mismo tiempo no me podía permitir ser comercial en absoluto. Tiene que ser un proceso muy orgánico o no funciona».

Leer *El enemigo* fue satisfacción pura. Leer *El inductor* un poco menos, salvo los incontables párrafos o diálogos informativos o filosos. «Estoy familiarizado con los civiles. En una ocasión conocí a uno», dice Reacher en la primera. Y varias páginas después: «—¿Puede imaginar una vida fuera del ejército? —preguntó». Y él comenta: «—¿Existe eso?». Es un mundo donde todavía es PM, situación que se repetirá en varias novelas.

Reacher tuvo una vida itinerante en compañía de los padres. Aprendió rápido a manejar su estatura y musculatura (un golpe favorito personal es el

cabezazo en la cara del contrario, demoledor). Su optimismo imposible de derrotar estaba presente ya en la infancia. Cuando fue a ver una película a una matiné y apareció un monstruo, los demás niños se asustaron, y él no:

> A los seis años había ido al cine, en una base de marines de algún lugar del Pacífico. (…) Un bodrio barato de ciencia ficción. De repente un monstruo saltó fuera de una laguna barrosa. El joven público estaba siendo filmado en secreto, con una cámara con luz baja. Un experimento psicológico. La mayoría de los chicos había retrocedido aterrada cuando el monstruo apareció. Pero Reacher no. Había saltado a la pantalla en cambio, dispuesto a luchar, con la navaja ya abierta. Dijeron que el tiempo de repuesta había sido de tres cuartos de segundo.

A su vez su calidad de policía aparece en muchas de las novelas y relatos, en auténticos casos de policial «de procedimiento».

En mi experiencia de lector hay un problema raro. Disfruté mucho la media docena de novelas que leí de Lee Child (que no tiene problemas en escribir *solamente* libros de Jack Reacher, a razón de uno por año: hasta ahora suman 21). Pero una buena cantidad superan las 500 páginas. Cada vez que emprendo la lectura de uno tengo que estar dispuesto a terminarlo. Ahora estoy con solo uno leído a medias. Le envidio la capacidad lectora a un amigo a quien le presté uno, y que ya anda por la docena o más (para colmo me los va pasando y me miran de reojo desde la estantería de la biblioteca).

La capacidad norteamericana para crear sistemas de distribución y bocas de salida de los productos es infinita. Por eso inventaron el «*bonus material*» en las versiones de bolsillo: un relato o novela corta. En este volumen se incluyen dos. «Small Wars» es un ejemplo típico de relato policial, donde importa «quién lo hizo» y descubrirlo es una sorpresa. «High Heat», más extenso, es un ejemplo de la simple y llana capacidad de escritor de Lee Child. Lo toma a Reacher cuando tiene 16 años, casi 17, y es *casi* un militar. Y lo coloca como recién llegado (de paso) a Nueva York, en un día especial. O una noche especial: la del Gran Apagón. Hay chicas que van a ver a Los Ramones, una mujer particular (que está solo a medias en una agencia estatal). ¿Cómo se apellida? Hemingway. Y aparece de refilón el Hijo de Sam, que en esa época hacía desquicios en la ciudad.

Advertencia: más de un amigo de años me devolvió algún libro de Saer que le pasé tirándomelo por la cabeza. Si se enganchan con el juego (casi de vanguardia eficazmente encubierta por el vehículo comercial) de Lee Child,

que no les extrañe que otro amigo (o el mismo) se los devuelva con asco, sin haber podido pasar de las primeras veinte páginas. Él (o ella) se lo pierde. En todo caso es bueno destacar un hecho raro: ya en el primer libro el autor estaba convencido de que escribía para un 99 % de varones más bien machistas. En las encuestas, supieron sin embargo que un porcentaje alto era (y siguió siendo) de lectoras. Las contradicciones del sistema, según dicen.

Noche caliente

EL HOMBRE TENÍA MÁS DE TREINTA, pensó Reacher, y un cuerpo sólido, y calor, obviamente. Tenía la camisa mojada de transpiración. La mujer que estaba cara a cara con él podía ser más joven, pero no mucho. Ella también tenía calor y estaba asustada. O al menos tensa. Eso estaba claro. El hombre estaba demasiado cerca de ella. Y eso a ella no le gustaba. Eran casi las ocho y media de la noche, y estaba oscureciendo. Pero no refrescaba. Treinta y ocho grados, había dicho alguien. Una verdadera ola de calor. Miércoles 13 de julio de 1977, Nueva York. Reacher siempre recordaría la fecha. Era su segunda visita solo.

El hombre apoyó su mano abierta en el pecho de la mujer, apretando contra su piel el algodón mojado, la parte baja de la palma bien en el escote. Un gesto nada tierno. Pero tampoco agresivo. Neutro, como un doctor. La mujer no retrocedió. Se quedó quieta en el lugar y miró a su alrededor. Sin mucho para ver. Nueva York, ocho y media de la noche, pero la calle estaba desierta. Hacía demasiado calor. Waverly Place, entre la Sexta Avenida y Washington Square. Si la gente salía, sería más tarde.

Después el hombre sacó la mano del pecho de la mujer y la movió hacia abajo como queriendo espantar una abeja de la cadera de ella, y después la volvió a subir rápido con un gran gancho semicircular y le estampó una cachetada de lleno en la cara, con fuerza suficiente como para producir un *crack*, pero su mano y la cara de ella estaban demasiado mojadas como para reproducir la acústica de un arma, por lo que el sonido salió exactamente como la onomatopeya de un cachetazo: *chas*. La cabeza de la mujer se sacudió de lado por el impacto. El sonido hizo eco en el ladrillo hirviente.

—Ey —dijo Reacher.

El hombre se dio vuelta. Pelo oscuro, ojos oscuros, quizás un metro ochenta, quizás noventa kilos. Tenía la camisa transparente de transpiración.

—Lárgate, muchacho —dijo.

Esa noche a Reacher le faltaban tres meses y dieciséis días para cumplir diecisiete años, pero en lo físico ya estaba prácticamente del todo desarrollado. Ya era todo lo alto que iba a ser y ninguna persona en su sano juicio hubiese dicho que era flaco. Metro noventa y cinco, cien kilos, puro

músculo. El producto terminado, más o menos. Pero muy recientemente terminado. Flamante. Sus dientes eran blancos y parejos, sus ojos de un tono cercano al azul marino, su pelo tenía ondas y volumen, su piel era suave y clara. Para las cicatrices y las arrugas y los callos todavía faltaba.

—Ya mismo, muchacho —dijo el hombre.

—Señora, debería alejarse de este tipo —dijo Reacher.

Lo que la mujer hizo, caminando hacia atrás, un paso, dos, fuera del alcance. El hombre dijo:

—¿Sabes quién soy?

—¿Cuál sería la diferencia? —dijo Reacher.

—Te estás metiendo con la gente equivocada.

—¿Gente? —dijo Reacher—. Esa palabra implica más personas. ¿Hay otros?

—Ya te vas a enterar.

Reacher miró a su alrededor. La calle estaba todavía desierta.

—¿Cuándo me voy a enterar? —dijo—. Por lo visto no ahora mismo.

—¿Qué clase de vivo piensas que eres?

—Señora, me puedo arreglar solo, si quiere alejarse de aquí —dijo Reacher.

La mujer no se movió. Reacher la miró.

—¿Hay algo que no estoy entendiendo? —dijo.

—Lárgate, muchacho —dijo el hombre.

—No deberías meterte —dijo la mujer.

—No me estoy metiendo —dijo Reacher—. Estoy parado acá en la calle nada más.

—Ve a pararte a otra calle —dijo el hombre.

Reacher se dio vuelta y lo miró y dijo:

—¿Quién se murió y te nombró alcalde?

—Qué bocota, muchacho. No sabes con quién estás hablando. Lo vas a lamentar.

—¿Cuando llegue la otra gente? ¿A eso se refiere? Porque ahora mismo somos solo usted y yo. Y no veo mucho que lamentar en eso, al menos no para mí, a no ser que no tenga dinero.

—¿Dinero?

—Para que yo me lleve.

—¿Qué? ¿Ahora crees que me vas a robar?

—Robarle no —dijo Reacher—. Más bien algo histórico. Un viejo principio. Como una tradición. Pierdes una guerra, entregas tu tesoro.

—¿Estamos en guerra, tú y yo? Porque si estamos en guerra vas a perder, muchacho. No me importa que seas un muchacho del interior grandote y bien alimentado. Te voy a dar una paliza. Y te va a doler.

La mujer estaba todavía a dos metros de distancia. Todavía sin moverse. Reacher la volvió a mirar y dijo:

—Señora, ¿este hombre está casado con usted, o tiene con usted algún otro tipo de relación, o la conoce socialmente o profesionalmente?

—No quiero que te metas —dijo ella. Era más joven que el tipo, seguro. Pero no mucho. Igual bastante grande. Veintinueve, quizás. Una rubia pálida. Más allá de la vívida marca roja de la cachetada era ciertamente muy linda, a la manera de una mujer madura. Pero era delgada y nerviosa. Quizás había mucho estrés en su vida. Tenía puesto un vestido suelto de verano que terminaba por encima de la rodilla. Llevaba una cartera colgada del hombro.

Reacher dijo:

—Al menos dígame qué es en lo que no quiere que me meta. ¿Este tipo es un tipo cualquiera que la está molestando en la calle? ¿O no?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Una pelea doméstica, quizás. Escuché de un tipo que golpeó a otro para defender a una mujer y después la mujer se la agarró con él porque había lastimado al marido.

—No estoy casada con este hombre.

—¿No tiene ningún tipo de interés en él?

—¿En su bienestar?

—Supongo que de eso es de lo que estamos hablando.

—Ninguno. Pero tú no te puedes meter. Así que vete. Yo me arreglo.

—¿Supongamos que nos vamos juntos?

—¿Qué edad tienes, además?

—La suficiente —dijo Reacher—. Al menos para caminar.

—No quiero cargar con esa responsabilidad. Eres un niño. Eres una persona inocente que pasaba por acá.

—¿Este tipo es peligroso?

—Muy.

—No parece.

—Las apariencias engañan.

—¿Está armado?

—No en la ciudad. No puede.

—¿Entonces qué va a hacer? ¿Me va a transpirar encima?

Lo que cumplió con el cometido. El tipo alcanzó el punto de ebullición, ofendido por que le hablaran como si no estuviera ahí, ofendido por que lo trataran de sudoroso, aunque estaba evidentemente transpirado, y salió a la carga, con la chaqueta flameando, la corbata ondeando al viento, la camisa pegándosele contra la piel. Reacher amagó para un lado y se movió para el otro, y el tipo pasó de largo, y Reacher le pegó en los tobillos, y el tipo trastabilló y se cayó. Se volvió a parar lo suficientemente rápido, pero para entonces Reacher ya había retrocedido y se había dado vuelta y estaba listo para la segunda maniobra. Que pareció como que iba a ser una repetición exacta de la primera, salvo por el hecho de que Reacher la ayudó un poco reemplazando el golpe al tobillo con un codazo al costado de la cabeza. Que estuvo muy bien conectado. A sus casi diecisiete años Reacher era como una máquina flamante, todavía reluciente y rociada de aceite, flexible, ágil, perfectamente coordinada, como algún producto desarrollado por la NASA e IBM a pedido del Pentágono.

El tipo se quedó de rodillas en el piso un poco más que la primera vez. El calor lo retuvo ahí. Reacher se dio cuenta de que los treinta y ocho grados de los que había oído hablar debían ser en algún lugar abierto. En el Central Park, quizás. Alguna pequeña estación meteorológica. En los estrechos cañones de ladrillo del West Village, cerca de las enormes baldosas de piedra de la vereda, deben haber sido más bien como cincuenta grados. Y húmedo. Reacher tenía puestos unos pantalones kaki viejos y una remera azul, y a juzgar por el aspecto de ambos artículos parecía que se hubiera caído al río.

El tipo se paró, jadeando e inestable. Apoyó sus manos en sus rodillas.

—Olvídese, viejo. Búsquese otra persona a quien pegarle.

No hubo respuesta. El tipo tenía aspecto de estar conduciendo un debate interno. Uno largo. Claramente había puntos a considerar de ambos lados de la cuestión. Pros y contras y ventajas y desventajas y costos y beneficios. Finalmente el tipo dijo:

—¿Puedes contar hasta tres y medio?

—Supongo que sí —dijo Reacher.

—Esa es la cantidad de horas que tienes para irte de la ciudad. Después de medianoche eres hombre muerto. Y antes de eso si te veo de vuelta también. —Y ahí el tipo se enderezó y se alejó caminando, hacia la Sexta Avenida, rápido, como decidido, sus tacos cascabeleando contra la piedra caliente, como una persona enérgica y resuelta camino a realizar un trámite que acaba de recordar.

Reacher lo miró hasta que se perdió de vista, y después se dio vuelta hacia la mujer y dijo:

—¿Para qué lado va?

Ella señaló en la dirección contraria, hacia Washington Square, y Reacher dijo:

—Entonces debería estar OK.

—Tienes tres horas y media para irte de la ciudad.

—No creo que hablara en serio. Se fue corriendo, para no quedar mal.

—Hablaba en serio, créeme. Le pegaste en la cabeza. Digo, por Dios.

—¿Quién es él?

—¿Quién eres tú?

—Alguien que está de paso.

—¿Desde dónde?

—Ahora, Pohang.

—¿Dónde queda eso?

—Corea del Sur. Campamento Mujuk. Cuerpo de Marines.

—¿Eres un marine?

—Hijo de un marine. Vamos adonde nos destinan. Pero la escuela terminó, así que estoy viajando.

—¿Por tu cuenta? ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete en otoño. No se preocupe por mí. No era a mí al que le estaban pegando una cachetada en la calle.

La mujer no dijo nada.

—¿Quién era ese tipo? —dijo Reacher.

—¿Cómo llegaste hasta acá?

—Ómnibus a Seúl, avión a Tokio, avión a Hawái, avión a Los Ángeles, avión al JFK, ómnibus a Port Authority. De ahí caminé. —Los Yankees estaban fuera de la ciudad, en Boston, lo que había sido una gran desilusión. Reacher tenía la sensación de que iba a ser un año especial. Reggie Jackson estaba marcando la diferencia. La larga sequía podía estar por terminar. Pero no hubo suerte. El estadio estaba oscuro. La alternativa era el Shea, los Cubs de visitante contra los Mets. En principio Reacher no tenía ninguna objeción contra el béisbol de los Mets, tal como era, pero al final la música del centro le había tirado más. Había pensado que podía pasar por Washington Square y mirar a las chicas de los cursos de verano de la NYU. Una de ellas podía llegar a tener ganas de irse con él. O no. Valía la pena desviarse. Era un optimista, y sus planes eran flexibles.

—¿Por cuánto tiempo vas a estar de viaje? —dijo la mujer.

—En teoría estoy libre hasta septiembre.

—¿Dónde te estás quedando?

—Acabo de llegar. Todavía no lo resolví.

—¿Tus papás están OK con esto?

—Mi mamá está preocupada. Leyó algo sobre El Hijo de Sam en el diario.

—Está bien que esté preocupada. El Hijo de Sam está matando gente.

—Parejas sentadas en autos, sobre todo. Eso es lo que decía el diario. Estadísticamente poco probable que sea yo. No tengo auto, y por lo pronto estoy solo.

—La ciudad tiene otros problemas también.

—Ya lo sé. Se supone que voy a ir visitar a mi hermano.

—¿Acá en la ciudad?

—A algunas horas de acá.

—Deberías irte para allá ahora mismo.

—Se supone que voy a tomar el micro de la noche.

—¿Antes de medianoche?

—¿Quién era ese tipo?

La mujer no respondió. El calor no aflojaba. El aire era espeso y pesado. Se acercaba una tormenta. Reacher lo podía sentir, en el norte y en el oeste. Tal vez iban a presenciar una verdadera tormenta eléctrica del Hudson Valley, desplegándose y resonando sobre el agua lenta, entre los altos acantilados, como de las que había leído en los libros. La luz estaba fundiendo a púrpura, como si el clima se estuviera preparando para algo grande.

—Ve a ver a tu hermano. Gracias por la ayuda —dijo la mujer.

La marca roja de la mano en su cara estaba desapareciendo.

—¿Va a estar OK? —dijo Reacher.

—Voy a estar bien.

—¿Cómo se llama?

—Jill.

—¿Jill cuánto?

—Hemingway.

—¿Alguna relación?

—¿Con quién?

—Con Ernest Hemingway. El escritor.

—No creo.

—¿Algún plan para esta noche?

—Sí.

—Me llamo Reacher. Un gusto. —Él estiró el brazo y se dieron la mano. La de ella se sintió caliente y transpirada, como si tuviera fiebre. No es que la de él no se sintiera así. Treinta y ocho grados, quizás más, nada de viento, nada de evaporación. Verano en la ciudad. A lo lejos en el norte el cielo titiló. Un relámpago. Nada de lluvia.

—¿Hace cuánto que trabaja para el FBI? —dijo él.

—¿Quién dice que trabajo para el FBI?

—El tipo era un mafioso, ¿no? ¿Crimen organizado? Todo eso de su gente, y que me fuera de la ciudad o si no. Todas esas amenazas. Y usted tenía una reunión con él. Él le apoyó la mano para ver si había un micrófono. E imagino que encontró uno.

—Eres un chico listo.

—¿Dónde están sus refuerzos? Debería haber una camioneta con gente escuchando.

—Cuestión de presupuesto.

—No le creo. La ciudad quizás, pero los federales nunca están sin plata.

—Ve a ver a tu hermano. Esto no es tema tuyo.

—¿Para qué usar un micrófono si no hay nadie escuchando?

La mujer puso sus manos atrás en la espalda, abajo, y revolvió y removió, como si estuviera ajustando algo flojo en el elástico de su ropa interior. Una caja negra de plástico salió por debajo del dobladillo de su vestido. Un pequeño grabador, balanceándose a la altura de las rodillas, colgando de un cable. Metió una mano por adentro del escote de su vestido y con la otra mano tiró del cable que le pasaba por atrás de las rodillas, y se sacudió y se retorció, y el grabador bajó solo hasta la vereda, seguido por un cablecito negro con un micrófono diminuto en la punta.

—La cinta estaba escuchando —dijo ella.

La pequeña caja negra estaba bañada en transpiración, de la parte baja de la espalda.

—¿Lo arruiné todo? —dijo Reacher.

—No sé cómo habría salido.

—Agredió a un agente federal. Eso es un delito. Yo soy un testigo.

La mujer no dijo nada. Levantó el grabador y enroscó el cable alrededor. Deslizó la cartera desde su hombro y guardó el grabador adentro. La temperatura se sentía más calurosa que nunca, y húmeda, como si una toalla mojada y caliente le tapara a Reacher la boca y la nariz. Hubo más relámpagos en el norte, parpadeando lento, apagados por el aire espeso. Ninguna lluvia. Ningún respiro.

—¿Va a dejar que se vaya así habiendo hecho eso? —dijo Reacher.

—Esto no es tema tuyo —dijo la mujer.

—No me molesta decir lo que vi.

—No iría a juicio hasta dentro de un año. Tendrías que hacer todo el camino de vuelta para llegar hasta acá. ¿Quieres tomarte cuatro aviones y dos colectivos por una cachetada?

—En un año voy a estar en alguna otra parte. Quizás más cerca.

—O más lejos.

—El sonido puede estar en la cinta.

—Necesito más que una cachetada. Los abogados defensores se reirían de mí.

Reacher se encogió de hombros. Demasiado calor como para discutir. Dijo:

—OK, que tenga una buena tarde, señora.

—¿Hacia dónde vas? —dijo ella.

—Bleecker Street, creo.

—No puedes. Es en su territorio.

—O cerca de ahí. O al Bowery. Hay música por todas partes, ¿no?

—Es lo mismo. Todo eso es su territorio.

—¿Quién es?

—Se llama Croselli. Todo al norte de la calle Houston y al sur de la calle 14 es de él. Y tú lo has golpeado en la cabeza.

—Es uno solo. No me va a encontrar.

—Es miembro de la mafia. Tiene soldados.

—¿Cuántos?

—Una docena, quizás.

—No alcanzan. El área es demasiado grande.

—Va a hacer correr la voz. Por todos los clubs y por todos los bares.

—¿Sí? ¿Le va a decir a la gente que le tiene miedo a un chico de dieciséis años? No lo creo.

—No tiene por qué dar una razón. Y la gente se va a desvivir por ayudarlo. Todos quieren sumar puntos. No durarías ni cinco minutos. Ve a ver a tu hermano. Hablo en serio.

—Es un país libre —dijo Reacher—. Para eso es para lo que usted trabaja, ¿no? Voy a ir a donde yo quiera. Tuve un largo viaje hasta acá.

La mujer se quedó quieta por un buen rato.

—Bueno, yo te avisé —dijo—. No puedo hacer más que eso.

Y se alejó caminando, hacia Washington Square. Reacher esperó en el lugar, solo en Waverly, levantó la cabeza, bajó la cabeza, en busca de una bocanada de aire, y empezó a caminar en la misma dirección que ella, más o menos dos minutos después, y la vio alejarse en un auto que había estado estacionado en un lugar en el que no estaba permitido. Un Ford Granada 1975, pensó, azul claro, techo de vinilo, una parrilla grande y dientuda. Dobló en una esquina como un yate terrestre y se perdió de vista.

WASHINGTON SQUARE ESTABA mucho más vacío de lo que Reacher esperaba. Había unos cuantos inexplicables tipos negros dando vueltas, probablemente *dealers*, y no mucho más. Ningún jugador de ajedrez, ningún paseador de perros. Pero más allá, en la cara este de la plaza, vio a tres chicas que entraban a un café. Universitarias seguro, pelo largo, bronceadas, elásticas, quizás dos o tres años más grandes que él. Encaró en esa dirección y de camino buscó un teléfono público. Al cuarto intento encontró uno que funcionaba. Usó una moneda caliente y húmeda del bolsillo y marcó el número que había memorizado del conmutador central de West Point.

—Academia Militar de los Estados Unidos, ¿con quién desea comunicarse? —dijo una cantarina voz de hombre.

—Cadete Joe Reacher, por favor.

—Espere en línea —dijo la voz, lo que a Reacher le pareció apropiado. En West Point se dedicaban a esperar en línea, a resistir, contra todo tipo de cosas, incluyendo enemigos extranjeros y domésticos, y contra el progreso, a veces. West Point era el Ejército, lo que era una elección poco común para el hijo mayor de un marine, pero Joe había sentido la determinación en su corazón. Y por el momento decía estar disfrutándolo. Reacher por su parte no tenía idea de a dónde iría. NYU posiblemente, con mujeres. A las tres del café se las había visto bastante bien. Pero él no hacía planes. Dieciséis años en el Cuerpo de Marines lo habían curado de eso.

El teléfono cliqueó y zumbó a medida que la llamada iba siendo transferida de una estación a otra. Reacher agarró otra moneda mojada y húmeda de su bolsillo y la tuvo preparada. Eran las nueve menos cuarto, y estaba oscuro, y cada vez más caluroso, si es que eso era posible. La Quinta Avenida era un cañón estrecho que se extendía hacia el norte enfrente suyo. Se veían *flashes* de luz en el cielo, bajos en el horizonte, bien a lo lejos.

Una voz distinta dijo:

—El cadete Reacher en este momento no está disponible. ¿Tiene algún mensaje?

—Dígale por favor que su hermano está veinticuatro horas atrasado. Voy a pasar la noche en la ciudad. Lo veré mañana a la tarde —dijo Reacher.

—Comprendido —dijo la nueva voz, sin ningún tipo de interés, y la línea murió. Reacher volvió a ponerse la segunda moneda en el bolsillo, colgó y encaró para el café en el lado este de la plaza.

Un aire acondicionado que estaba por encima de la puerta del café funcionaba con tanta fuerza que traqueteaba y temblaba, pero no cambiaba mucho la temperatura del aire. Las chicas estaban juntas en un box para cuatro, con tres vasos altos llenos de Coca y hielo que se iba derritiendo. Dos eran rubias y una morocha. Todas tenían extremidades largas y tersas y dientes blancos y perfectos. La morocha tenía puesto un pantalón bien corto y una camisa sin mangas, y las rubias iban en vestidos cortos de verano. Las tres parecían rápidas e inteligentes y llenas de energía. Americanas de novela, literalmente. Reacher había visto chicas iguales a ellas en copias atrasadas y grasientas de las revistas *Time* y *Life* y *Newsweek*, en Mujuk y en todas las bases en las que había vivido. Ellas eran el futuro, habían dicho los artículos. Él las había visto de lejos.

Ahora estaba de pie en la puerta bajo el rugiente aire acondicionado y las veía de mucho más cerca. Pero no tenía ni idea de cuáles eran los pasos a seguir. La vida como un niño del Cuerpo le enseñaba de todo a uno, pero absolutamente nada acerca de cómo atravesar los cinco metros de distancia entre la puerta y la mesa en un café en Nueva York. Hasta ese momento sus pocas conquistas no habían sido de ningún modo verdaderas conquistas, sino experimentos mutuos con chicas del Cuerpo tan solas como él, y también tan dispuestas y entusiasmadas y desesperadas. Sus únicos inconvenientes habían sido sus padres, que eran todos asesinos profesionales con puntos de vista bastante tradicionales. Las tres estudiantes que tenía enfrente eran un tema completamente distinto. Presumiblemente mucho más fácil desde el punto de vista parental, pero mucho más difícil en cualquier otro sentido.

Hizo una pausa.

El que no arriesga no gana.

Avanzó, cinco metros, y se acercó a su mesa, y dijo:

—¿Les molesta si me siento con ustedes?

Las tres levantaron la vista. Las tres parecieron sorprendidas. Las tres eran demasiado amables como para mandarlo a paseo. Las tres eran demasiado inteligentes como para decirle que se sentara. Nueva York en el verano de 1977. El Bronx en llamas. Cientos de homicidios. El Hijo de Sam. Pánico irracional por todas partes.

—Estoy recién llegado. Me preguntaba si me podrían decir adónde ir para escuchar un poco de buena música —dijo.

Ninguna respuesta. Dos pares de ojos azules, uno de ojos marrones, mirándolo desde abajo.

—¿Van a algún lado esta noche? —dijo.

La morocha fue la primera que habló.

—Quizás —dijo.

—¿Adónde?

—Todavía no sabemos.

Se acercó una camarera apenas mayor que las universitarias y Reacher maniobró su propio cuerpo de manera tal que al llegar la camarera no le quedó más opción que sentarse. Como si lo hubieran acomodado ahí. La morocha se movió a un lado y dejó tres centímetros entre su pierna y la de él. La banqueta de vinilo estaba pegajosa de calor. Pidió una Coca. Estaba demasiado caluroso para café.

Hubo un silencio incómodo. La camarera trajo la Coca de Reacher. Él bebió un trago. La rubia que tenía justo enfrente le preguntó:

—¿Vas a la NYU?

—Todavía voy a la secundaria —dijo.

Ella se tranquilizó un poco, como si él fuera una rareza.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Corea del Sur —dijo él—. Familia militar.

—Fascista —dijo ella—. Lárgate de aquí.

—¿De qué trabaja tu papá?

—Es abogado.

—Lárgate tú.

La morocha se rio. Era unos pocos centímetros más baja que las otras, y su piel era un tono más oscuro. Era esbelta. Casi élfica. Reacher había escuchado esa palabra. No es que significara mucho para él. Nunca había visto un elfo.

—Puede ser que en el CBGB estén los Ramones. O Blondie —dijo la morocha.

—Yo voy si tú vas —dijo Reacher.

—Es una zona peligrosa.
—¿Comparado con qué? ¿Iwo Jima?
—¿Dónde es eso?
—Es una isla en el Pacífico.
—Suena bien. ¿Tiene playas?
—Un montón. ¿Cómo te llamas?
—Chrissie.
—Encantado de conocerte, Chrissie. Yo me llamo Reacher.
—¿Nombre o apellido?
—Solo Reacher.
—¿Solo Reacher?
—No se necesita más que eso.
—Entonces, ¿si voy a CBGB contigo me prometes que no te separarás de mí?
Pregunta que a Reacher le pareció que tenía una respuesta bastante obvia. ¿Es católico el papa? Dijo:
—Seguro, puedes contar con eso.
Las rubias del otro lado de la mesa empezaron a hacer unos movimientos de dudoso lenguaje corporal, e inmediatamente Reacher supo que no iban a ir con ellos. Lo que para Reacher estaba más que perfecto. Como una gran luz verde. Una excursión solos. Como una verdadera cita. Nueve de la noche, miércoles, 13 de julio, Nueva York, y ya tenía casi encima a su primera conquista civil, como un caballo desbocado. Podía sentir cómo se acercaba, semejante a un terremoto. Se preguntó dónde quedaría la residencia en que dormía Chrissie. Cerca de ahí, supuso.
Tomó un trago de su Coca.
—Vamos, entonces, Reacher —dijo Chrissie.

REACHER DEJÓ SOBRE LA MESA DINERO para cuatro Cocas, lo que supuso sería lo propio de un caballero. Siguió a Chrissie hasta el otro lado de la puerta y la noche lo golpeó como un martillo. Chrissie también. Se corrió el pelo de los hombros con el dorso de sus manos y él vio el brillo húmedo en su cuello. Ella dijo:
—¿Cuán lejos es?
—¿Nunca fuiste? —dijo él.
—No es una buena zona.

—Creo que tenemos que caminar cinco cuadras para el este. Pasar Broadway y Lafayette hasta el Bowery. Después más o menos tres cuadras para el sur hasta la esquina de Bleecker.

—Qué calor que hace.

—Seguro.

—Quizás deberíamos ir en mi auto. Por el aire acondicionado.

—¿Tienes auto?

—Claro.

—¿Acá en la ciudad?

—Acá mismo. —Y señaló un pequeño tres puertas estacionado a unos quince metros. Un Chevrolet Chevette, pensó Reacher, quizás del año pasado, quizás celeste, aunque con las luces amarillas de la calle no se podía saber muy bien.

—¿No es muy caro tener un auto en la ciudad? —dijo él.

—Después de las seis de la tarde estacionar es gratis —dijo ella.

—¿Y durante el día qué haces con el auto?

Ella disminuyó la marcha, como deshaciendo las capas de su pregunta, y dijo:

—No, no vivo acá.

—Pensé que sí. Discúlpame. Mi error. Pensé que ibas a la NYU.

Sacudió la cabeza y dijo:

—Sarah Lawrence.

—¿Quién es?

—Es una universidad. A la que yo voy. En Yonkers. Más al norte. A veces venimos en auto a ver si pasa algo. A veces en ese café hay chicos de la NYU.

—Así que ninguno de los dos es de la ciudad.

—Esta noche sí lo somos —dijo Chrissie.

—¿Qué van a hacer tus amigas?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a volver a casa esta noche.

—Las voy a llevar yo en auto —dijo Chrissie—. Es parte del trato.

EL AIRE ACONDICIONADO DEL CHEVETTE era casi tan malo como el del café, pero algo era mejor que nada. En Broadway había poca gente, como fantasmas en una ciudad fantasma, moviéndose despacio, y poca también en Lafayette, moviéndose aún más lento, y gente de la calle en el Bowery,

esperando que abrieran los refugios. Chrissie estacionó dos cuadras al norte del lugar al que iban, en Great Jones Street, entre un auto con el parabrisas roto y un auto con la luneta rota. Pero quedaba bajo una luz de la calle que funcionaba, lo que parecía la mejor opción, a no ser que consiguieran un escuadrón de guardias armados o una jauría de perros violentos. Y el auto igual no habría estado más seguro si lo hubieran dejado en Washington Square. Así que se bajaron del auto al calor y caminaron hasta la esquina entre un aire tan consistente que se podría haber comido. El cielo estaba tan caliente y duro como un techo de hierro al mediodía, y hacia el norte todavía relampagueaba, con esa clase de energía inquieta que prometía de todo pero no daba nada.

En la puerta no había cola, lo que a Chrissie le pareció algo bueno, porque significaba que iban a poder conseguir lugar adelante cerca del escenario, en el caso de que de verdad esa noche estuvieran los Ramones o Blondie. Un tipo adentro les recibió el dinero y ellos pasaron por el lado de él hacia el calor y el ruido y la oscuridad, en dirección a la barra, que era un espacio largo y bajo con luz tenue y paredes sudadas y banquetas rojas de *diner*. Había ahí adentro unas treinta personas, de las cuales veintiocho no eran mayores que Chrissie, más una persona que Reacher ya conocía, y otra persona que estaba bastante seguro ya iba a conocer, bastante bien y bastante rápido. La persona que conocía era Jill Hemingway, todavía delgada y rubia y nerviosa, todavía con su vestido corto de verano. La persona que sentía que iba a conocer se parecía mucho a Croselli. Un primo, quizás. Era del mismo tipo de tamaño y contextura y edad, y tenía puesto el mismo tipo de ropa, que eran un traje todo traspirado y una camisa pegada contra una panza mojada y peluda.

Jill Hemingway fue la primera que vio a Reacher. Pero solo por un segundo. Se bajó de la banqueta y dio un paso e inmediatamente el tipo del traje empezó a chasquear con los dedos y hacer señas pidiendo el teléfono. El barman soltó el aparato enfrente de él y el tipo empezó a marcar. Hemingway se abrió paso entre la delgada multitud, se le acercó a Reacher hasta tenerlo cara a cara y dijo:

—Idiota.

—Jill, esta es mi amiga Chrissie; Chrissie, esta es Jill, a quien conocí esta tarde un poco más temprano. Es una agente del FBI —dijo Reacher.

Desde atrás de él Chrissie dijo:

—Hola, Jill.

Jill miró temporalmente poco impresionada y dijo:

—Hola, Chrissie.

—¿Estás acá por la música? —le preguntó Reacher.

—Estoy acá porque este es uno de los pocos lugares de los que Croselli no recibe una cooperación total. Por lo que es uno de los pocos lugares en los que sabía que iba a mandar a alguien. Así que estoy acá para asegurarme de que no te pase nada.

—¿Cómo sabías que yo iba venir acá?

—Vives en Corea del Sur. ¿De qué otro lugar podrías haber tenido noticias?

—¿De qué estamos hablando exactamente? —dijo Chrissie.

El tipo de Croselli todavía hablaba por teléfono.

—Sentémonos —dijo Reacher.

—No —dijo Hemingway—. Vamos a sacarte de acá ahora mismo.

—¿Me pueden decir qué es lo que está pasando? —dijo Chrissie.

Cerca del escenario vacío había unas mesas de bar diminutas. Reacher se abrió paso entre la multitud, hombro izquierdo, hombro derecho, y se sentó, con su espalda contra un rincón, la mayor parte del recinto frente a él. Chrissie se sentó al lado de él, indecisa, y Hemingway se detuvo por un segundo, pero al final se decidió y se sentó con ellos. Chrissie dijo:

—Esto me está poniendo realmente nerviosa. ¿Me pueden decir por favor qué es lo que está pasando?

—Yo iba caminando por la calle y vi a un tipo pegándole una cachetada a la agente Hemingway —dijo Reacher.

—¿Y?

—Tuve la esperanza de que mi presencia le sacara las ganas de volver a hacerlo. Se ofendió. Resulta que es un mafioso. Jill cree que me están midiendo para unos zapatos de concreto.

—¿Y tú no?

—Me parece demasiada susceptibilidad.

—Reacher, hay un montón de películas sobre estas cosas —dijo Chrissie.

—Ella tiene razón —dijo Hemingway—. Deberías escucharla. No conoces a esta gente. No entiendes su cultura. No van a permitir que alguien de afuera les falte el respeto. Es una cuestión de orgullo. Se manejan así. No van a parar hasta que lo arreglen.

—En otras palabras —dijo Reacher—, son exactamente iguales al Cuerpo de Marines. Sé arreglármelas con gente así. Lo he estado haciendo durante toda mi vida.

—¿Cómo tienes pensado arreglártelas con ellos?

—Haciendo que el costo les resulte demasiado elevado. Lo que francamente ya es así. Acá no pueden hacer nada porque los arrestarían, ya sea usted o la Policía de Nueva York. Lo que es un costo demasiado elevado. Estaríamos hablando de abogados y sobornos y favores, que no van a gastar en alguien como yo. No lo valgo. No soy nadie. Croselli se las va a arreglar.

—No te puedes quedar aquí toda la noche.

—Ya lo intentó en la calle y no llegó demasiado lejos.

—De acá a diez minutos va a haber seis de sus hombres en la puerta de adelante.

—Entonces yo saldré por la puerta de atrás.

—Va a tener seis hombres también ahí.

—¿Te acuerdas cuando te pedí que no te separaras de mí? —dijo Chrissie.

—Claro —dijo Reacher.

—No te puedes olvidar de eso ahora, ¿OK?

—Esto es una locura —dijo Reacher.

—Le pegaste en la cabeza a un miembro de la mafia —dijo Hemingway—. ¿Qué parte de eso no entiendes? Es algo que no puede suceder. Acostúmbrate. Y ahora mismo tienes ahí al lado a uno de sus matones. Que justo acaba de colgar el teléfono.

—Estoy sentado junto a una agente del FBI.

Hemingway no respondió a ese comentario. Reacher pensó: *NYU, Sarah Lawrence*. Hemingway ni lo había confirmado ni lo había negado. Él le había preguntado: ¿Hace cuánto que trabaja para el FBI? Ella había respondido: ¿Quién dice que trabajo para el FBI?

—¿Lo eres o no lo eres?

Ella no dijo nada.

—No es muy difícil. Es una pregunta cerrada, sí o no.

—No —dijo ella—. Realmente no lo es.

—¿Eso qué significa?

—Es sí y no. No sí o no.

Reacher se frenó un poco.

—¿Qué? ¿Está trabajando *freelance*? —dijo—. ¿Es eso? ¿Este no es su caso? ¿Y por eso no había una camioneta con refuerzos? ¿Y por eso estaba usando el grabador de su hermanita?

—Era mi grabador. Estoy suspendida.

—¿Está qué?

—Motivos de salud. Pero eso es lo que siempre dicen. Lo que quiere decir es que me sacaron la placa, revisión pendiente.

—¿De qué?

—Como tú has dicho. Los abogados y los sobornos y los favores. Estoy en la balanza. Yo de un lado, todo lo bueno del otro.

—¿Culpa de Croselli?

Hemingway asintió:

—Ahora mismo es a prueba de incendios. Hizo que cerraran la investigación. Pensé que lo podía hacer alardear sobre eso, en la cinta. Que podía conseguir algo que me sirviera. Para que me hicieran volver.

—¿Por qué Croselli no estaba armado en la ciudad?

—Es parte del trato. Todos ellos pueden hacer lo que quieran en cualquier otro sentido, pero la tasa de asesinatos tiene que bajar. Dar y recibir. Todos ganan.

—¿Sabe que está suspendida?

—Claro que lo sabe. Él hizo que me suspendieran.

—Por lo que entonces el matón que tengo ahí al lado también lo sabe, ¿no? ¿Es eso lo que estamos diciendo? Sabe que no está por sacar su placa. O un arma. Sabe que usted no es más que alguien del público. Legalmente, digo. En términos de su poder de arresto y esas cosas. Y menos que eso, en términos de su credibilidad. En cuanto testigo contra la gente de Croselli, me refiero.

—Te dije que fueras a ver a tu hermano.

—No se ponga a la defensiva. No le estoy echando la culpa. Necesito pensar un plan nuevo, eso es todo. Necesito entender los parámetros.

—En primer lugar no te deberías haber metido —dijo Chrissie.

—¿Por qué no?

—En Sarah Lawrence hubiéramos dicho que era un desagradable comportamiento normativo de género. Que era patriarcal. Que era una muestra de la estructura paternalista de nuestra sociedad.

—¿Sabes lo que habrían dicho en el Cuerpo de Marines?

—¿Qué?

—Habrían hecho notar que me pediste que no me separara de ti, porque piensas que el Bowery es peligroso.

—Es peligroso. Están por llegar doce tipos para darte una paliza.

Reacher asintió:

—Probablemente deberíamos irnos.

—No puedes —dijo Hemingway—. El matón no te lo va a permitir. No hasta que lleguen los demás.

—¿Está armado?

—No. Lo dicho.
—¿Segura?
—Cien por cien.
—¿Coincidimos en que un contrincante es mejor que doce?
—¿De qué estás hablando?
—Esperen acá —dijo Reacher.

REACHER CAMINÓ A TRAVÉS del oscuro recinto con la gracia de un galgo corpulento y con la estúpida confianza que uno puede sentir por tener un metro noventa y cinco y cien kilos y dieciséis años. Cruzó el sector de la barra hacia el pasillo de los baños. Había estado en relativamente pocos bares en su vida, pero los suficientes como para saber que eran ambientes magníficamente ricos en armas. Algunos tenían tacos de pool, todos prolijamente alineados en sus estantes, y otros tenían vasos de martini, todos delicados y rompibles, con pies como estiletes, y otros tenían botellas de *champagne*, pesadas como garrotes. Pero en el CBGB no había mesa de pool, y sus clientes eran en apariencia indiferentes a los martinis y al *champagne*. El recurso autóctono más abundante eran los porrones de cerveza, y había por todas partes. Reacher agarró uno mientras caminaba y por el rabillo del ojo vio que el tipo de Croselli se paraba y lo empezaba a seguir, sin duda preocupado por salidas de atrás o ventanas de baños. Había de hecho una salida de atrás, al final del pasillo de los baños, pero Reacher la ignoró. Y entró al baño de hombres.

Que era quizás el lugar más extraño que jamás hubiera visto en su vida, descontada una instalación militar. Las paredes no tenían revoque y estaban tapadas de grafitis, y había tres mingitorios y un inodoro bien expuesto sobre un escalón como un trono. Había un lavatorio de metal con dos piletas y papel higiénico desenrollado por todas partes. Ninguna ventana.

Reacher llenó la botella vacía de cerveza con agua de la canilla, para que tuviera más peso, y se pasó la palma por la remera, lo que ni secó su mano ni hizo que la remera estuviera visiblemente más mojada. Pero consiguió sujetar de manera decente el pico de vidrio del porrón, y mantuvo la botella abajo junto a su pierna y esperó. El tipo de Croselli entró unos segundos después. Dio un vistazo, sorprendido primero por la decoración, después tranquilo por la ausencia de ventanas, lo que le informó a Reacher todo lo que necesitaba saber, pero a los dieciséis todavía se regía por el manual, por lo que igual preguntó. Dijo:

—¿Tenemos un problema, usted y yo?

—Estamos esperando al señor Croselli —dijo el tipo—. Va a llegar en un minuto. Lo que no va a ser un problema para mí. Pero sí lo será para ti.

Entonces Reacher lanzó un golpe circular con la botella, con el agua siempre adentro por la fuerza centrífuga, y le pegó al tipo en el pómulo y lo hizo caer hacia atrás, ante lo cual Reacher volvió a bajar rápido la botella y la golpeó contra el borde de un mingitorio, vidrios y agua volando para todos lados, y clavó el círculo roto y pinchudo en el muslo del tipo, haciendo que llevara sus manos hacia abajo, y ahí de vuelta a la cara, con un giro, abriendo la carne y haciendo correr sangre, y ahí tiró la botella y le metió al tipo un empujón en el pecho, haciéndolo rebotar contra la pared, y cuando se le venía encima de vuelta le puso un macizo cabezazo directo a la nariz. Lo que liquidó la cuestión, ayudado también un poco por la manera en que la cabeza del tipo se dio contra el mingitorio de camino al piso, lo que produjo una concluyente pequeña herida en la cabeza trifecta, hueso, porcelana, azulejo, buenas noches y buena suerte.

Reacher inhaló y exhaló y después chequeó la imagen en el espejo roto arriba del lavatorio. Tenía en la frente manchas diluidas de la sangre del tipo. Se las enjuagó con agua tibia y se sacudió como un perro y desanduvo el camino junto a la barra hasta el recinto principal. Jill Hemingway y Chrissie estaban paradas en el medio de la pista. Les hizo con la cabeza una seña hacia la salida. Empezaron a caminar hacia donde él estaba y él las esperó y siguieron juntos. Hemingway dijo:

—¿Dónde está el matón?

—Tuvo un accidente —dijo Reacher.

—Dios mío.

Apuraron el paso, cruzaron otra vez por el lado de la barra hacia el pasillo de entrada, rápido y con calor.

Demasiado tarde.

Cuando estaban a tres metros de la puerta la puerta se abrió y entraron cuatro tipos grandotes calzados en trajes transpirados y seguidos por el mismo Croselli. Los cinco se frenaron, y Reacher se frenó, y detrás de él Chrissie y Jill Hemingway se frenaron, ocho personas en una situación tensa, en fila, enfrentados, en un pasillo estrecho y caluroso con transpiración chorreando por las paredes sin revoque.

Y ahí se apagaron las luces.

REACHER NO ENTENDÍA SI SUS OJOS estaban abiertos o cerrados. La oscuridad era total y profunda, como la parada siguiente después de la nada. Y la oscuridad estaba en un silencio total, como en un nivel de silencio profundo y primitivo, de repente todo el zumbido bajo y subliminal de la vida moderna no estaba más, y no había dejado nada en su lugar a no ser por unos ciegos roces humanos y una especie de filoso susurro feérico que parecía subir desde eternas rocas bajo sus pies. Del siglo XX a la Edad de Piedra con solo apretar un botón.

Desde atrás de él Reacher escuchó la voz de Chrissie que decía:

—¿Reacher?

—Quédate quieta —dijo él.

—OK.

—Ahora date vuelta.

—OK.

Él escuchó el roce de los pies de ella contra el piso. Buscó el último recuerdo visual que había retenido como para saber dónde se había frenado el primero de los tipos de Croselli. *En el medio del pasillo, mirando al frente, más o menos a un metro y medio de distancia*. Plantó el pie izquierdo y tiró una patada con el derecho, fuerte, a ciegas, apuntando a la altura de la ingle en la oscuridad total del vacío que tenía enfrente. Pero golpeó algo un poco más abajo, haciendo impacto una insólita décima de segundo antes de lo esperado. Una rótula, quizás. Lo que estaba bien. Como fuera, el primero de los tipos de Croselli estaba a punto de caerse, y los otros tres estaban a punto de tropezarse con él.

Reacher se dio vuelta y buscó la espalda de Chrissie, y le pasó el brazo derecho por encima de los hombros, y con su mano izquierda encontró a Hemingway, y mitad las tiró mitad las empujó de vuelta por donde habían venido, hacia la barra, donde se había encendido una débil luz de seguridad a batería. Lo que significaba que no había sido solo apretar un botón. Todo el edificio se había quedado sin luz.

Encontró el pasillo de los baños y empujó a Chrissie delante de él y tiró de Hemingway detrás de él, hasta la puerta de atrás, la cruzaron de un empujón y salieron a la calle.

Que estaba muy oscura.

De todos modos avanzaron, rápido, otra vez en el calor de afuera, la memoria muscular y el instinto ordenándoles que se alejaran de la puerta, ordenándoles que buscaran las sombras, pero todo era sombras. El Bowery era una zanja completamente oscura y silenciosa, larga y estrecha en ambas

direcciones, rodeada de edificios completamente oscuros y silenciosos, uniformemente macizos y sombríos, su masa sin iluminación por una vez más oscura que el cielo nocturno. Los edificios centinelas que definían el perfil de la ciudad cuarenta cuadras al norte y al sur simplemente ya no estaban, o estaban en negativo, porque al fondo del cielo había unos dedos muertos donde edificios inertes bloqueaban la brillante luz de las estrellas detrás de finas nubes.

—Está toda la ciudad sin luz —dijo Hemingway.

—Escuchen —dijo Reacher.

—¿Qué cosa?

—Exacto. El ruido de mil millones de motores apagados. Y mil millones de circuitos eléctricos desconectados.

—Es increíble —dijo Chrissie.

—Va a haber problemas —dijo Hemingway—. Dale una hora o un poco más y va a haber disturbios, e incendios, y mucho mucho saqueo. Así que ustedes dos, ya mismo, se van para el norte tan lejos y tan rápido como puedan. No vayan para el este ni para el oeste. No vayan por ningún túnel. No se detengan hasta que no estén al norte de la calle 14.

—¿Y usted qué va a hacer? —dijo Reacher.

—Voy a ir a trabajar.

—Está suspendida.

—No puedo quedarme quieta y no hacer nada. Y tú tienes que llevar a tu amiga de vuelta al lugar donde la encontraste. Creo que esas son nuestras obligaciones básicas. —Y después salió corriendo, en dirección sur hacia la calle Houston, y en pocos segundos se perdió en la oscuridad.

EL FOCO DE LA CALLE EN GREAT JONES ya no funcionaba, pero el Chevette azul todavía estaba ahí, gris e informe en la oscuridad, por el momento sano y salvo. Chrissie lo abrió, y se subieron, y ella encendió el motor y lo puso en marcha. No prendió las luces, algo que Reacher comprendió. Molestar a la compacta oscuridad no parecía ser lo correcto. O ni siquiera posible. La gran ciudad se sentía pasiva y aturdida, un organismo inmenso agazapado, implacable e indiferente a los diminutos humanos escurridizos. De los que había a la vista un número creciente. Las ventanas se abrían, y las personas en los pisos más bajos bajaban las escaleras y salían, se quedaban cerca de las puertas y espiaban a su alrededor, llenas de asombro y desconfianza. Treinta y ocho grados, quizás más. No refrescaba. El calor seguía ahí, castigando y

ahora arrogante y asentado y absoluto, sin ningún ventilador o aire acondicionado o cualquier otro tipo de mediación hecha por el hombre que le hiciera competencia.

Great Jones Street tenía una sola mano y corría hacia el oeste, y cruzaron Lafayette y Broadway, y siguieron por la Tercera Oeste, con Chrissie manejando despacio y como a tientas, no mucho más rápido que a paso de hombre, un auto oscuro en la oscuridad, uno de los pocos que daban vueltas. Quizás los conductores se habían sentido obligados a detenerse, como parte de la parálisis general. No funcionaba ningún semáforo. Cada cuadra nueva era extraña de una manera nueva, quieta y silenciosa, vacía y gris, sin ningún tipo de iluminación. Doblaron a la derecha en LaGuardia Place, y dieron la vuelta a Washington Square en el sentido contrario de las agujas del reloj por la esquina del fondo a mano derecha, hasta llegar de vuelta al café. Chrissie estacionó donde había estacionado antes, y se bajaron al aire espeso y el silencio.

El café estaba a oscuras, obviamente, no se podía ver nada detrás de su polvorienta ventana. El aire acondicionado encima de la puerta estaba en silencio. Y la puerta estaba trabada. Reacher y Chrissie hicieron un semicírculo con sus manos y las apoyaron contra el vidrio y miraron, y no vieron nada excepto vagas formas negras en la oscuridad. Ningún empleado. Ningún cliente. Quizás una medida sanitaria. Si las heladeras se apagaban, quizás tenían que abandonar el barco.

—¿Dónde pueden haber ido tus amigas? —dijo Reacher.

—Ni idea —dijo Chrissie.

—Dijiste que había un plan.

—Si una de nosotras se va con alguien, nos volvemos a encontrar acá a medianoche.

—Lamento que no hayas tenido más suerte.

—Ahora me siento OK.

—Todavía estamos al sur de la calle 14.

—Seguramente no te encuentren en la oscuridad.

—¿Y nosotros a tus amigas sí?

—¿Por qué querríamos encontrarlas? Van a volver a medianoche. Hasta esa hora deberíamos hacer algo y vivir esto. ¿No te parece? Esto es fantástico.

Y lo fue. Se sentía como una inmensidad. No solo un cuarto o un edificio o una cuadra, sino toda la ciudad, tirada inerte y vencida alrededor de ellos, como si estuviera arruinada, como si estuviera muerta, cual una reliquia del pasado. No había ningún brillo en ningún horizonte. Nada del otro lado de

ninguno de los dos ríos, nada en el sur, nada en el norte. Quizás todo el noreste estaba sin luz. Quizás todo Estados Unidos. O todo el mundo. La gente se la pasaba hablando de armas secretas. Quizás alguien había apretado el gatillo.

—Vamos a ver el Empire State —dijo Chrissie—. Tal vez nunca más lo volvamos a ver así.

—OK —dijo Reacher.

—En el auto.

—OK.

Subieron por University, y agarraron la calle Nueve hasta la Sexta Avenida, donde doblaron hacia el norte. La Sexta Avenida no era nada de nada. Solo un extenso agujero negro, y después un pequeño rectángulo de cielo nocturno donde terminaba, en el Central Park. Había unos pocos autos. Todos andaban despacio. La mayoría con las luces apagadas. Como el Chevette. Instintivo, de algún modo. Un supuesto compartido. Comportamiento de masas. Reacher de repente olió miedo. *Escóndete en la oscuridad. No llames la atención. Que no te vean*.

En Herald Square había gente. Donde la corta Broadway, en la calle 34. La mayoría estaban parados en el medio del triángulo, lejos de los edificios, intentando ver el cielo. Algunos iban formados en grupos en movimiento, como hinchas de algún club saliendo del estadio luego de un triunfo, con el mismo tipo de bulliciosa energía. Pero las vidrieras de Macy’s estaban todas intactas. Por el momento.

Siguieron andando hasta la calle 38 Oeste, pasando despacio los semáforos muertos y los cruces, una y otra vez con la duda de si debían parar o seguir, pero resultó ser que no había riesgo real ni de choques ni de enfrentamientos, porque todos avanzaban despacio y actuaban con deferencia, todos *después de usted, no, después de usted*. Claramente por el momento el espíritu era de cooperación. En las calles, al menos. Reacher se preguntó cuánto tiempo duraría.

Fueron hacia el este por la 38 y doblaron en la Quinta cuatro cuadras al norte del Empire State. Nada para ver. Solo una base ancha y oscura, como los dos frentes de las demás cuadras, y después arriba nada. Solo una oscuridad espectral. Estacionaron en la Quinta Avenida, en la cuadra norte de la calle 34, y se bajaron para mirar más de cerca. La calle treinta y cuatro era de doble mano, con una vista despejada hacia el este y hacia el oeste, todo oscuro, salvo por un brillo naranja a lo lejos arriba de lo que debía ser Brooklyn. Ahí había incendios.

—Está empezando —dijo Reacher.

Escucharon un auto de policía acercándose por Madison hacia el norte, y lo vieron cruzar el ancho de la calle 34 una cuadra más allá. Sus luces parecían increíblemente brillantes. Pasó y se perdió de vista, y la noche volvió a quedar en calma. Chrissie dijo:

—¿Por qué se cortó la luz?

—No lo sé —dijo Reacher—. Sobrecarga por todos los aire acondicionados, o cayó un rayo en algún lado. O la onda electromagnética de una explosión nuclear. O quizás alguien no pagó la factura.

—¿Una explosión nuclear?

—Es uno de sus efectos colaterales. Pero no creo que haya sido eso. Hubiésemos visto la explosión. Y dependiendo de dónde hubiera sido habríamos quedado achicharrados.

—¿Qué clase de militar eres?

—No soy militar. Mi papá es un marine, y mi hermano va a ser oficial del Ejército, pero esos son ellos, no yo.

—¿Y qué vas a ser?

—No tengo idea. Probablemente no abogado.

—¿Crees que tu amiga del FBI tenía razón con lo de los disturbios y los saqueos?

—Quizás no tanto en Manhattan.

—¿Vamos a estar OK?

—Vamos a estar bien —dijo Reacher—. Si todo lo demás falla, haremos lo que hacían en los viejos tiempos. Esperaremos a que se haga de día.

DOBLARON EN LA CALLE 34 Y SIGUIERON andando hasta acercarse lo más que pudieron al East River. Pararon en un triángulo con basura desparramada, mitad del auto debajo de la autopista FDR, y miraron por el parabrisas encima del agua hacia las tierras oscuras más allá. Queens muerto enfrente, Brooklyn a la derecha, el Bronx bastante más lejos a la izquierda. Los incendios en Brooklyn ya se veían bastante grandes. En Queens también había incendios. Y en el Bronx, pero a Reacher le habían dicho que en el Bronx siempre había incendios. Nada detrás de ellos, en Manhattan. No todavía. Pero había muchas sirenas. La oscuridad se estaba enojando. Quizás por el calor. Reacher se preguntó cómo les estaría yendo a las vidrieras de Macy’s.

Chrissie dejó el motor encendido, por el aire acondicionado. El tanque estaba más o menos a la mitad. La parte baja de su camisa le tapaba

completamente el *short*. Parecía como si no tuviera otra cosa puesta. Solo la camisa. Y se veía genial. Era muy linda. Reacher preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve —dijo ella.

—¿De dónde eres?

—De California.

—¿Te gusta acá?

—Por ahora. Hay estaciones. Calor y frío.

—Sobre todo calor.

—¿Qué edad tienes tú?

—Soy mayor de edad —dijo—. Es todo lo que necesitas saber.

—¿Sí?

—Eso espero.

Ella sonrió, y apagó el motor. Trabó su puerta y se inclinó para trabar la de él. Olía a chica limpia y sensual. Ella dijo:

—Se va a empezar a calentar acá dentro.

—Eso espero —dijo él otra vez. Le pasó el brazo alrededor de los hombros y la acercó hacia él y la besó. Sabía cómo hacerlo. Tenía más de tres años de práctica. Apoyó su mano libre en la curva de su cadera. Ella besaba muy bien. Tibio, húmedo, mucha lengua. Ojos cerrados. Él le subió un poco la camisa y le metió la mano por abajo. Era delgada y firme. Estaba caliente, y un poco húmeda. Ella estiró su mano suelta y la pasó por debajo de la remera de él. La movió suave hacia arriba por el costado, por el pecho, y hacia abajo hasta la cintura. Dejó la punta de sus dedos apenas por debajo del pantalón, lo que él tomó como una buena señal.

Pararon para respirar, y después arrancaron de vuelta. Él movió su mano libre hasta la rodilla de ella, y la deslizó hacia arriba por la maravillosa piel suave de su muslo, por la parte externa, con el pulgar por la parte interna, hasta donde empezaba el *short*, y de vuelta, a la otra rodilla, y hacia arriba por la otra pierna, igual de suave y sabrosa, esta vez con sus dedos por la parte interna, siempre intentando imaginar algo más espléndido que el contacto con la piel tibia de una chica, y fracasando. Y esta vez fue un poco más lejos, hasta que su dedo índice quedó atrapado contra la costura gruesa entre sus piernas, al final del cierre. Ella le apretó fuerte la mano, lo que en un primer momento él tomo como una reprimenda, pero después se dio cuenta de que ella tenía otra idea en mente, así que dejó su mano ahí, empujando fuerte a medida que ella se iba para atrás, casi levantándola del asiento. Después ella suspiró y jadeó y se volvió como de goma, y pararon de vuelta para respirar, y

él llevó la mano aplastada a los botones de la camisa de ella, e intentó hacer trabajar a sus dedos. Y sus dedos trabajaron, razonablemente bien, un botón, dos, tres, todos hasta que la camisa quedó abierta.

Se besaron de vuelta, la tercera maratón, y su mano libre pasó a trabajar en un área distinta, primero por fuera de un sostén sedoso, y después por dentro, desde abajo, hasta que quedó levantado del todo y los pequeños y húmedos pechos fueron suyos. Movió su boca hasta el cuello de ella, y de ahí hasta sus pezones, y volvió a poner la mano donde había estado antes, y ella empezó a retorcerse otra vez, mucho y despacio, mucho y despacio, respirando fuerte, hasta que por segunda vez suspiró y jadeó y cayó encima de él, como si su cuerpo no tuviera huesos.

Después ella le apoyó una mano en el pecho y lo separó de un empujón, atrás hacia su ventana, lo que de vuelta él tomó como un reproche, hasta que ella sonrió como si supiera algo que él no sabía, y le desabrochó el pantalón. Unos dedos morenos y esbeltos se encargaron del cierre, y en ese punto exacto por primera vez en su vida verdaderamente entendió la frase *tocar el cielo con las manos*. La cabeza de ella se agachó hasta su falda, y él sintió unos labios frescos y una lengua, y cerró los ojos, y después los abrió de vuelta y miró para afuera, resuelto a recordar hasta el último detalle de su situación, el dónde y el cuándo, y el cómo, y el quién y el porqué, sobre todo el porqué, porque su mente consciente no podía encontrar un camino lógico entre la terminal de ómnibus de Port Authority y lo que tenía que ser alguna especie de reino encantado. *New York, New York. Qué ciudad maravillosa*. Sin ninguna duda. Así que miró alrededor, guardándolo todo, el río, los barrios sin forma más allá, los incendios distantes, los alambrados, los tétricos pilares de hormigón que sostenían la ruta arriba.

Vio a un hombre parado en la oscuridad a unos treinta metros, contorneado contra el brillo que llegaba del agua. Promediando la veintena, a juzgar por la postura, altura media, robusto en la parte alta del cuerpo, una forma rara en la cabeza, por culpa de un pelo poco cooperativo. Tenía la clase de pelo que debería estar cortado mucho más corto, pero era 1977. Tenía algo en su mano derecha.

Chrissie todavía seguía con lo suyo. Era indiscutiblemente la mejor. Sin comparación. De ningún tipo. Se preguntó si Sarah Lawrence sería mixta. Podría ir ahí. Igual de buena que la NYU. No es que se fueran a casar o algo así. Pero quizás tenía amigas. O una hermana. De hecho sabía que tenía amigas. Las dos rubias. *Van a esperar. Es parte del trato*. Tenían dos horas hasta medianoche, lo que de repente pareció nada de nada.

El tipo se movió en la oscuridad. Giró alrededor de uno de los pilares, con pasos ligeros, siempre cubierto, controlando el punto ciego a noventa grados, controlando el otro lado, y después avanzando, rápido y derecho hasta el pilar siguiente.

Hacia el Chevette.

El tipo se deslizó alrededor del nuevo pilar, solo para controlar su nuevo punto ciego, y después retrocedió y se mezcló con el hormigón, apenas visible de vuelta, siempre muy cuidadoso con lo que tenía en la mano, como si fuera algo valioso o especialmente frágil.

Chrissie todavía seguía con lo suyo. Y lo suyo lo hacía muy, muy bien. Tocar el cielo con las manos ni siquiera se le acercaba. Era una subestimación de las más serias. Indignante, incluso. Era la clase de elogio blando que podía ocasionar un incidente diplomático.

El tipo se volvió a mover. Siguió la misma rutina, reflexivamente, mirada, mirada, movimiento, al pilar siguiente, todavía más cerca del Chevette, y quedaba camuflado, haciendo que lo último que quedara quieto fuera su brazo derecho, solícito con lo que sostenía, prestando atención a que no hiciera contacto con el hormigón.

Por lo que lo sostenía separado contra el brillo del río, solo.

Reacher sabía lo que era.

Era un revólver dado vuelta, balanceándose del seguro en el índice de la mano derecha del tipo. Una forma chata, robusta en la parte alta igual que el tipo, redondeada en la empuñadura, tambor de seis centímetros y medio, parejo, con pocas salientes. Podía ser un Charter Arms Bulldog, cinco tiros, macizo, por lo general para .44 Special. Doble acción. Fácil mantenimiento. No el arma de un tirador. Pero buena para distancias cortas.

Chrissie todavía seguía con lo suyo. El tipo se volvió a mover. Todavía más cerca del Chevette. Y tenía la mirada clavada ahí. Antes de tomar el micro en Pohang la madre de Reacher lo había hecho leer el diario. Nueva York. Una ola de asesinatos. El Hijo de Sam. Así bautizado por sus cartas disparatadas. Pero antes de que llegaran las cartas lo habían llamado de otra manera. Lo habían llamado el Asesino del Calibre .44. Porque usaba balas calibre .44. Con un revólver.

Específicamente, dijo la Policía de Nueva York, con un Charter Arms Bulldog.

Chrissie todavía seguía con lo suyo. Y no era momento de que parara. Para nada. De hecho parar no era una alternativa. Físicamente, mentalmente, de la manera que fuera. No estaba para nada en los planes. Estaba en un

hemisferio completamente distinto al de los planes. Quizás un universo completamente distinto. Era un hecho biológico. No iba a suceder. El tipo miraba. Reacher miraba al tipo. *Está matando gente. Parejas sentadas en autos*. Es así, pensó Reacher. Hazlo ahora. Me voy a morir de una buena manera. De la mejor manera posible en toda la historia de las buenas maneras de morirse. *Jack Reacher, Q. E. P. D. Murió joven, pero con una sonrisa en la cara*.

El tipo no se movía. Solo miraba.

Reacher miraba al tipo.

El tipo no se movía.

Parejas sentadas en autos.

Pero ellos no eran eso. No al menos para alguien que mirara desde afuera. La cabeza de Chrissie estaba en su falda. Reacher estaba solo en el auto. Solo un conductor, fuera de la autopista por una emergencia, esperando en el asiento del acompañante, por el espacio extra para las piernas. El tipo miraba. Reacher miraba al tipo. Chrissie todavía seguía con lo suyo. El tipo avanzó. Hacia el pilar siguiente, y al siguiente, y después se perdió de vista.

Y ahí Chrissie terminó con lo suyo.

DESPUÉS REPARARON EL DAÑO LO MEJOR que pudieron, acomodando y subiendo y abrochando y peinando. Chrissie dijo:

—¿Mejor que Blondie?

—¿Cómo podría saber? —dijo Reacher.

—Me refiero a Blondie, la banda, en vivo en el CBGB.

—Mucho mejor. No tiene comparación.

—Te gusta Blondie, ¿no?

—Lo mejor. Bueno, *top five*. O *top ten*.

—Mejor cállate. —Encendió el motor y puso el aire al máximo. Se deslizó hacia abajo en el asiento y se levantó los bordes de la camisa como para que el aire le diera directo en la piel.

—Vi a alguien —dijo Reacher.

—¿Cuándo?

—Recién.

—¿Haciendo qué?

—Espiando el auto.

—¿Quién?

—Un tipo.

—¿De verdad? Da un poco de miedo.

—Ya sé —dijo Reacher—. Y de veras lo lamento, pero ahora tengo que ir a buscar a Jill Hemingway. Le debería contar primero a ella. Necesita algunos favores.

—¿Contarle qué?

—Lo que vi.

—¿Qué viste?

—Algo que ella debería saber.

—¿Era uno de los tipos de Croselli?

—No.

—¿Entonces por qué es importante?

—Porque le podría llegar a servir.

—¿Dónde está ella?

—No tengo idea. Déjame en Washington Square y camino desde ahí. Apuesto a que está al norte de Houston.

—Vas a ir de vuelta ahí, al lugar del que nos echaron.

—Vamos a llamar a eso nuestra fase de reconocimiento.

—¿Qué vas a hacer esta vez?

—La manera más rápida de encontrar a Hemingway es buscar a Croselli.

—No te voy a dejar.

—¿Cómo me lo vas a impedir?

—Te voy a decir que no lo hagas. Soy tu novia. Al menos hasta medianoche.

—¿Esto es lo que te enseñan en Sarah Lawrence?

—Sí, más o menos.

—Por mí está bien —dijo Reacher—. Nos quedamos por ahí entonces, vemos si ella aparece.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Leyes de la física. Encontrar a alguien no se vuelve más probable si las dos partes están en movimiento.

—OK, ¿dónde?

—Digamos en la esquina de Bleecker y Broadway. Eso va a aumentar las probabilidades.

—Eso es ahí.

—Es a una cuadra de Houston. Si lo llegamos a necesitar podemos pasar al sur.

—¿Podemos?

—¿No querías que no me separara de ti?

—Esta es una clase de locura totalmente distinta.

Reacher asintió.

—Entiendo —dijo—. En serio. Tú decides. Puedes dejarme en Washington Square. Eso estaría bien. Nunca me olvidaré de ti.

—¿En serio?

—Si termino antes de medianoche, paso a saludarte.

—Digo, ¿en serio?, ¿no me olvidarás? Eso es muy dulce.

—También muy cierto. Así va a ser mientras viva.

—Cuéntame más del tipo que viste —dijo Chrissie.

—Creo que era El Hijo de Sam —dijo Reacher.

—Ah, *estás* loco.

—Hablo en serio.

—¿Y te quedaste ahí sentado?

—Pareció lo mejor que se podía hacer.

—¿Cuán cerca estuvo?

—Unos seis metros. Echó una buena mirada y se fue.

—¿El Hijo de Sam estuvo a seis metros de mí?

—No te vio. Creo que por eso se fue.

Ella miró la oscuridad a su alrededor y puso primera. Dijo:

—El Hijo de Sam es un caso de la Policía de Nueva York, no del FBI.

—El que pasa un dato suma un punto. Imagino que así es como funciona —dijo Reacher.

—¿Cuál es el dato?

—La manera en que se movía.

Había más sirenas detrás de ellos. Primera Avenida, Segunda Avenida, *uptown, downtown, crosstown*, las calles estaban llenas de policías. El ánimo estaba cambiando. Reacher lo podía sentir en el aire.

—Iré contigo —dijo Chrissie—. Por la experiencia. Estas son las grandes cosas que recordaremos por siempre.

FUERON OTRA VEZ POR LA CALLE 34, de vuelta al centro de la isla, de vuelta al corazón de las tinieblas. La ciudad seguía totalmente a oscuras, muerta, como una criatura gigante abatida y de espaldas en el piso. Había vidrieras rotas. Había gente deambulando en grupos, cargando cosas. Había autos de policía y camiones de bomberos atravesando las calles a toda velocidad, iluminando y

gritando y ladrando, pero sus luces no impresionaban demasiado a la oscuridad, y sus sirenas no parecían preocupar a la gente que deambulaba. Apenas si se escondían un poco en las entradas de los edificios cuando los autos y los camiones pasaban. La gente hizo que Reacher recordara diminutos organismos nocturnos trabajando un cadáver, penetrando su piel, explorándolo, deshaciéndolo, alimentándose de él, recuperando sus nutrientes, reciclando sus componentes, como una ballena muerta alimenta a millones de criaturas marinas en el fondo del mar.

Doblaron hacia el sur en la Quinta Avenida a la altura del Empire State y anduvieron despacio por el carril del medio, pasando junto a grupos de gente en la calle, dos de los cuales llevaban una alfombra enrollada, tres de los cuales ponían cajas en el baúl de un auto grande y destartalado. Giraron a la izquierda y agarraron Broadway en la calle 23, pasando un espectral edificio Flatiron, y siguieron hacia el sur, bordearon Union Square, cruzaron la calle 14, entraron en territorio enemigo, y más allá. La situación se volvía un poco más caótica mientras más al sur iban. Broadway parecía estrecho, como una zanja oscura en medio de un paisaje oscuro, y había vidrieras reventadas y gente por todos lados, moviéndose en grupos, de prisa y a escondidas y en silencio, apenas visibles, salvo por la brasa de los cigarrillos. Pasaron la calle 4, y la 3, donde habían estado antes, y Chrissie empezó a frenar el auto, y Reacher dijo:

—Cambio de plan. Creo que la Sexta Avenida y Bleecker va a ser mejor.

—¿Por qué? —dijo Chrissie.

—¿Qué es lo que ahora le preocupa a Croselli?

—Que le roben. Como todos. Si es que tiene algo para que le roben.

—Yo creo que sí tiene. Digo, ¿cómo gana dinero entre Houston y la calle 14? Quizás chantaje y putas y cosas así, pero drogas seguro. Tiene que tener un escondite en algún lado. ¿Pero dónde? No en la casa de la familia en Little Italy, porque eso es mucho más al sur de Houston.

—Conoces la geografía bastante bien.

—La he estudiado desde lejos. Y caminó hacia el oeste desde Waverly. Después de lo de la cachetada. Hacia la Sexta Avenida. Obviamente estaba volviendo para hacer sus llamadas. Con respecto a mí. Así que sus cuarteles tienen que estar al oeste de Waverly.

—¿Tú crees que Hemingway sabe dónde está?

—Estoy seguro que sí. Y estoy seguro que ahora mismo lo está vigilando. Estoy asumiendo que nadie le encargó ninguna tarea esta noche, porque está suspendida. Por lo que todavía se mueve como *freelance*. Apuesto a que está

esperando que aparezca un grupo de tipos y tire abajo la puerta de Croselli, como para tener una prueba de lo que hay adentro. Quizás incluso encuentra a Croselli protegiendo el lugar, lo que sería un éxito, ¿no? No importa qué clase de trato tenga él. Algunas cosas no se pueden pasar por alto.

—No va a estar solo Croselli protegiendo el lugar. Tiene doce tipos.

—Ahora diez —dijo Reacher—. Dos están en el hospital. O tratando de llegar al hospital. Pero nosotros no nos vamos a cruzar en su camino. Lo que nosotros queremos es encontrar a Hemingway.

—Difícil encontrar a una mujer en la oscuridad.

—Pero podemos intentarlo.

Así que siguieron andando, hacia la calle Houston, y pasaron por una gran tienda de equipos de audio que tenía las vidrieras rotas y no mucho adentro, y doblaron a la derecha y se arrastraron hacia el oeste, y a la izquierda se extendían las calles desiertas del Soho, Mercer, y Greene, y Wooster, y West Broadway, y Thompson, y Sullivan, y MacDougal. Después doblaron a la derecha en la Sexta, y fueron hacia el norte una cuadra hacia donde Bleecker y Downing y Minetta se encontraban las tres en un pequeño y descuidado cruce de seis calles. La mercadería ahí era de mala calidad y ordinaria, alguna demasiado ordinaria incluso para los saqueadores, otra ya toda abierta y revuelta. Hacia el norte, la Sexta era el mismo largo agujero negro de antes, con el mismo delgado rectángulo vertical de cielo nocturno al fondo.

—¿Estaciono acá? —dijo Chrissie.

—Sigamos un poco más —dijo Reacher.

—Dijiste que nos quedaríamos en algún lado y que esperaríamos que ella apareciera.

—Misión extendida. Objetivos imprevistos. Como la Armada transportando a los marines.

—Estudio Literatura Inglesa.

—Solo cinco minutos, ¿OK?

—OK —dijo ella.

Pero no necesitaron cinco minutos. En apenas sesenta segundos ya habían terminado. Hicieron el giro ajustado en Downing, y a la derecha en Bedford, y a la derecha en Carmine, y otra vez de vuelta hacia Bleecker, y en la entrada de un edificio a mano derecha Reacher vio un destello de piel blanca y pelo rubio, y señaló, y Chrissie clavó los frenos, y Jill Hemingway salió de la oscuridad y se inclinó hacia la ventana de Reacher, como una prostituta de la calle en Seúl para hablar con un soldado.

REACHER PENSÓ QUE HEMINGWAY se iba a enojar al verlo de vuelta, pero no fue así. Se le ocurrió que quizás porque se sentía expuesta. O atrapada en su propia obsesión. Lo que básicamente era cierto. Y parecía un poco avergonzada al respecto.

—¿Su lugar está cerca de acá? —preguntó él.

Ella señaló un par de puertas grandes y despejadas del otro lado de la calle. Eran altas y anchas. Como una entrada para carretas, de hacía mucho tiempo, lo suficientemente grande como para el carro y los caballos. A la luz del día la pintura debía parecer verde oscuro. En la puerta derecha había también una puerta más chica, grande como para una persona. Presumiblemente las puertas darían a un patio interior. Era un edificio de dos pisos. Arriba oficinas, probablemente. O depósitos. Detrás del edificio había un edificio más grande, despejado y oscuro y enorme. Alguna especie de iglesia de ladrillos, quizás.

—¿Él está ahí? —preguntó Reacher.

Hemingway asintió.

—¿Con cuántos más? —preguntó Reacher.

—Está solo.

—¿En serio?

—Les cobra a los comerciantes para protegerlos. Entre otras cosas que hace. Así que ahora tiene trabajo. Sus hombres están todos en eso, cuidando a sus clientes.

—No sabía que cuando se le pedía plata a la gente para protegerla funcionaba así. Pensé que era solo extorsión, pura y simple.

—Es eso, básicamente. Pero tiene que sostener algún tipo de credibilidad. Y necesita que sus vacas lecheras sigan dando leche. Esta noche se están produciendo muchos estragos. Muchos lugares se van a ir a pique. No recibirá más pagos por parte de ellos. Un hombre inteligente cuida sus movimientos de caja.

Reacher se dio vuelta y miró para las puertas:

—¿Está esperando que venga alguien y fuerce la entrada?

—No sé qué los demora tanto. Ese es el problema con los yonquis, no son nada expeditivos.

—¿Qué tiene ahí adentro?

—Un poco de todo. Mantiene el inventario bajo porque cuenta con la autopista de Nueva Jersey y el túnel Holland para reaprovisionamiento, que aparentemente es lo que a uno le enseñan ahora en la escuela de negocios, pero así y todo estoy segura de que ahí adentro hay para una semana.

—¿Estamos parados en el medio? ¿Deberíamos ir a estacionar a otra parte?

—Deberían irse a casa. Este no es su tema.

—Tengo que hablarle de algo.

—¿De qué?

—El Hijo de Sam.

—¿No te alcanza con Croselli?

—Lo vi.

—¿A quién?

—Vi a un hombre que llevaba un Charter Arms Bulldog y miraba dentro de los autos.

—¿Estás hablando en serio?

—Era nuestro auto el que estaba mirando.

—¿Dónde?

—En el East River, a la altura de la calle 34.

—Sabes de armas, ¿no? ¿Porque eres marine y eso? —dijo Hemingway.

—Hijo de marine —dijo Reacher—. El arma era esa.

—Está completamente oscuro.

—La luna y el agua y las estrellas.

Hemingway se agachó un poco más y miró a Chrissie por encima de Reacher:

—¿Tú también lo has visto?

—No —dijo Chrissie.

—¿Cómo es eso?

—No estaba mirando.

—No sé qué hacer —dijo Hemingway—. OK, digamos que tenemos un avistamiento confirmado, pero ¿y con eso qué? Ya sabemos que El Hijo de Sam está en Nueva York. Es por donde se mueve el tipo. No agrega ninguna información nueva. Necesitarías algo más. Necesitarías saber quién es. ¿Sabes quién es?

—No —dijo Reacher—. No sé quién es. Pero sé qué solía ser.

ESTACIONARON SOBRE BLEECKER, con la intención de volver caminando y unírsele a Hemingway en su escondite en la entrada del edificio, pero de repente en Bleecker había gente, algunos iban en grupos, algunos iban de a dos, algunos de esos grupos y pares cargaban cosas demasiado pesadas como para estar cómodos, y por lo tanto consecuentemente buscaban modos de

transporte alternativos, como pequeños autos tres puertas, aparentemente ideales para cargar un televisor. Reacher y Chrissie estaban a un metro del auto, con las puertas cerradas pero no trabadas, cuando empezó el juego de miradas. Dos tipos, tambaleándose bajo una caja enorme, en la que se leía Sony escrito cabeza abajo. Se acercaban en línea recta, sin parar de mirar el Chevette, y Reacher dijo:

—Sigan caminando, muchachos.

El tipo de la izquierda era una figura imprecisa y gruñona, y dijo:

—¿Y si no seguimos?

—Entonces te voy a patear el culo y te voy a robar el televisor.

—¿Y si nos llevan?

—Sigan caminando —dijo Reacher.

No lo hicieron. Bajaron cuidadosamente la caja hasta el piso y se volvieron a poner de pie, respirando hondo, dos figuras oscuras en la oscuridad. Incluso estando a dos metros era difícil ver bien, pero todavía no habían llevado las manos a los bolsillos, lo que era una buena señal. Quería decir que cualquier combate que fuera a tener lugar sería sin armas, lo que era tranquilizador. Reacher se había criado en una cultura de violencia extrema, difícil describir de otra manera al Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, y había tomado sus clases abordo, y como resultado no había perdido una pelea en más de diez años, contra otros chicos del Cuerpo con la misma cultura, y contra recios jóvenes nativos de todas partes del mundo, a los que les gustaba pensar que los militares de Estados Unidos no eran nada especial, y que trataban de demostrarlo, por lo general sin éxito. Dos facinerosos en una calle a oscuras de Nueva York difícilmente pudieran ser un problema sin precedentes, a no ser que tuvieran pistolas o cuchillos, lo que hasta el momento no se podía saber.

El tipo de la derecha dijo:

—Quizás nos llevamos a la chica. Quizás nos podemos divertir un rato.

El tipo de la izquierda dijo:

—Solo dennos las llaves y nadie sale lastimado.

Y ese era el momento de tomar una decisión. Sorprender era siempre bueno. Demorarse era siempre fatal. Los que dejaban una situación sin resolver en el momento adecuado lo único que hacían era almacenar problemas para sí mismos. Reacher corrió hacia el tipo de la izquierda, dos pasitos cortos, como un *infielder* yendo a atrapar una pelota rasa, y no frenó. Se abalanzó encima del tipo, con el antebrazo horizontal hacia delante, y le dio con el codo en la cara, y apenas sintió que al tipo se le rompía la nariz se

clavó en el piso y cambió de dirección alrededor de la caja y fue en busca del otro, que se encogió como para protegerse y recibió toda la carga de Reacher de lleno en la espalda. El tipo salió disparado hacia delante como si lo hubiera atropellado un camión, y Reacher le pegó una patada en la cabeza, y el tipo quedó ahí quieto.

Reacher chequeó sus bolsillos. Ningún cuchillo, ningún arma, lo que por lo general era así. Pero había sido su decisión. Podrían haber seguido caminando. Arrastró al tipo de la derecha hasta dejarlo al lado del tipo de la izquierda, bien juntos, espalda con espalda, y levantó la pesada caja como un forzudo de circo, tironeando y moviéndose, y dio dos pasos cortos y la soltó sobre sus cabezas desde la cintura.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo Chrissie.

—Son las reglas —dijo Reacher—. Ganar no alcanza. El otro tiene que saber que perdió.

—¿Eso es lo que te enseñan en el Cuerpo de Marines?

—Más o menos.

—Van a romper todo el auto cuando se despierten.

—No. Van a vomitar y se van a arrastrar a sus casas. Y de todos modos para ese momento tú ya estarás bien lejos de acá.

Así que Chrissie cerró el auto y caminaron de vuelta por el calor hacia donde Hemingway esperaba sobre la calle Carmine. Reacher dijo:

—¿Ningún avance?

—No por ahora —dijo Hemingway.

—Quizás deberíamos ir a reclutar a alguien. En Bleecker está lleno de gente.

—Eso sería incitación al crimen.

—Medios para un fin.

—Dime a qué te referías con lo del tipo con el revólver Bulldog.

—¿Lo puede usar?

—Depende qué sea.

—Estaba oscuro —dijo Reacher—. Obviamente.

—¿Pero?

—Tenía alrededor de veinticinco años, diría, altura media, robusto de pecho y hombros, bastante pálido, con un pelo ondulado imposible de controlar.

—¿E iba con un Bulldog calibre .44?

—La mayoría de los Bulldog son calibre .44. Pero no tengo visión de rayos X.

—¿A qué distancia estaba?

—En un momento a seis metros.

—¿Durante cuánto tiempo lo estuviste observando?

—Veinte segundos, quizás.

—Veinte segundos a seis metros —dijo Hemingway—. ¿En medio de un apagón? Difícil de vender. Seguro que hubo mil denuncias esta noche. La gente se vuelve loca en la oscuridad.

—Tenía entrenamiento —dijo Reacher.

—¿Qué tipo de entrenamiento?

—La manera en que se movía por los lugares cubiertos disponibles. Es exmilitar. Recibió entrenamiento de infantería.

—Al igual que muchos otros. ¿Escuchaste hablar de Vietnam?

—Es demasiado joven. Este estuvo en edad hace seis o siete años. Ya no estaban reclutando mucho. Tenías que tener demasiada mala suerte. Y no creo que haya estado nunca en combate. He visto a mucha gente que pasó por Vietnam. Son distintos. Este tipo era todo teoría y entrenamiento. Segunda naturaleza, seguro, muy hábil, pero nunca le fue la vida en eso. Lo puedo garantizar. Y no creo que haya sido un marine. También son distintos. Creo que era del Ejército. Y creo que estuvo en Corea. Fue como una huella digital. Creo que hizo el entrenamiento básico, e infantería, con la especialización urbana, y creo que sirvió en Seúl. Como una combinación particular. Tenía ese aspecto. Lo veo todo el tiempo. ¿Ha estado ahí alguna vez? Seúl te enseña a moverte de una manera específica. Pero lo dejó hace al menos dos años, por el pelo, y tuvo tiempo como para ganar peso. Creo que entró como voluntario a los dieciocho o diecinueve, y creo que se enroló por tres años. En todo caso esa fue mi impresión.

—Una impresión bastante detallada.

—Lo podría ofrecer como filtro. Ellos podrían ver si coincide con alguna persona de interés.

—Fueron veinte segundos en una oscuridad total.

—¿Qué otra cosa tienen?

—Quizás podría.

—Supongamos que funciona. Supongamos que agarran al tipo. ¿Eso sería bueno para usted?

—Claro que sí.

—¿Entonces cuál es la parte negativa?

—Sonar desesperada y patética.

—Usted decide.

—Debería intentarlo —dijo Chrissie—. Alguien lo tiene que atrapar.

Hemingway no dijo nada.

ESPERARON, TODOS APRETADOS juntos en la entrada al edificio enfrente de lo de Croselli, y no pasaba absolutamente nada. Escucharon sirenas, y pedazos de conversaciones de la gente que pasaba por Bleecker. Como titulares de diarios. Ahora hacía solo treinta y dos grados. Las luces se habían apagado en el Shea al final del sexto, con los Mets abajo contra los Cubs por dos a uno. Los pasajeros del subte habían pasado unas horas complicadas atrapados bajo tierra, pero ahora de a poco iban saliendo a la superficie. Los autos usaban cadenas y sogas para arrancar las persianas de los negocios. Habían saqueado incluso Brooks Brothers en Madison. Crown Heights y Bushwick estaban en llamas. Había policías heridos y gente detenida.

Después el último de los peatones terminó de pasar y Carmine quedó en silencio de vuelta y el reloj en la cabeza de Reacher hizo tictac alrededor de medianoche. Le dijo a Chrissie:

—Te acompaño hasta el auto. Tus amigas deben estar esperando.

—¿Tú te quedas aquí? —dijo ella.

—No me queda otra. Ya perdí el ómnibus.

—¿Crees que las carreteras están abiertas?

—Completamente abiertas. Quieren que la gente se vaya.

—¿Por qué?

—Menos bocas que alimentar acá.

—Tiene sentido —dijo Chrissie. Caminaron juntos hasta la esquina, y doblaron y siguieron, hasta donde esperaba intacto el Chevette. Los dos tipos todavía estaban tirados en la calle, bajo la caja. Como un accidente de dibujitos animados. Todavía respiraban.

—¿Quieres que vaya contigo? —dijo Reacher.

—No —dijo Chrissie—. Volvemos solas. Es parte del trato.

—¿Sabes cómo ir?

—Agarro la Sexta Avenida y doblo en la calle 4. Y ahí ya está.

—Comprendido.

—Cuídate, ¿OK?

—Lo haré —dijo Reacher—. Tú también. Nunca te olvidaré.

—Sí me olvidarás.

—Fíjate el año que viene, a ver si me olvidé.

—OK. Veamos quién se acuerda. Misma noche, mismo lugar. ¿Hecho?

—Ahí estaré —dijo Reacher.

Ella se subió al auto, y se alejó despacio de la maraña de miembros que tenía detrás, y dobló a la izquierda en la Sexta Avenida, y saludó por la ventana abierta. Y después desapareció.

—VOY A PONERLA EN EL SISTEMA —dijo Hemingway—. Tu impresión, quiero decir. Es lo que hay que hacer. Lo van a ignorar, por supuesto, pero va a estar asentado. Después les voy a poder decir que yo les había dicho. Si es que tienes razón. Eso siempre suma uno o dos puntos. A veces más. Tener razón después puede ser algo fantástico.

—Es un filtro —dijo Reacher—. Eso es todo. Se trata de eficiencia.

—Igual necesito a Croselli.

—¿El Hijo de Sam no te sacaría de la cárcel?

—Necesito a Croselli.

—¿Por qué?

—Porque me saca de las casillas.

—¿Ha leído alguna vez un libro que se llama *Moby Dick*?

—OK, ya sé. Y lo admito. Croselli es mi gran ballena blanca. Estoy obsesionada. ¿Pero qué puedo hacer al respecto? ¿Qué podría hacer cualquier otra, con una ballena aplastándole la cabeza?

—¿Es eso lo que siente? ¿Cómo si tuviera una ballena aplastándole la cabeza?

—Me siento exactamente así.

—Negociemos entonces —dijo Reacher.

—¿Qué a cambio de qué?

—Yo necesito salir de la ciudad.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Estoy seguro que mi hermano debe estar preocupado por mí. Lo que estoy seguro está haciendo que el grandulón pase un momento difícil. Necesito sacarlo de su miseria.

—No soy una operadora de taxis.

—Tiene auto.

—Tampoco soy chofer.

—Me lo podría prestar.

—¿Cómo me lo harías llegar de vuelta?

—No lo sé.

—¿Tienes licencia de conducir?

—No exactamente.

—No hay trato —dijo ella.

—OK —dijo Reacher.

—¿Qué es lo que ibas a darme a cambio?

—Supongamos que un sospechoso no identificado entró a lo de Croselli y usted echó un vistazo. Después el sospechoso no identificado se escapó, pero usted estaba demasiado ocupada asegurando el perímetro como para perseguirlo.

—Hace dos horas que estoy esperando para que eso suceda. Pero no sucedió.

—Yo podría hacerlo.

—Tienes dieciséis años.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Inducir al crimen es malo. Inducir al crimen a un menor es probablemente peor.

—¿Quién se enteraría, aparte de usted y yo?

—No tengo manera de ayudarte a salir de la ciudad.

Reacher hizo una pequeña pausa y dijo:

—Quizás deberíamos afinar el plan.

—¿Qué plan? —dijo Hemingway—. No tenemos un plan.

—Probablemente sea mejor si no es usted la que hace el descubrimiento. Podría parecer una venganza personal. Les podría dar a los abogados de Croselli algo de qué agarrarse. Probablemente sea mejor si no es ni siquiera el FBI. Mejor si es la Policía de Nueva York. ¿No le parece? Una agencia independiente, que no tenga nada que ver con el asunto. Si encuentran en su ciudad a un *dealer* y el lugar donde esconde la droga, entonces está todo ahí. No se puede negar. Es lo que es. Su gente no va a poder decir nada del acuerdo que tienen con él y van a tener que admitir que usted tuvo razón todo el tiempo, y su sumario puede quedar transformado en una ceremonia de premiación.

—La Policía de Nueva York tiene mucho trabajo esta noche.

—Seguro tienen una división de narcóticos. Haga la llamada con tiempo. Imagine más o menos cuánto pueden llegar a tardar y trataremos de calcularlo de manera exacta. Yo entro, usted entra después y vigila un poco las cosas hasta que llegue la policía, y ahí los dos nos vamos, y usted me puede llevar para el norte. Mientras tanto la Policía de Nueva York va a estar armando el caso para usted, y para cuando usted esté de vuelta en la ciudad sus jefes le van a estar desplegando la alfombra roja.

—¿Cuán al norte quieres ir?

—Hasta West Point. Siguiendo el río hacia el norte unos cuantos kilómetros.

—Sé dónde es.

—¿Entonces tenemos un trato?

Hemingway no respondió.

HEMINGWAY AL FINAL ACEPTÓ UNOS treinta minutos más tarde, cerca de la una en punto de la mañana. Pero el plan fracasó inmediatamente. Primero no podían encontrar un teléfono que anduviera. Buscaron para un lado y para el otro de la calle Carmine, e intentaron en la esquina de la Séptima Avenida, y la esquina de Bleecker, y la Sexta Avenida, y cada teléfono público que encontraban estaba mudo. No sabían si era consecuencia del apagón o el abyecto estado general de la ciudad. A Reacher se le ocurrió que la compañía telefónica tenía su propia electricidad, con sus propios cables, por lo que estaba a favor de seguir llevando a cabo la búsqueda, pero Hemingway era reticente a incursionar más allá, por miedo a perderse algo en lo de Croselli. Así que ella volvió caminando a la entrada del edificio en Carmine y Reacher siguió solo, cruzando la Sexta, y en la esquina entre la calle Minetta y el pasaje Minetta encontró un teléfono que tenía tono.

Estaba demasiado oscuro como para ver los números, así que marcó al tacto, cero para la operadora, y esperó un largo rato antes de que atendiera. Pidió con la comisaría sexta de la Policía de Nueva York, y esperó de vuelta, incluso más, antes de que atendiesen la llamada y una voz ladrara: «¿Hola?».

—Quiero denunciar narcóticos ilegales en el West Village —dijo Reacher.

—¿Qué? —dijo la voz.

—Acaban de forzar la entrada en un depósito lleno de drogas en la calle Carmine.

—¿Algún muerto?

—No.

—¿Alguien a quien estén matando?

—No.

—¿Incendio?

—No.

—Entonces no me haga perder el tiempo —dijo la voz, y el teléfono murió.

Reacher colgó y apuró el paso de vuelta, sudando, treinta y dos grados a la una de la mañana, y le transmitió las novedades a Hemingway, quien asintió en la oscuridad y dijo:

—Lo tendríamos que haber visto venir. Deben estar todos ocupados.

—Quizás deberíamos usar a su propia gente.

—Olvídalo. No atenderían mi llamada.

—¿Todavía tiene el grabador de su hermanita? —dijo Reacher.

—Es mi grabador.

—¿Todavía lo tiene?

—¿Por qué?

—Quizás lo pueda hacer hablar en la cinta.

—¿Tú?

—El mismo principio. No puede hacer que esto parezca una venganza.

—No te puedo dejar. ¿Tú y él, mano a mano? No soy una inconsciente.

—¿Qué me va a hacer?

—Molerte a palos hasta matarte.

—Es miembro de la mafia —dijo Reacher—. Tiene soldados. Lo que quiere decir que el trabajo pesado se lo manda a hacer a otra gente. Lo que quiere decir que no está en forma. Es pura pinta. No tiene nada. Ya lo comprobamos en Waverly. Cualquier filipino de doce años le podría comer el almuerzo.

—¿Esto es algo del Cuerpo de Marines?

—No soy un marine.

—¿Cómo vas a entrar?

—Asumo que la iglesia que está atrás está cerrada.

—Esta noche seguro. O siempre de noche.

—Algo se me va a ocurrir.

—¿Cómo lo harían los militares?

—¿Los marines o el Ejército?

—El Ejército.

—Pedirían refuerzos de artillería. O bombardeo aire-tierra.

—¿Los marines?

—Prenderían fuego, probablemente. Por lo general eso hace que salgan rápido.

—No puedes hacer eso.

—No soy un marine —dijo Reacher de nuevo. Miró enfrente. Las ventanas del segundo piso estaban a oscuras, obviamente. Lo que quería decir que Croselli podía estar ahí mismo, mirando. Pero sin ver demasiado. Un

hombre en una habitación a oscuras mirando una calle iluminada tiene ventaja. Un hombre en una habitación a oscuras mirando una calle oscura lo mismo se podría ahorrar la fatiga visual.

Reacher cruzó la calle oscura en dirección a las puertas dobles. Apoyó las yemas de los dedos. Parecían papel de lija. Pintura de hacía cincuenta años, más cincuenta años de humo y mugre y polvo. Golpeó, primero con las uñas, después despacio con los nudillos. La madera parecía vieja y gruesa y sólida, como si la hubieran mandado en barco hacía cien años desde algún antiguo bosque del oeste. Deslizó sus palmas por la superficie hasta encontrar la puerta más pequeña. Misma pintura, misma mugre, misma madera. Tanteó en busca de las bisagras y no encontró ninguna. Tanteó en busca de la cerradura, y la recorrió con el pulgar. Parecía ser una pequeña Yale redonda, metal gastado, probablemente tan vieja como la pintura.

Volvió a donde estaba Hemingway. Dijo:

—Las puertas deben tener entre cinco y ocho centímetros de espesor, y la puerta más pequeña es de una sola pieza. Toda madera de calidad, probablemente al día de hoy dura como piedra.

—Entonces la manera en que lo haría el Ejército es quizás la única manera.

—Quizás no. La puerta más pequeña abre para adentro. La cerradura es una Yale vieja, que debe tener quizás cincuenta años. Supongo que no hicieron un agujero en la puerta. No en una madera tan fuerte. No en aquel entonces. La gente no estaba tan preocupada por la seguridad. Apuesto a que la cerradura está montada sobre la puerta del lado de adentro. Como en una casa vieja. El pestillo está adentro de una cajita montada sobre la puerta. Dos tornillos, eso es todo.

—Va a haber otra puerta. Del otro lado del patio, para entrar al edificio. Puede tener otra cerradura.

—Si es así entonces golpeo y confío en mi encanto.

—No te puedo dejar hacer esto.

—Es lo menos que puedo hacer. Antes la embarré. Quizás usted podría haber sacado algo de eso. Usted se iba a aguantar la cachetada y lo iba a dejar que siguiera hablando.

—Ya había descubierto el micrófono.

—Pero es un arrogante. Tiene mucho ego. Podría haber seguido hablando, para molestarla.

—Eso es lo que yo esperaba.

—Entonces déjeme resarcirme.

REACHER SE DIO VUELTA Y SE LEVANTÓ la remera y dejó su espalda desnuda frente a Hemingway. Sintió unos dedos calientes hurgando en la cintura del pantalón, tirando para afuera, calzando la caja de plástico en el elástico de sus *boxers*. Después sintió el raspón de un cable, y la mano de ella escarbó hacia arriba por la espalda, debajo de la remera, hacia el omóplato, y después pasando por encima, un curioso abrazo vertical, la respiración de ella en su cuello, y después lo giró hasta tenerlo de frente, y metió su otra mano por el cuello de la remera, para encontrar el micrófono, para pasarlo de una mano a la otra, y tirar hacia abajo hasta dejarlo donde tenía que ir. Se detuvo sosteniéndolo contra su pecho, y dejó su mano ahí, plana, nada entre la palma de ella y la piel de él excepto esa piedrita de tecnología.

—Yo me lo puse en mi sostén —dijo ella—. Pero tú no tienes sostén.

—Imagínese —dijo Reacher.

—No hay nada para hacer que quede ahí.

Reacher sintió una inmediata membrana de transpiración entre su pecho y la mano de ella. Dijo:

—¿Tiene una curita en la cartera?

—Eres un chico listo —dijo ella, e hizo una contorsión estilo una-mano-dos-codos para revolver en su bolso, y cuando estiró el cuello para bajar la vista y mirar hacia dentro su frente rozó los labios de él, apenas, como un beso. Su pelo no tenía volumen, pero olía a frutillas.

Tiró de la cartera hacia arriba hasta su hombro y levantó algo que crujió un poco. Una curita, asumió él, todavía en su envoltorio. Él la agarró y la abrió en el espacio que quedaba entre sus rostros. Después ella la agarró de vuelta con una mano y la usó para pegar el micrófono en el surco entre los músculos de su pecho. Alisó el adhesivo, una vez, dos veces, y después sacó sus manos de abajo de la remera y la acomodó tirando hacia abajo.

Le apoyó la palma de su mano en el pecho, como Croselli había apoyado la suya en la de ella, apretando fuerte el algodón húmedo, y dijo:

—Lo va a encontrar.

—No se preocupe —dijo Reacher—. Si me pone una mano encima lo mato a trompadas.

Hemingway no dijo nada.

—Eso es algo del Cuerpo de Marines —dijo Reacher.

LA OSCURIDAD NO AYUDABA. No ayudaba para nada. Reacher se puso en posición en el cordón de enfrente, como un corredor antes de empezar una carrera, pero no podía ver exactamente a dónde estaba apuntando. Iba a tener que hacer ajustes mientras corriera. Arrancó, despacio y torpe, en parte por la oscuridad, en parte porque era un muy mal corredor, con zancadas pesadas, y cuando estaba a tres pasos vio las puertas, y cuando estaba a dos pasos vio la puerta más chica, y cuando estaba a un paso vio la cerradura, y con el pie de adelante lanzó una patada como un guadañazo, apenas por encima de su cuerpo, y golpeó con el talón lo más cerca que pudo del círculo de la Yale, con todos sus cien kilos detrás, multiplicados significativamente por la aceleración final de su pie, y por el hecho de que toda su masa se movía de manera brusca, aunque no exactamente rápido.

Pero fue suficiente. La puerta más chica explotó hacia dentro, como sin resistencia, y Reacher pasó a través del despejado rectángulo resultante hacia un espacio tan oscuro que no podía distinguir nada. Se sentía debajo de sus pies como empedrado, y el olor agrio de la basura, y pura pared oscura elevándose a su izquierda y a su derecha y delante de él.

Fue tanteando su camino por la pared de la derecha hasta la esquina del fondo del patio, donde encontró una puerta. Arriba vidrio acanalado, abajo un panel, un picaporte de acero liso, y una cerradura que parecía más nueva. El vidrio probablemente fuera templado y estaría reforzado con alambre. La cerradura probablemente enganchase en la puerta y en el marco. Una propuesta completamente distinta.

Esperó, a ver si Croselli bajaba y la abría él mismo. Lo que podía ser. Tenía que haber escuchado el estallido de la puerta más chica. Pero no bajó. Reacher esperó tres minutos, agitado, abriendo bien los ojos, con ganas de que vieran algo. Pero no veían nada. Se volvió a acercar hasta la puerta y la recorrió con las manos. El panel debajo del vidrio debía ser el punto débil. Contrachapado, probablemente, quizás un centímetro de espesor, pintado, ajustado al marco con molduras de un cuarto de círculo. Reacher tenía puestos unos zapatos que había comprado en el aeropuerto de Londres hacía dos traslados, robustos cosos británicos reforzados y con punteras duras como el acero. Ya habían reventado cabezas y rótulas esa noche. El contrachapado no podía ser un gran problema.

Dio un paso hacia atrás y dio un golpecito con la punta del zapato como para grabar el objetivo en la mente. Después empezó a patear, *bang, bang*, concentrándose en las esquinas del panel, de manera brutal y ruidosa, hasta que la madera se astilló y las molduras cedieron.

Ahí se detuvo y escuchó.

Ningún ruido desde adentro del edificio.

Lo que era una cagada. Reacher hubiera preferido cruzarse con Croselli cara a cara en la planta baja. No le entusiasmaba subir unas escaleras en busca de un oponente alerta esperándolo arriba.

Esperó un poco más.

Ningún ruido.

Se agachó con la espalda contra el marco de la puerta y golpeó el panel con el codo hasta que quedó doblado hacia adentro, como una puerta miniatura, agarrado de unos pocos clavos que todavía resistían. Después dio un giro y pasó su brazo y su hombro por el agujero y los llevó hacia arriba y buscó el picaporte. Que no le costó encontrar. Tenía brazos como de gorila. Todas sus fotografías de la infancia dejaban ver quince centímetros de muñeca al final de cada manga.

La puerta se abrió y se puso de pie con un poco de dificultad y retrocedió un metro, por si acaso. Pero adentro no había ningún ruido. Croselli no salía. No había nada para ver. Solo oscuridad. El aire de adentro olía caliente y estancado.

Reacher entró a lo que se sintió como un recibidor pequeño con piso de azulejos. Deslizó su pie hacia delante, uno después del otro, y sintió un primer escalón. A la izquierda había un pasamanos. La pared opuesta estaba a menos de un metro. Estaba pintada, y húmeda de transpiración.

Reacher subió las escaleras, con la mano derecha hacia delante, la izquierda agarrando el pasamanos. Llegó a un descanso de un metro de ancho, y después las escaleras zigzagueaban y seguían para arriba. Arriba el aire estaba recalentado y había un recibidor de seis por tres con una alfombra pegajosa y una puerta de cada lado. Una habitación al frente y otra al contrafrente.

Por debajo de la puerta de la habitación del contrafrente se veía una débil franja de luz cálida.

Reacher la miró como un hombre sediento en el desierto podría mirar una bebida fría. Era probablemente una vela. Era la primera luz producida por el hombre que veía en más de tres horas.

Por detrás pasó su mano por debajo de la remera y apretó el botón que Hemingway le había mostrado. *Es rojo*, le había dicho, lo que no había ayudado, porque no tenía ojos en la nuca, y además estaba completamente oscuro. Así que lo había aprendido al tacto. Dio un golpecito en su pecho,

como para que con ese sonido quedara marcado el inicio de la grabación. Después apoyó su mano en el picaporte.

REACHER GIRÓ EL PICAPORTE Y EMPUJÓ la puerta, uno, dos, rápido y fuerte, y entró a una habitación iluminada por una vela parpadeante. La llama bailó con la corriente de aire. La habitación era un espacio de veinte por veinte con una ventana oscura en la pared de atrás y una hilera de cajas fuertes antiguas a la izquierda, como algo sacado de un Western en blanco y negro de ladrones de bancos, y a la derecha había una hilera de archivos y un escritorio, y sentado en el escritorio en una silla reclinable de cuero estaba Croselli. La silla estaba alejada y vuelta de costado, por lo que estaba sentado mirando de frente la puerta.

Tenía un arma en la mano.

Era una Colt M1911, una .45 automática, producto militar estándar por sesenta y seis años, de ahí el número del modelo. Se la veía un poco dañada y maltratada. Estaba todo iluminado por la vela, que estaba sobre el escritorio, pegada a un plato de porcelana con un charco de su propia cera. Un artículo doméstico estándar, a pocos centavos en una ferretería, pero se sentía tan brillante como el sol.

—Tú —dijo Croselli.

Reacher no dijo nada.

Croselli se había cambiado la chaqueta y se había aflojado la corbata, pero su camisa seguía estando mojada. Dijo:

—Estaba esperando a Hemingway. ¿Qué eres tú esta noche, su caballero andante? ¿Manda a un chico a hacer el trabajo de un hombre?

¿Está armado?, había preguntado Reacher. *No en la ciudad*, había dicho Hemingway. *No puede*. No aplicable dentro de sus propias instalaciones, aparentemente. Lo que era una cagada. Reacher miró la hilera de cajas fuertes. Había seis, una junto a la otra, cada una de más o menos un metro de ancho y dos metros de alto. Tenían cerraduras para llave, no con combinación. La puerta del fondo estaba abierta de par en par, y el hueco del otro lado estaba vacío. Su armería, supuso Reacher. Para emergencias extremas. Como esa misma noche. Claramente los soldados de Croselli estaban todos armados, todos en la calle, todos garantizando protección.

—Usted tiene un arma —dijo Reacher, para la grabación.

—Estoy defendiendo mi propiedad —dijo Croselli.

—¿Este lugar es suyo?

—No soy un ladrón cualquiera.

Reacher dio un paso. El cañón del Colt se levantó un grado, para seguirlo. Reacher preguntó:

—¿Está su nombre en la escritura?

—No soy tan idiota.

—Entonces este lugar no es suyo.

—Solo técnicamente. Créeme, chico, todo lo que ves aquí es mío.

—¿Qué hay en las cajas fuertes?

—Mercadería.

—¿Suya?

—Ya te lo dije.

—Necesito escucharlo en palabras simples.

—¿Por qué?

—Podríamos hacer negocios.

—¿Negocios?

—Eso dije.

—¿Tú y yo?

—Si usted es inteligente —dijo Reacher.

—Tiraste mi puerta abajo.

—¿Me habría dejado entrar, si hubiese golpeado?

—¿Qué clase de negocio podríamos hacer, tú y yo?

—Usted está usando la autopista a Nueva Jersey y el túnel Holland. Lo que quiere decir que sus provisiones llegan de Miami, derecho por la autopista I-95. Lo que quiere decir que usted está pagando de más, y está perdiendo algo en mulas poco confiables, y está perdiendo algo en las patrullas de rutina de la Policía Estatal de Nueva Jersey. Yo lo podría ayudar con todo eso.

—¿Cómo?

—Yo traigo directo de Oriente. En aviones militares. Sin control. Mi papá es un oficial del Cuerpo de Marines.

—¿Qué es lo que traes?

—Lo que usted quiera.

—¿A qué precios?

—Muéstreme lo que tiene y dígame cuánto lo pagó. Y después le voy a partir el corazón.

—Lastimaste a dos de mis hombres.

—Eso espero —dijo Reacher—. Tiene que entender. Conmigo no se juega. —Dio otro paso. El cañón del Colt se levantó un grado más. Reacher

dijo—: ¿Le compra a Martínez?

—Nunca escuché hablar de Martínez.

—Entonces está pagando mucho más. ¿A quién le compra?

—A los muchachos de Medellín.

—Yo le podría hacer ahorrar el cuarenta por ciento.

—Yo creo que estás hablando pavadas. Yo creo que esto es algo que armó Hemingway.

—Usted ya la sacó del medio.

—Por lo que pagué mucho dinero. Por lo que esperaba un resultado duradero. Cualquier otra cosa es probable que me haga enojar.

—Esto no tiene nada que ver con Hemingway.

—Levántate la remera.

—¿Para qué?

—Quiero ver el micrófono. Antes de dispararte.

Reacher pensó: *armas no declaradas, una escritura de propiedad falsa, una referencia directa al cartel de Medellín en Colombia y una referencia directa a un soborno*. Ya había suficiente en la grabación. Respiró bien, bien hondo y con las dos manos se agarró la parte de abajo de la remera. Después quebró el torso hacia delante desde la cintura y con un soplido apagó la vela.

EL AMBIENTE PASÓ EN MENOS de un segundo de tenuemente brillante a más oscuro que el tapado del Gran Conde del Infierno, y Reacher se abalanzó hacia delante, abriéndose paso entre la silla de Croselli y el escritorio, y Croselli movió la Colt alrededor más o menos en la misma dirección y disparó. Pero falló por mucho, y el fogonazo del cañón lo iluminó perfectamente, como el *flash* de un fotógrafo, así que Reacher eligió el lugar y le puso un derechazo en la nuca, justo donde lo blando se vuelve duro, y Croselli salió lanzado de la silla con la cabeza hacia delante y aterrizó sobre sus rodillas. Reacher buscó la silla y la levantó de los apoyabrazos y la sacudió sobre la espalda de Croselli. Escuchó el sonido del acero sobre el linóleo cuando la Colt se alejó deslizándose por el piso, e hizo la silla a un lado y manoteó y tanteó a ciegas hasta que encontró el cuello de la camisa de Croselli, que sujetó con la mano izquierda mientras tiraba golpes con la derecha, ganchos cortos al costado de la cabeza de Croselli, la oreja, la mandíbula, *uno, dos, tres, cuatro*, mazazos violentos, hasta que sintió cómo el tipo se desinflaba, y ahí se inclinó hacia delante y le agarró las muñecas y las juntó de un tirón en su espalda, alto y doloroso, y las atenazó en su mano

izquierda, esposas humanas, un truco perfeccionado años antes, habilitado por la monstruosa fuerza de sus dedos, del que nunca nadie había escapado, ni siquiera su hermano, que era de su mismo tamaño, o su padre, que era más pequeño pero más fuerte. Tironeó de Croselli hasta ponerlo de pie y palmeó los bolsillos de sus pantalones hasta que escuchó el tintineo de las llaves. Croselli cambió el aire y empezó a tratar de zafarse con fuerza, por lo que Reacher lo giró un poco de lado y lo volvió a calmar con un golpe al riñón.

Después sacó las llaves y las levantó con su mano derecha, y preguntó:

—¿Dónde están los fósforos?

—Vas a morir —dijo Croselli.

—Obviamente —dijo Reacher—. Nadie vive para siempre.

—Vas a morir esta noche.

Reacher separó una llave al tacto y apretó la punta arriba en la mejilla de Croselli. Dijo:

—De ser así, usted no lo va a ver. Primero le voy a sacar los ojos.

—Los fósforos están en el cajón del escritorio —dijo Croselli.

Reacher lo volvió a girar y le puso un corto en la panza, para dejarlo doblado y mantenerlo preocupado, y lo hizo caminar así inclinado y vomitando hasta el escritorio, y usó su mano libre para abrir los cajones, y revolver, todo al tacto. Había en los cajones todo tipo de cosas. Broches, biromes, rollos de cinta Scotch, algunos en sus paquetes, lápices, clips. Y unos fósforos, algo blandos y húmedos.

Usar un librito de fósforos con una mano era prácticamente imposible, así que Reacher dio vuelta a Croselli hacia la pared de la ventana, le soltó las muñecas y lo empujó fuerte, y usó los pocos segundos tranquilos resultantes para arrancar un fósforo y rasparlo, chispeando y destellando en la oscuridad, y para usarlo para prender otra vez la vela, momento para el cual Croselli se estaba recomponiendo como para atacarlo, por lo que Reacher se le acercó y lo volteó con un derechazo al plexo solar, justo cuando el ambiente volvía a resplandecer con su agradable brillo anterior.

Un golpe al plexo solar le daba por lo menos un minuto, pensó Reacher, y usó ese minuto para cruzar la habitación y agarrar la Colt, y sacarle el cargador, y sacar la bala de la recámara, y levantar la silla, y volver a ponerla sobre sus rueditas, y girarla, y encontrar la cinta Scotch, y levantar al tipo, y sentarlo, y empezar a encintarle las muñecas a la silla.

La cinta Scotch era menos resistente que el *silver tape*, pero Reacher lo resolvió usándola en cantidad, vueltas y vueltas, mano derecha, mano izquierda, hasta que el tipo quedó como si tuviese las dos muñecas quebradas,

envueltas en una especie de nuevo yeso amarillento y translúcido. Después los tobillos. En total Reacher usó seis rollos de cinta Scotch, y después de eso no había manera de que el tipo se moviese.

Entonces apareció Hemingway por la puerta.

Primero miró la vela, y después a Croselli.

—Admite en la grabación que todo lo que está acá es de él —dijo Reacher.

—Escuché un disparo —dijo ella.

—No dio en el blanco. Estuvo más o menos veinte grados desviado a babor.

—Estaba preocupada.

—El que debería estar preocupado es el padrino. Este es un miembro de la mafia.

—¿Qué es lo que dice en la grabación?

—Agárrela de mis pantalones y escúchela usted misma.

Lo que ella hizo. Reacher sintió de nuevo los dedos rápidos y calientes, y el abrazo extraño, debajo de la remera, mientras el micrófono pasaba de una mano a la otra. Después ella apretó un botón y esperó y apretó de vuelta, y una versión adelgazada y metálica de la voz de Croselli llenó la habitación, haciéndose responsable de todo lo que contenía, admitiendo la conexión con Medellín, admitiendo el soborno y dando a entender la magnitud del mismo.

—¿Tienes sus llaves? —dijo ella.

—Acá en la mano —dijo Reacher.

—Abre las cajas fuertes.

Lo que él hizo, empezando por la que estaba junto a la armería vacía, moviéndose en la dirección contraria de la ventana, hasta que todas las cajas quedaron abiertas. Todas estaban llenas de ladrillos envueltos en plástico y bien empaquetados, algunos de color marrón o verde, la mayoría blancos o amarillos.

—¿Puedes volver a poner las llaves en su bolsillo? —dijo ella.

Él lo hizo, y dijo:

—¿Qué sigue?

—¿Anda su teléfono?

Él lo probó y dijo:

—Sí.

Ella le dio un número y dijo:

—Es nuestra línea de emergencias interna para riesgos creíbles.

Él llamó, dio la dirección exacta, no su nombre, y la llamada terminó, y ella dijo:

—Su tiempo de respuesta va a ser de más de cinco minutos pero menos de diez.

Ella apoyó el grabador de plástico en el piso cerca de los pies de Croselli. Dijo:

—Deberíamos irnos. Mi auto no está cerca.

—¿Esto es suficiente? —dijo Reacher.

—Más que suficiente —dijo ella—. Medellín es tóxico. Y la evidencia está acá mismo. Es una foto, Reacher. Esta es una imputación fotogénica. No importa a quién sobornó. Nadie va a decir nunca nada en contra de esto. Es un maremoto.

—Una cosa más —dijo Reacher. Y se dio vuelta hacia Croselli, y dijo—: Pegarle a una mujer no está permitido. Se supone que seas un hombre, no un cobarde.

Croselli no dijo nada.

Reacher levantó la mano:

—¿Cómo la quieres?

—No le vas a pegar a alguien atado a una silla —dijo Croselli.

—Mírame —dijo Reacher, y le pegó una cachetada en la cara, fuerte, que sí sonó a *crack*, mojado o no, y la silla quedó en dos patas, y se balanceó, y se balanceó, y se tambaleó, y dio de lado contra el piso, con las rueditas girando y la cabeza de Croselli rebotando como en un flipper.

Después se fueron rápido, y la predicción de Hemingway de de-cinco-a-diez-minutos se materializó en unos autos que llegaban a toda velocidad unos seis minutos más tarde, y después un par de camionetas pesadas. Mucha artillería. ¿Y por qué no, si era un riesgo creíble?

EL AUTO DE HEMINGWAY ESTABA a cuatro cuadras, sobre Sullivan. Era el Granada azul claro que Reacher había visto antes, con el techo de vinilo y la parrilla dientona.

—¿Está segura de que esto la devuelve a las pistas? —dijo Reacher.

—Cuenta con eso —dijo ella—. Tener razón después es algo fantástico.

—Entonces llévame hasta donde tengo que ir.

—Debería quedarme.

—Deles el tiempo como para lamentarlo. Deles el tiempo como para que se den cuenta de hasta qué punto es una idea de ellos. Ya he visto toda esta

mierda. Todas las organizaciones son iguales. Tiene que desaparecer por un día. Tiene que estar alejada de los reflectores.

—¿West Point?

—Hay que agarrar Thruway y después el Trappan Zee.

—¿Cuánto tiempo voy a estar afuera?

—Te van a esperar con la alfombra roja, Jill. Solo dales el tiempo como para que la encuentren.

MANEJARON UN LARGO, LARGO RATO en la oscuridad, y después llegaron a barrios con luz, con semáforos y alumbrado público y el ocasional espacio iluminado. Los carteles brillaban, y el familiar telón de fondo nocturno de diamantes naranjas sobre terciopelo negro se esparcía todo alrededor.

—Tengo que parar y llamar —dijo Hemingway.

—¿Llamar a quién? —dijo Reacher.

—A la oficina.

—¿Para qué?

—Tengo que saber si funcionó.

—Estoy seguro que sí.

—Tengo que saber.

—Para, entonces. Podemos tomar un café.

—Hace treinta y ocho grados.

—Debe hacer menos de treinta y dos ya.

—Sigue siendo demasiado para tomar café.

Se tiró hacia el carril derecho y después agarró una salida a lo que Reacher imaginó como una versión superpoderosa de la estación de servicio estándar de una autopista, con múltiples baños, y surtidores grandes para camiones, y cuartos de motel para conductores agotados, y no con solo algo para comer, sino con un restaurante tan grande como para alimentar a Siracusa. Y teléfonos públicos. Muchos, uno al lado del otro, afuera junto al gran ventanal lleno de luces del restaurante. Hemingway usó uno, y colgó sonriendo, y dijo:

—Está funcionando. Arrestaron a Croselli.

—¿Cómo está la ballena? —dijo él.

—La ballena se fue —dijo ella.

Pareció aturdida por un segundo, y después se le dibujó una gran sonrisa en el rostro, y se abrazaron, con algún tipo de alivio y éxtasis en el apretado

abrazo de ella. Reacher sintió unas costillas huesudas, y el corazón palpitante. Estaba latiendo rápido.

Después ella fue hasta otro teléfono y marcó otro número, y dio su nombre, y dictó un largo reporte sobre un avistamiento confirmado del Hijo de Sam, hecho por lo que ella llamó un informante confidencial, que tenía lo que ella llamó una amplia experiencia militar.

Después volvió a colgar y dijo:

—Va a sonar como un disparate, pero tengo muchas ganas de alquilar un cuarto, solo para pegarme una ducha.

—No suena como un disparate para mí —dijo Reacher.

—¿Importa a qué hora llegues allá?

—No entre una o dos duchas.

—Entonces hagámoslo.

—¿Los dos?

—Es un beneficio mutuo.

—¿Quién va primero?

—Yo.

—OK —dijo Reacher.

Ella pagó en la oficina del motel, un evidente amontonamiento de billetes, lo que Reacher consideró que debía ser la tarifa por una noche completa, y volvió con una llave, la de la habitación 15, que estaba bien al fondo, la última cabaña antes del bosque.

—¿Quieres que espere en el auto? —dijo Reacher.

—Puedes esperar en la habitación —dijo Hemingway.

Por lo que entraron juntos, y se encontraron con un espacio caliente y estancado, con las características habituales. Hemingway chequeó el baño, y salió con una pila de toallas, y dijo: «Estas son tuyas», y volvió a entrar y cerró la puerta.

Reacher esperó en la cama hasta que ella volvió a salir mucho después, toda acalorada y rosa y envuelta en toallas. Dijo: «Tu turno», y cruzó la habitación, con un paso un poco inestable, como agotada por el vapor, o el cansancio.

—¿Estás OK? —dijo él.

—Estoy bien —dijo ella.

Él hizo una pausa, y después entró al baño, que estaba tan lleno de vapor como un sauna, con el espejo todo empañado, exhibiendo las pasadas y los semicírculos por donde la empleada había limpiado. Se sacó la ropa y la colgó en un gancho, y prendió la ducha y reguló la temperatura, y entró a la bañera

y corrió la cortina. Se enjabonó y se puso shampoo, y se restregó y se enjuagó, y se quedó bajo el chorro tibio un minuto más, y después salió.

Estar seco no era realmente una opción, dadas la temperatura y la humedad. Con una toalla fue moviendo los restos de agua por su piel, y se volvió a poner la ropa sucia, mojada y colgada, y se peinó con los dedos. Después salió envuelto en una nube de humedad.

Jill Hemingway estaba tirada boca arriba en la cama. Al principio pensó que estaba durmiendo. Después vio que sus ojos estaban abiertos. Le agarró la muñeca y le sintió el pulso.

Nada.

Intentó en el cuello.

Nada.

Sus ojos lo miraban, vacíos y ciegos.

Motivos de salud. El corazón, pensó. Sin duda algo para estar preocupado. Él lo había sentido veloz y agitado. Él la había visto tambalearse. Cruzó la habitación y miró por la ventana. Todavía noche muerta. A través de los árboles podía ver algunas luces de autos en la autopista. Podía escuchar también el ruido, leve y constante. Volvió a la cama y chequeó de vuelta, muñeca, cuello, nada.

Salió al estacionamiento y cerró la puerta detrás de sí, y marchó hacia la fila de teléfonos públicos afuera del restaurante. Eligió uno al azar y marcó el número que ella le había dado, el de la línea interna de emergencias. Informó la muerte de ella, dijo que parecía natural, y dio la ubicación.

No dio su nombre.

Jill Hemingway, Q. E. P. D. Murió joven, pero con una sonrisa en la cara.

Siguió caminando, hacia el playón, pasando los surtidores para autos, pasando los surtidores para camiones, hacia la calle de salida. Dejó un pie en el carril, y el otro sobre el cordón, y extendió el pulgar. El segundo auto que pasaba lo levantó. Era un Chevrolet Chevette, celeste, pero no era el de Chrissie. Era un auto completamente distinto, lo manejaba un muchacho de entre veinte y treinta años que iba para Albany. Dejó a Reacher en una salida anterior, y un lechero en una camioneta lo llevó otro tramo, y después caminó dos kilómetros hasta el camino que llevaba directo a la Academia. Comió en un parador de la ruta, y caminó otros dos kilómetros, y vio las luces de West Point a la distancia. Pensó que nadie tendría diana antes de las 0600, para lo que todavía faltaban dos horas, por lo que cuando encontró un banco de una parada de ómnibus se acostó a dormir.

AL DÍA SIGUIENTE EL APAGÓN ya se había arreglado en parte de Queens a las siete de la mañana, y poco después en parte de Manhattan. Para la hora del almuerzo la mitad de la ciudad ya tenía luz de vuelta. Para las once de la noche toda la ciudad ya tenía luz de vuelta. El corte se había producido por un error de mantenimiento. Un rayo que cayó en Buchanan, Nueva York —parte de la larga tormenta de verano que Reacher había visto a la distancia—, había hecho saltar un disyuntor, pero una tuerca de seguridad floja había impedido que el disyuntor volviera a su lugar inmediatamente, como estaba diseñado para que hiciera. Como consecuencia de eso, empezó a haber sobrecargas y empezaron a saltar disyuntores en una cascada que se extendió hacia el sur durante una hora, hasta que toda la ciudad quedó a oscuras. A la mañana siguiente, más de mil seiscientos negocios habían sido saqueados, se habían iniciado más de mil incendios, más de quinientos policías habían resultado heridos y más de cuatro mil personas habían sido arrestadas. Todo por una tuerca floja.

VEINTIOCHO DÍAS DESPUÉS DEL APAGÓN arrestaron al Hijo de Sam afuera de su casa en la calle Pine, en Yonkers, Nueva York, a menos de seis kilómetros de la Universidad Sarah Lawrence. Su ola de asesinatos de un año de duración había llegado a su fin. Su nombre era David Berkowitz, y tenía veinticuatro años. Llevaba su Charter Arms Bulldog en una bolsa de papel. Confesó sus crímenes inmediatamente. Y confirmó que se había enlistado como voluntario en el Ejército de los Estados Unidos a los dieciocho, y había servido por tres años, en parte dentro de los Estados Unidos continentales, pero mayormente en Corea del Sur.

Guerras pequeñas

EN LA PRIMAVERA DE 1989 Caroline Crawford fue ascendida al cargo de teniente coronel. Para celebrarlo se compró un Porsche plateado. Era de familia de plata, se decía, y de mucha. Un fideicomiso, quizás. Algún pariente ilustre. Quizás un inventor. Sus uniformes los hacía a medida en el D. C. el mismo negocio que hacía trajes para el presidente. Era considerada la mujer más rica del Ejército. No es que la vara estuviera demasiado alta.

Con el nuevo cargo llegó un nuevo destino, por lo que el primer viaje del Porsche fue hacia el sur desde Planes de Guerra en el Pentágono hasta Fort Smith en Georgia. Todo parte del método de Planes de Guerra. No tenía sentido hacer planes que no podían ser ejecutados. Los enlaces de alto nivel en el terreno eran cruciales. Con un poco de observación subrepticia detrás de bambalinas mezclada. La primera rotación de todo teniente coronel. Crawford estaba feliz de hacerla. Incluso a pesar de que Fort Smith resultó ser un lugar pequeño y húmedo en medio de bosques, lleno de personajes desesperados. Fuerzas especiales, de varios tipos. Nada de uniformes hechos a medida. Lo que estaba OK. Prometedor, incluso. Materia prima, posiblemente, para el tipo de nuevas unidades que ella iba a necesitar. Ejercer influencia de manera temprana podía ser vital. Incluso podían llegar a ponerles su nombre a las unidades. Llegaría a coronel en un año y medio. Iría por el carril rápido hacia su primera estrella. Y tenía el derecho de ejercer algún tipo de influencia. ¿O no? Los enlaces eran una calle de doble mano. Tenía el derecho de decirles lo que ellos tenían que hacer, y también escuchar lo que no podían.

La primera semana anduvo bien, aunque llovió demasiado. La usina de rumores en una hora ya lo tenía claro: era soltera y estaba disponible, pero no era de lo mejor como para flirtear con ella, porque Planes de Guerra era cosa seria. Por lo que las relaciones eran cordiales, pero lo bastante movidas como para ser interesantes, también. Los cuarteles de los oficiales que estaban de visita eran adecuados en todos los aspectos. Como un motel, pero más serio. Los bosques estaban siempre húmedos y se extendían por kilómetros a la redonda, pero tenían rutas que los cruzaban, algunas eran solo caminos de tierra o cortafuegos, otras tenían señales luminosas en sus lomos embarrados,

eventualmente, a más o menos una hora de camino, para hacer barbacoas a veces, o bares donde también se podía bailar. La vida no era mala.

Al final de la primera semana salió de Fort Smith vestida con su uniforme Clase A hecho a medida, en su Porsche plateado, y dejó la ruta del condado en el primer cruce, que eventualmente desembocaba en una ruta escondida y que no llevaba a ningún lado, no del todo de dos carriles, a través de los bosques, en su mayoría recta y soleada, perfecta con los vidrios bajos, con el aroma húmedo del abundante barro en los hombros y el eco boscoso del caño de escape volviendo de la corteza, en parte gutural, en parte chillido, en parte aullido.

Entonces, un auto averiado más adelante. Un sedán, frenado en diagonal en medio del camino, las ruedas de adelante completamente giradas, el capot levantado, un tipo mirando el motor. Un tipo alto, obvio incluso a cien metros de distancia. De contextura sólida. Pies grandes.

Desaceleró, tarde y de manera brusca, solo para divertirse, bajando los cambios, el caño de escape explotando atrás como un *show* de fuegos artificiales. El sedán parado era un producto de Detroit pintado de verde militar. El tipo bajo el capot se enderezó y se dio vuelta para mirar. Era efectivamente alto, quizás dos metros, en uniforme estándar de combate, camuflado. Era del todo proporcionado, por lo tanto estaba lejos de ser delicado, pero tenía buen porte. Parecía esbelto, salvo que no lo era.

Ella frenó el auto. Apoyó el codo en la puerta y el mentón en el codo, y se quedó mirando, en parte intrigada, en parte resignada, en parte lista para ayudar, quizás después de burlarse un poco. Todas esas cosas, y para nada desconfiada. El capot levantado despertó alguna clase del antiguo instinto de los automovilistas en sus comienzos. Servicial y solidario.

Eso, y el familiar uniforme.

El tipo alto se acercó unos pasos. Pies grandes y torpes, en botas de cuero maltratadas, pero por lo demás un tranco elegante de piernas largas. Sin gorra. Pelo claro y corto, en retirada. Ojos azules, mirada franca, de alguna manera al mismo tiempo naíf e inteligente. Una cara por lo demás común y silvestre, con rasgos apenas del lado correcto de lo insulso.

Tenía un águila de coronel en el cuello. Por encima de su bolsillo derecho el identificador decía: *U. S. Army*. Por encima de su bolsillo izquierdo su identificador decía: *Reacher*.

—Discúlpeme por interrumpirle el viaje —dijo—, pero no lo puedo sacar del medio. No puedo girar el volante. Creo que se rompió la dirección.

—Lo lamento, coronel —dijo ella.

—Imagino que su auto no tiene un gancho para remolcar —dijo él.

—Lo podría ayudar a empujar.

—Es muy amable, pero necesitaríamos diez personas más.

—¿Es usted quien yo creo que es? —dijo ella.

—Eso depende.

—Usted es Joe Reacher. Acaba de recibir un nuevo cargo en contrainteligencia.

—Ambas correctas —dijo Joe Reacher—. Encantado de conocerla. —Miró su placa de identificación. Plástico, blanco sobre negro, por los Clase A hechos a medida. *La placa de identificación se ajusta a diferencias individuales específicas, centrada horizontalmente del lado derecho entre dos y medio y cinco centímetros por encima del botón más alto del saco*. Dijo—: Usted debe ser Caroline Crawford. Felicitaciones.

—¿Escuchó hablar de mí?

—Parte de mi trabajo. Pero no es parte del suyo saber quién soy yo.

—No es parte de mi trabajo, pero es parte de mi interés. Me gusta seguir a los jugadores clave.

—No soy un jugador clave.

—Señor, eso es pura mierda, con todo respeto, señor.

—¿Interés académico o interés profesional?

Ella medio sonrió y medio se encogió de hombros, pero no respondió.

—Ambos, ¿no? —dijo él.

—No veo por qué no —dijo ella.

—¿Cuán arriba tiene pensado llegar?

—Tres estrellas —dijo ella—. A la oficina del jefe de Estado Mayor, quizás. Más allá de eso estaría en manos de los dioses.

—Bien, buena suerte con todo eso —dijo Joe Reacher, y metió la mano en el bolsillo de su uniforme de combate y la sacó con una pistola semiautomática Beretta M9 estándar del Ejército y con esa pistola le disparó a Caroline Crawford, dos veces en el pecho y una en la cabeza.

TAMBIÉN HACIA UN NUEVO DESTINO la misma semana que Caroline Crawford iba un mayor de la Policía Militar llamado David Noble. Estaba dejando su cargo anterior y se dirigía hacia Fort Benning, Georgia, desde donde iba a supervisar las investigaciones criminales de todos los distritos militares del sudeste. Una flamante reorganización. La niña de los ojos de alguien. Improbable que durara, pero por un tiempo trabajo importante. Noble nunca

llegó a hacerlo. De camino tuvo un accidente automovilístico. No fatal, pero terminó en el Walter Reed. Sufrió un colapso pulmonar. No podía respirar bien. Así que se eligió a un sustituto de emergencia y se lo fue a buscar y se lo sacó de las maniobras en las que estaba y se lo movilizó al norte hacia Benning. Igual que siempre, en el Ejército. Una situación completamente normal. Un trabajo importante, el segundo mejor, una semana después. Del lado positivo se decía que el nuevo aprendía rápido y trabajaba duro. Podría ponerse al día. Si empezaba sin ninguna demora.

Así fue como en el mismo momento en que Joe Reacher decía «No soy un jugador clave» su hermano menor, Jack Reacher, entraba a una flamante oficina a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, y después salía, a buscar café, ya casi listo para empezar a supervisar las investigaciones criminales de todos los distritos militares del sudeste.

EL PORSCHE FUE HALLADO a la mañana siguiente, temprano, por cuatro soldados en un Humvee que estaban tratando de encontrar un atajo para volver a Smith después de que un ejercicio nocturno saliera mal de muy diversas maneras en términos de navegación. Reconocieron el auto desde cierta distancia. Ya era famoso en la base. La nueva dama de Planes de Guerra. *Sexy*, inteligente y rica. Nada de malo en ninguna de esas cosas. Nada de nada. Quizás se le había pinchado una goma. Quizás necesitaba una mano.

Cuando se fueron acercando pensaron que el auto estaba vacío.

Después vieron que no lo estaba.

Pasaron por el lado a paso de hombre y la altura a la que iban sentados les permitió ver allá abajo el Porsche por dentro, donde vieron a una mujer en uniforme Clase A desparramada de espaldas entre los dos asientos, con dos disparos en el pecho y uno en la cabeza.

Estacionaron cerca y avisaron por radio. Después se quedaron sentados quietos. Las escenas de crímenes no eran su problema. En menos de cuarenta minutos llegó un grupo de PM. De Fort Smith. Con dos abogados de la JAG [1]. También de Fort Smith. Todos echaron un vistazo, y después se mantuvieron a distancia. Había una cuestión de jurisdicción. La ruta le pertenecía al condado. Por lo tanto la policía del condado había sido notificada. No había opción. Estaban en camino, para discutir el tema.

EN FORT BENNING SE SUPO CASI inmediatamente. Una flamante reorganización. Demasiado fresca como para que ya la arruinaran. Reacher se había quedado hasta tarde estudiando el nuevo manual de la unidad, y repasando casos abiertos, y leyendo archivos, y hablando con gente. Después había logrado algunas horas de sueño, y se había despertado con un plan en mente. Asumió que tenía mucho trabajo por hacer. El lugar estaba tapado de papeles. Y los suboficiales estaban mal elegidos. En su experiencia personal las unidades funcionaban bien o no dependiendo de la calidad de sus sargentos. Quería burócratas expertos, pero que no estuvieran enamorados de la burocracia. Había una diferencia. Quería gente que tratara a los trabajos como a enemigos, para despacharlos rápido y eficiente y despiadadamente. O disciplinariamente, incluso. *No me van a volver a mandar ese formulario*. La nueva unidad no tenía gente así. Estaban todos demasiado cómodos. Un poco sumisos. Como el que trajo el télex arrancado a primera hora de la mañana. Un tipo sumiso y cómodo. Difícil de poner en palabras, pero no tenía el espíritu que Reacher buscaba. No tenía filo. No parecía peligroso.

El télex decía *Un repito un (1) personal activo hallado muerto de bala quince kilómetros al norte de Fort Smith. Circunstancias desconocidas*.

Reacher se representó una pelea de bar, un soldado o quizás un especialista, en alguna clase de altercado con un local. Quizás se había caído una Harley en el estacionamiento, o se había derramado un vaso de cerveza. Los bares cerca de las bases estaban siempre llenos de civiles locales calentones con armas en los bolsillos y cosas que demostrar.

—Tráigame los detalles como y cuando vayan llegando —dijo.

El sargento sumiso dijo que lo haría, y salió de la oficina.

Reacher levantó el teléfono y llamó a su nuevo jefe de servicio. Entre otras cosas dijo:

—Necesito un mejor sargento acá. Necesito que me mande a Frances Neagley. Antes que termine el día, preferentemente.

EL SHERIFF DEL CONDADO QUE APARECIÓ en el bosque conocía el valor del barro como medio para evidencias. Dejó el auto ahí y fue marcando el perímetro de la escena un metro por fuera del camino, parándose seguido para agacharse y analizar las marcas en la tierra fina y negra, que cubría el asfalto más o menos de lado a lado, como una gasa, moléculas delgadas en el centro y centímetros más gruesas en los bordes. Había muchas marcas, algunas secas, algunas

rezumantes de agua negra, algunas con otras marcas encima de los soldados que habían pasado en su Humvee.

El tipo del condado hizo todo el camino hasta el hatajo de tipos de Smith, y cada uno se presentó y se dieron las manos y después se quedaron mudos, quizás tomando la temperatura legal, quizás ensayando sus argumentos. El tipo del condado habló primero. Dijo:

—¿Su base era Fort Smith?

—Sí —dijo un abogado de la JAG.

—¿Algún indicio de que esto haya sido un vuelto interno?

Con lo que quiso decir: *¿Alguna disputa profesional de la que no me tenga que enterar? ¿Esto queda en familia?*

—No —dijo el abogado de la JAG.

—Entonces es principalmente mía. Hasta que esté seguro de si el que disparó no era un civil. Tengo que prestarle atención a algo así. Podría tener un loco correteando por los bosques. ¿Cómo se llamaba?

—Crawford.

—¿Qué hacía en Fort Smith?

—Me temo que no se lo puedo decir.

—Le hicieron una emboscada —dijo el tipo del condado—. Se lo aseguro. Las marcas son claras. Alguien simuló una avería. Ella paró a ayudar. Él tenía pies grandes.

—¿Cómo sigue? —dijo el PM superior.

—Está por encima de mi remuneración —dijo el tipo del condado—. Literalmente, en el estatuto municipal. Lo tengo que pasar al estado. Sin alternativa.

—¿Cuándo?

—Ya llamé. Van a estar acá enseguida. Después pueden decidir quedárselo o pasárselo a la Oficina de Investigaciones de Georgia.

—No podemos esperar una eternidad.

—No va a ser necesario. Medio día, quizás. —Y después el tipo como un cangrejo dio unos pasos de costado y hacia atrás alrededor del barro, hasta llegar al auto, y ahí se metió y se sentó solo.

EL SIGUIENTE TÉLEX LLEGÓ una hora después. El mismo sargento sumiso lo arrancó de la máquina y lo llevó al escritorio de Reacher. Decía *Víctima de disparo previamente reportada era TC Caroline C. Crawford. CHSV adentro de VP detenido en camino forestal apartado.*

VP significaba vehículo propio. *CHSV* significaba cuerpo hallado sin vida. *TC* significaba teniente coronel. Lo cual sumado daba algo. Muy pocos oficiales de alto rango que Reacher conociera peleaban a muerte en bares. Especialmente no oficiales de alto rango llamados Caroline. E incluso si lo hacían, no terminaban adentro de su propio auto en un remoto camino del bosque. ¿Cómo podrían?

No una pelea en un bar.

—¿Quién era ella? —dijo.

—No lo sé, señor —dijo el sargento.

Lo que hablaba por sí mismo. Un suboficial decente se habría acercado hasta un libro o un teléfono y habría traído al menos una mínima biografía y una copia de requerimientos. Frances Neagley ya habría tenido todo eso cinco minutos antes. Más una foto. Más un mechón de pelo de bebé, por si uno lo quería.

—Vaya a averiguar quién era —dijo Reacher.

LA DISPUTA SOBRE LA JURISDICCIÓN duró más de lo esperado. El policía del estado que se presentó dijo que no estaba seguro de que los bosques fueran propiedad federal. Los terrenos de Fort Smith lo eran, obviamente. Quizás las tierras sin uso de los alrededores también. El tipo del condado dijo que la ruta la mantenía el condado. Eso seguro. Y el auto estaba en la ruta, y la víctima estaba en el auto. Los abogados de la JAG dijeron que matar a un empleado federal era un crimen federal, y un teniente coronel del Ejército de los Estados Unidos era definitivamente un empleado federal. Y así sucesivamente. En el cielo se amontonaron unas nubes oscuras. Había más lluvia en camino. Las marcas en el barro estaban a punto de ser lavadas. Así que se propuso un trato. La Policía Estatal iba a estar al frente, pero el Ejército iba a tener plena participación. Tendría acceso garantizado. Aceptable, para los hombres de verde. La autopsia la haría el estado, en Atlanta. También aceptable, porque ya todos sabían lo que iba a decir la autopsia. *Por lo demás saludable, excepto por dos disparos en el pecho y uno en la cabeza*. El trato fue aceptado, con lo cual las tres divisiones entraron en un frenesí fotográfico de la escena del crimen. Después empezó a caer una lluvia intensa, y taparon al Porsche con una lona, y cada cual esperó en su auto que llegaran la ambulancia y la grúa.

REACHER LEVANTÓ LA MIRADA y vio a su sargento parado en frente. Un acercamiento silencioso. Tenía una hoja en la mano. Pero no se la daba. En lugar de eso habló. Dijo:

—Solicito autorización para hacerle una pregunta, señor.

Lo que no era algo bueno de oír, viniendo de un suboficial a cargo. No era lo que parecía. Era algo totalmente distinto. Como una novia que dice «Tenemos que hablar, querido».

—Pregunte —dijo Reacher.

—Escuché que a usted no le gusta mi trabajo y que me va a transferir.

—Incorrecto en ambos casos.

—¿De verdad?

—Los me gusta y los no me gusta habitan el reino de las emociones. ¿Me está acusando de tener sentimientos, sargento?

—No, señor.

—Evalúo su desempeño de manera fría y racional de acuerdo con un sistema de medida diseñado específicamente por mí. Y es el siguiente: ¿es usted alguien a quien yo pueda llamar con una emergencia en el medio de la noche?

—¿Lo soy, señor?

—Ni remotamente.

—Por lo que me va a transferir.

—Negativo.

—No estoy cuestionando su respuesta en ningún aspecto, señor, pero estoy al tanto de que la sargento Neagley tiene órdenes de proceder acá sin demoras.

—El radio pasillo de suboficiales funciona cada día más rápido. —Reacher sonrió.

—Ella llega, yo me voy. ¿De qué otra manera podría ser?

—Podría ser que usted se queda y aprende algo. Eso es lo que va a suceder. Neagley me va a reportar a mí y usted le va a reportar a Neagley. En algunos casos ella le va dar consejos y estímulos acerca de cómo mejorar su desempeño.

—Tenemos el mismo rango.

—Haga de cuenta que ella viene de un planeta en el que hay el doble de gravedad. Su rango vale más que el de usted.

—¿Cuánto tiempo va a estar ella acá?

—El que sea necesario. Ustedes tienen que pensar más allá. Esta reorganización va a quedar dada vuelta. No van a estar parados en una colina

mirando hacia abajo durante toda su guardia. Van a estar en un agujero bien hondo, enterrados en papeles. Porque esta va a ser la unidad yo-te-cubro. Todos en el ejército van a estar reportándonos todo, así que cualquier cosa que salga mal al final es automáticamente culpa nuestra, porque no la seguimos en su momento. Por lo que va a tener que desarrollar una actitud muy agresiva para con el papeleo. Si duda queda enterrado.

—Sí, señor.

—Por lo que también tiene que confiar en su intuición. Tiene que poder oler los que son importantes. No hay tiempo para estudiar en profundidad. ¿Es usted una persona agresiva que confía en su intuición, sargento?

—Quizás no lo suficiente, señor.

—¿Qué hay en la hoja que tiene en la mano?

—Es un fax, señor. Un historial de los destinos de la coronel Crawford.

—¿Lo leyó mientras venía para acá?

—Sí, señor.

—¿Y?

—Está en Planes de Guerra. Actualmente generando enlaces con la escuela de operaciones especiales en Fort Smith.

—¿Lo que nos dice qué?

—No sabría cómo decirlo.

—Con sus propias palabras, sargento.

—Es una trepadora.

—La más trepadora de todas. Planes de Guerra es especial. Los trepadores normales ni siquiera se asoman a la puerta. Estamos hablando de una alpinista. Muerta a tiros. ¿Deberíamos estar preocupados?

—Creo que sí, señor.

—La intuición —dijo Reacher— es algo maravilloso.

—¿Alguna indicación práctica a seguir?

—Empiece jugando al policía malo con la gente en Smith. Dígales que necesitamos más cosas más rápido. De hecho dígales que necesitamos fotocopias de todo. Un archivo completo, según el protocolo.

—Creo que ese es uno de los puntos que todavía no está decidido.

—Fabríquelo, sargento. Haga que se empiecen a acostumbrar.

—Sí, señor.

—Y cuando salga cierre la puerta.

Lo que el tipo hizo. Reacher marcó un número de teléfono. El Pentágono. Un número en un escritorio afuera de una oficina con una ventana. Atendido por un sargento, inevitablemente.

—¿Está ahí? —dijo Reacher—. Soy el hermano.
—Un segundo, mayor.
Después un grito, amortiguado por una palma en el tubo: *Joe, tu hermano en la línea dos*. Después un clic, y después la voz de Joe, preguntando:
—¿Estás todavía en Centroamérica?
—No —dijo Reacher—, me sacaron de ahí y me mandaron a Benning. Alguien tuvo un accidente automovilístico. Así que vengo atrasado.
—¿Qué hay en Benning?
—Es algo nuevo. Muchos informes entrantes. El éxito o el fracaso van a depender de que clasifiquemos de manera rápida. Que es por lo que estoy llamando. Necesito información de alguien en Planes de Guerra. Llevaría todo el día conseguirla de otra manera.
—¿Qué pasa en Planes de Guerra?
—Murió alguien.
—¿Qué es exactamente lo que estás haciendo en Benning?
—La misión es supervisar todas las investigaciones criminales en los distritos militares del sudeste. Lo más probable es que se vuelva un archivo gigantesco.
—¿Quién se supone que iba a tener el cargo?
—Un tal David Noble. Nunca lo conocí. Se durmió mientras manejaba, probablemente. Demasiado ansioso por llegar acá.
—Y te lo dieron a ti.
—Cuestión de suerte.
—¿Quién murió en Planes de Guerra?
—Caroline Crawford.
—Y tú investigarás eso.
—Espero que alguien lo haga, eventualmente.
—¿Cómo murió?
—Le dispararon en una ruta solitaria.
—¿Quién?
—No sabemos.
—Era una estrella —dijo Joe—. Iba a llegar lejos. Teniente general, al menos. A la oficina del jefe del Estado Mayor, probablemente.
—¿Haciendo qué exactamente?
—Hay tres vectores posibles para la Guerra Fría. Se puede poner caliente, o se puede quedar como está, o la Unión Soviética podría caer por su propio peso. Obviamente un estratega diligente mira la opción tres y se pregunta OK, ¿después qué? Y lo que viene después son guerras pequeñas. Contra países

molestos y poco importantes, principalmente en Oriente Medio. Caroline Crawford estaba trabajando sobre Irak. Estaba empezando temprano y jugando un partido muy largo. Una apuesta fuerte. Pero la recompensa era gigante. Se habría adueñado de la doctrina de Oriente Medio. Para un estratega, mejor que eso imposible.

—Asumo que todo eso era a puertas cerradas —dijo Reacher—. Asumo que no tengo que andar buscando asesinos iraquíes.

—La sabiduría popular diría que los iraquíes no sabían quién era. Como tú has dicho, era a puertas cerradas, y había muchas puertas, y todas estaban bien cerradas, y ella era demasiado moderna como para llamar la atención, además.

—¿Algún otro enemigo externo?

—¿Externo a qué?

—A los Estados Unidos. Ya sea el Ejército o la población civil.

—No se me ocurre ninguno.

—OK —dijo Reacher—. Gracias. ¿Estás bien y contento?

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Crawford.

—Nada, probablemente. Seguro hay un tema de jurisdicción. La Policía Estatal se lo va a querer quedar. Creo que abrieron una nueva morgue, en Atlanta. Están orgullosos. Es como un teatro nuevo consiguiendo las mejores obras.

—Sí, estoy bien y contento. ¿Tienes tiempo como para venir hasta acá y que cenemos juntos?

—Son casi mil kilómetros.

—No, son casi mil ciento quince. No es lejos.

—Quizás voy un fin de semana.

—Mantenme al tanto con lo de Crawford. Digo, si aparece algo raro. Parte de mi trabajo.

—Lo haré —dijo Reacher, y colgó.

El sargento golpeó la puerta y entró con un informe faxeado y un piloncito de fotos. Apoyó todo en el escritorio y dijo:

—Todo esto es del dos de la Policía Militar en Smith. Hasta el momento es todo lo que tienen. Lo que ellos saben nosotros lo sabemos.

—¿Lo leyó antes de venir?

—Sí, señor.

—¿Y?

—Hay marcas de neumáticos y pisadas. Probablemente un segundo vehículo fue desplegado como barrera. El responsable parece ser un hombre alto de pasos largos y pies grandes. También es destacable el hecho de que los abogados de la JAG fueron a la escena del crimen con los de la Policía Militar. Y había tres heridas de bala. Dos en el pecho y una en la cabeza.

—Buen trabajo, sargento.

—Gracias —dijo el tipo, y salió, y un minuto después entró Frances Neagley.

NEAGLEY TENÍA MÁS O MENOS el tamaño de un boxeador peso mosca, y fácilmente podría haber volteado a uno, a no ser que el réferi de casualidad estuviera mirando. Estaba en uniforme de combate camuflado, recién lavado y planchado. Tenía pelo corto y negro, y un bronceado sólido. Había pasado el invierno del otro lado del océano. Eso estaba claro. Dijo:

—Escuché algo sobre la trepadora muerta.

Reacher sonrió. El radio pasillo de suboficiales. Dijo:

—¿Cómo estás?

—Molesta. Me sacaste de una semana fácil en Fort Bragg. Prácticamente unas vacaciones.

—¿Haciendo qué?

—Seguridad para el comando de fuerzas especiales. Tienden a no necesitar mucho. Lo que no quiere decir que no me alegre de verte.

—¿Qué sabes de Fort Smith?

—Es su versión de los trepadores. Teoría y práctica de guerra irregular. Ellos lo llaman escuela.

—¿Qué razón hay para que tengan abogados de la JAG permanentemente en la base?

—Teoría, supongo. Reglas de combate, etcétera. Imagino que las estarán llevando más allá.

—Mi hermano dice que la trepadora muerta estaba armando una doctrina nueva para Oriente Medio. Quería tener el Plan B. Si no sale la guerra grande, nos quedamos en vez de eso con un montón de guerras pequeñas. Empezando por Irak, quizás. Estaba haciendo sus apuestas. Y supongo que los de fuerzas especiales apostaban con ella. No encajan bien en la guerra grande. Lo suyo son las apuestas chicas. ¿Había alguien que estuviera hablando de eso en Bragg?

Neagley negó con la cabeza.

—Ese tipo de cosas deberían empezar en Smith. Es como espionaje. Hay que infiltrarse en el corazón intelectual. O como una campaña política. Hay que armar al electorado. Necesitas los apoyos clave.

—Entonces si ella gana, ¿quién pierde?

—Nadie pierde. No se desviarían recursos de la guerra grande. Serían gastos extra. El presidente es republicano.

—Entonces era una mujer sin enemigos.

—Era rica —dijo Neagley—. ¿Sabías?

—No —dijo Reacher.

—Se dice que era plata de familia. Se compró un auto deportivo para festejar su promoción.

—¿Qué tipo de auto deportivo?

—Alemán.

—¿Un Volkswagen?

—No lo creo.

Reacher ojeó el informe faxeado.

—Un Porsche —dijo—. El VP en el que la encontraron.

Recorrió con la vista el resto del informe. Palabras, mapas, gráficos. Y las fotos. Barro, huellas, heridas. Le pasó todo a Neagley, que también lo recorrió con la vista, igual que él, palabras, mapas, gráficos, barro, huellas y heridas.

—Dos en el pecho y uno en la cabeza —dijo Neagley—. Eso es una ejecución.

Reacher asintió.

—La mujer sin enemigos. Pero no exactamente. Porque no puede haber sido al azar. No fue un robo. No fue un delincuente cualquiera. Incluso un palurdo se habría llevado el auto. Lo habría manejado sin parar toda la noche y lo habría quemado a la mañana.

—Dos en el pecho y uno en la cabeza es una práctica militar estándar. Bajo ciertas circunstancias, en ciertas unidades. Lo puedes buscar.

—¿Es exclusivamente militar?

—Probablemente no.

—Y el estado de Georgia está lleno de veteranos. No deberíamos restringirlo demasiado. No tenemos que ponernos anteojeras.

Neagley volvió a la última página del informe escrito. Dijo:

—O podríamos taparnos los ojos. No es nuestro caso. Lo tiene la Policía Estatal.

—¿Cuántas personas ricas hay en el ejército?

—Muy pocas.

—¿Cuántas son además lo suficientemente inteligentes como para avanzar por la vía rápida de una tarea complicada a la siguiente?

—Muy pocas.

—¿Te parece que esto sea una casualidad entonces?

—No con el procedimiento tipo ejecución, no.

—Por lo que fue un objetivo específico, deliberadamente emboscado.

—Se pueden ver las marcas en el barro. El tipo estacionó cruzado en la ruta. Fue para atrás y para adelante un poco, para que quedara bien. Después salió a esperar. Pies grandes. Con eso lo podemos restringir. El tipo usa botas cuarenta y ocho y medio.

Reacher volvió a agarrar los papeles. Fue pasando los mapas. No como los que se venden en las estaciones de servicio. Relevamientos gubernamentales detallados, del bosque y los cursos de agua y las rutas y los caminos de todo tipo y finalidad, todos fotocopiados y como formando un mosaico de páginas apenas superpuestas.

—Pero esa ruta no lleva a ningún lado —dijo—. Quizás es solo un cortafuegos. No hay ninguna razón lógica para estar en esa ruta. Hay que desviarse para llegar ahí, y después volver para retomar el camino. A donde sea que estuvieras yendo. Por lo que no hay una manera lógica de predecir que ella iba a usar esa ruta. Las probabilidades son cada vez menores después de la primera bifurcación importante. Podría haber usado cualquier ruta. Es diez a uno en el mejor de los casos. ¿Quién arma una emboscada deliberada con una probabilidad de diez a uno? Tiene que haber sido al azar.

—Entonces dejemos que se lo quede la Policía Estatal. Lo van a buscar por el tamaño del calzado. Este tipo debe ser un jugador de básquet. Digo, ¿qué talle de calzado usas?

—Cuarenta y cuatro.

—¿Eso es mucho o poco?

—No lo sé.

—Necesitamos más casos. ¿Cuánto calza Joe, por ejemplo?

Reacher no respondió.

—¿Qué? —dijo Neagley.

—Discúlpame, estaba pensando.

—¿En qué?

—En los hábitos de calzado de Joe. Calza igual que yo, creo. Quizás cuarenta y cuatro y medio.

—Y es tres centímetros más alto, por lo que recuerdo, y más buen mozo, así que si hacemos un cálculo aproximado podríamos redondear y decir que

un cuarenta y cinco es más o menos el talle de tipos altos como ustedes, y podríamos llevarlo hasta cuarenta y siete y medio, quizás, para incluir algunas variaciones genéticas, lo que quiere decir que un tipo que usa talle cuarenta y ocho no va a ser más bajo que ustedes, por lo menos, y tal vez más alto, lo que lo vuelve una especie de hombre mono que vive en el bosque. Debería ser fácil de localizar. Debería ser fácil descartar sospechosos. La Policía Estatal se va a poder encargar sin problemas.

—Se supone que nosotros supervisemos. Los de la JAG nos dieron libre acceso.

—Supongo que ya estamos consiguiendo todo lo que tengan en Fort Smith.

—Creo que tenemos que ser proactivos.

—¿En qué sentido?

—En el que funcione. Tenía que ser al azar, pero no puede haber sido. Ahí hay un gran arco de suposiciones, y al menos una de esas no puede ser cierta. Vamos a tener que descubrirlo antes o después. Porque la Policía Estatal va a preguntar. También antes o después. Y eso es así.

—OK. Haremos lo que podamos. Además va a estar la autopsia.

DOS HORAS DESPUÉS, LA AUTOPSIA informó exactamente lo que todos esperaban. Por lo demás saludable. El disparo que la mató fue probablemente el primero, en el pecho. Difícil estar seguro, tanto para el patólogo como para el autor del crimen, de ahí los dos que siguieron. Triángulo isósceles. Pecho, pecho, cabeza. Tarea cumplida.

Las tres balas habían sido encontradas adentro del Porsche. Estaban muy deformadas, pero eran casi seguro nueve milímetros Parabellum. La herida de entrada en la frente era exactamente de nueve milímetros de ancho. El ángulo era plausible, para un hombre alto disparando hacia abajo a un auto detenido. Lo que coincidía con las primeras fotografías. Los pies grandes se habían acercado, después se habían movido un poco, probablemente durante un momento de conversación, y después habían dado un paso hacia atrás y se habían plantado. Para el momento de la verdad. La patada de una nueve no era terrible, pero estar bien parado era siempre una buena idea. Un rango de más o menos dos metros y medio, supuso Reacher. Ideal. Pecho, pecho, cabeza. Difícil fallar, a dos metros y medio. Ningún metal en las fotos. El tipo había juntado los casquillos. Y se había ido, en el vehículo de carnada.

Un trabajador calificado.

Una ejecución.

—Para una trepadora el chismerío de su carrera suena bastante normal —dijo Neagley—. En West Point fue una superestrella de las aulas. Una soldado físicamente decente, pero sobre todo una traga. Por lo tanto siempre destinada a trabajos de oficina. Siempre una aceleración pareja. En Planes de Guerra es donde brilló realmente. Como que era lo suyo. Se relajó un poco. Incluso empezó a gastar algo de su dinero. Quizás antes se sintiera rara. Ahí fue cuando compró por primera vez uniformes caros.

—¿Ya sabemos algo del dinero? —dijo Reacher—. ¿Como de dónde viene originalmente?

—¿Crees que es un crimen por dinero?

—¿Quién sabe con la gente rica? No son como vos y como yo, son distintos.

—Llamé a la familia. Difícil hoy, obviamente. Con ella muerta y todo eso. Hay protocolos en el medio y procedimientos que seguir. Probablemente terminemos hablando con el abogado de la familia. Pero está bien. Estas cosas pueden ser complicadas. De todas maneras lo vamos a necesitar.

—¿Llegó algo que sirva de la Policía Estatal?

—Están buscando a un tipo alto de pies grandes. No necesariamente un militar activo. Están abiertos. Reconocen que hay muchos veteranos. Además de muchos chicos que vieron por cable todos los tipos de ejecución de la historia. Y que tienen armas. Y vehículos.

—¿Móvil?

—Dicen robo. Tirando la red a ver qué sale. Como pescar en una tarde tranquila.

—¿En una ruta que no lleva a ningún lado?

—Dicen que hay gente que a veces agarra esa ruta. Ella la agarró ese día, obviamente.

—Baja probabilidad.

—Pero una ubicación tranquila y sin nadie.

—No robaron nada.

—Se asustaron y se fueron.

—¿La Policía Estatal de verdad se cree algo de todo eso?

—No. Es una hipótesis amable. Están haciendo lo mejor que pueden, para ser justa, porque la JAG está ahí pegada a sus talones. Pero oigo decir bien por lo bajo que están seguros de que es un soldado. Están asumiendo pasional, porque no les dijeron exactamente cuán trepadora era.

—¿Podría ser pasional?

—No hay evidencias de novios pasados o presentes. O novias.

—La mujer sin enemigos. Ella gana, nadie pierde. Está todo bien. Salvo porque no está todo bien. Uno de esos datos está mal. ¿Cuál?

—Tú has dicho que fue casual, Reacher. Era una ruta que no llevaba a ningún lado. Me lo acabas de decir.

—¿Qué vehículo era el de carnada? ¿Saben?

—Las marcas de los neumáticos eran Firestone genéricas. Las tienen millones de productos domésticos. Hasta autos medianos y camionetas. Y antes de que preguntes, sí, el Ejército las usa en cantidades. Chequeé, y el auto en el que vine tiene de esas.

—¿Viniste manejando desde Bragg?

—No es tan lejos. A la gente normal le gusta manejar más que a ti.

—Nos van a pedir una lista de talles de calzados en Fort Smith —dijo Reacher—. Eso es lo que sigue.

—En Smith son todos de las fuerzas especiales. Esos tipos son más bajos de lo normal. Apuesto a que todos calzan cuarenta y uno.

—Ese no es el punto. No les podemos dar esa información. No sin abogados. Van a estar hablando durante meses. Esto se va a volver una pesadilla.

TREINTA MINUTOS DESPUÉS llegaban por fax los detalles de la autopsia, y después el télex revivió quejándose con un informe de Fort Smith. El patólogo en Atlanta había pesado y medido y cortado y pinchado y radiografiado. Crawford había sido delgada pero de buena tonalidad. Todos sus órganos estaban en perfecto estado. Tenía quebraduras de la infancia hace tiempo curadas en su clavícula derecha y en el antebrazo derecho. Tenía recientes arreglos odontológicos cosméticos. La toxicología estaba limpia, y no había evidencias de sexo reciente, y nunca había estado embarazada. Corazón y pulmones como de adolescente. No había nada de nada malo en ella, excepto las balas.

El télex de Smith mostraba cierta iniciativa. Los PM habían hecho algún buen trabajo, en un cronograma de la primera semana de Crawford en su puesto. Siete días completos. Muchas charlas. Muchas reuniones. Diferentes agendas, diferentes grupos. No solo oficiales. Había hablado con suboficiales y con soldados voluntarios. Había comido en el comedor común dos noches, y afuera cinco. Les había pedido recomendaciones a los ayudantes del comedor. Lo que era inteligente. Sus destinos eran de larga duración y se

podía confiar en que conocían los lugares de la zona. Que en su mayoría estaban a una hora de distancia, como mínimo, por las rutas de los bosques. Reacher volvió a chequear en los mapas, y los buscó a todos. Parrillas, bares, un restaurante familiar e incluso un cine. Ninguno de los lugares tenía una manera lineal y obvia de llegar hasta ahí. A cada uno se podía llegar por unas cuantas rutas distintas y con muchas vueltas. Las rutas habían sido construidas con propósitos forestales, no para facilitar el tránsito. Había habido especulaciones acerca de si el Porsche bajito las iba a poder andar bien. Pero Crawford no había informado ningún inconveniente. Había ido y había vuelto sana, cinco veces seguidas. Una oficial del Estado Mayor, por una vez fuera de la burbuja del D. C., sacándole provecho a las cosas. Reacher ya lo había visto.

Neagley entró y dijo:

—La oficina de protocolo no puede encontrar a los padres. Piensan que el padre podría estar muerto. Pero no están seguros. Y no tienen número para la madre. O dirección. Todavía están buscando.

Después el sargento sumiso entró con paso cansado atrás de ella, con un télex arrancado en la mano.

La Policía Estatal de Georgia había arrestado a alguien.

No a un soldado.

No a un veterano de guerra.

REACHER LLAMÓ DIRECTO A FORT SMITH para ver qué se andaba diciendo. El sospechoso era un hombre negro que vivía solo en una cabaña a la orilla barrosa de un lago a sesenta kilómetros al norte y al oeste del lugar. Medía dos metros y usaba zapatos cuarenta y ocho y medio. Manejaba una camioneta Ford Ranger con neumáticos Firestone y tenía una pistola nueve milímetros.

Negó todo.

Reacher levantó la mirada hacia el sargento sumiso parado enfrente y dijo:

—Está usted a cargo ahora, soldado. La sargento Neagley y yo nos vamos para Smith.

MANEJÓ NEAGLEY, EN EL AUTO que le habían dado en Bragg. Era un Chevrolet verde, con neumáticos Firestone. Viajaron alrededor de ciento ochenta

kilómetros, más o menos derecho hacia el este desde Benning. Casi todo bosques. Hojas nuevas de verde primaveral brillaban al sol. Reacher dijo:

—Entonces a esta la vamos a llamar la teoría «tirando la red». Como estar pescando una tarde tranquila. De vez en cuando el tipo viene hasta acá desde el lago y tiende la trampa y atrapa algo. Como Robin Hood. O un ogro desde abajo de un puente. Cuando hay luna llena. O cuando sea que necesite comer. O lo que sea. Como un cuento de hadas.

—O quizás viene hasta acá todos los días. Pero solo atrapa algo de vez en cuando. Las dos son posibles. Estos son los bosques de Georgia. Piensa en los asaltos a autos en Los Ángeles. O los robos en la calle en Nueva York. Rutina. Quizás esta es la versión local. Adaptada al medioambiente.

—¿Entonces por qué el asaltante de autos no asaltó el auto? ¿Por qué en vez de eso llevó a cabo una ejecución clínica?

—No lo sé.

—En primer lugar, ¿ella por qué paró?

—Él estaba bloqueando el paso.

—No necesitaba acercarse y hablar con el tipo. Que esté en Planes de Guerra no quiere decir que sea una idiota total. Fue a West Point. Es una mujer manejando sola. Debería haber frenado cien metros antes y hacer avaluación de riesgo.

—Quizás lo hizo.

—¿Sí o no?

—Sí. Lo hizo. Era una mujer manejando sola.

—En cuyo caso concluimos que el tipo no representaba ningún riesgo. Manejó directo hacia él, con la ventana abierta. ¿Habría hecho eso con un tipo raro de dos metros que nunca antes hubiera visto? ¿En una camioneta rota? Estoy seguro que vio todas las películas. Con las motosierras y la música de banjo.

—OK, se sintió segura con el tipo. Quizás lo conocía. O creyó que lo conocía. O conocía a los de su clase.

—Exacto —dijo Reacher—. Lo que haría de él un militar activo. Probablemente de uniforme. Posiblemente incluso en un vehículo militar. No de mucho menor rango. O quizás del mismo o más alto. Para que ella se sintiera de verdad cómoda. Este fue un procedimiento bien complicado. Quiero agarrar al tipo correcto. ¿Si no para qué sirve? Y siempre creí que gran parte de agarrar al tipo correcto es no agarrar al tipo equivocado.

—Van a decir que este tipo tiene los neumáticos correctos.

—Igual que un millón de otras personas.

—Tiene las balas correctas.

—Igual que un millón de otras personas.

—Tiene los pies correctos.

NEAGLEY HABÍA LEÍDO MUCHO material acerca de primeras impresiones, esas décimas de segundo brutales y subliminales en las que un humano juzga a otro, sobre un millón de cosas distintas, todo al mismo tiempo como una computadora, todo para llegar a una inmediata e inevitable pregunta cerrada, sí o no: ¿me quedaría o me iría? Lamentablemente el sospechoso de la Policía Estatal sacó un puntaje muy bajo en ese test. Neagley sabía que su propia avaluación de riesgo probablemente fuera más robusta que la de Crawford, por una cuestión de magnitud, pero así y todo habría mantenido distancia y se habría acercado con cuidado, y solo después de trabar las puertas y desenfundar su arma.

Vieron al tipo en una celda en la comisaría del condado, que estaba a diez minutos de Smith. Tenía alguna clase de problema de crecimiento. Hipófisis, quizás. Un desequilibrio hormonal. Debería haber sido de altura promedio, pero los huesos largos de sus brazos y piernas se habían estirado mucho más de lo que la naturaleza podría haber querido, y sus manos y pies eran igualmente enormes, y su cara era muy larga, con un mentón que se estiraba hacia abajo y una frente cónica hacia arriba.

—¿Ya tiene abogado? —preguntó Reacher.

—No quiso —dijo el *sheriff* del condado—. Cree que los hombres inocentes no necesitan abogado.

—Eso es fundamento para una demanda de insania.

—No, creo que lo dice en serio.

—Entonces podría ser cierto. A veces lo es.

—Tiene los pies y el arma y los neumáticos. Esa es una combinación rara.

—Un tipo con manos así de grandes prefiere una escopeta.

—Nos dijo que tiene una nueve milímetros.

—Puede ser. ¿Pero la usa?

—¿Cree que debería preguntarle? ¿Qué va a decir?

—¿Corroboró que fuera el mismo calzado?

—Empezó a llover de vuelta casi de inmediato. Lo único que teníamos eran las fotos. Nada de moldes. Igual no es que podríamos haber tenido moldes. No es esa clase de barro. Es más como una turba líquida. Demasiado esponjoso. Pido disculpas de parte del estado de Georgia por la mala calidad

de nuestro barro. No es lo que ustedes esperan, lo sé. Pero esponjoso o no, medimos las huellas con una regla. Eran cuarenta y ocho y medio. Igual que las botas que el tipo tenía puestas cuando lo trajeron.

—Tampoco pueden corroborar los neumáticos, entonces. No con precisión. Las canaletas o el uso.

—La foto es lo suficientemente clara.

—¿Dijo dónde estaba en ese momento?

—Solo en la casa. No hay testigos.

—¿Entonces es un caso cerrado?

—La Policía Estatal está considerablemente satisfecha con los resultados. Pero ningún caso está cerrado hasta que el jurado lo dice.

—¿Siguen buscando?

—No como antes. ¿Cuál es su problema, mayor?

—Este tipo vive solo en una cabaña. ¿Sabe por qué? A la gente le da miedo verlo. Es repulsivo. Es lo único que escuchó toda su vida, desde que era niño. Estas cosas de crecimiento empiezan temprano. Por lo que cuando llegó el momento de ganar algunas monedas, ¿por qué se iba a poner a representar el papel del estafador amable, endulzando los oídos de los conductores que pasan para generar una falsa sensación de seguridad? ¿Por qué iba a pensar que podía tener éxito en eso, dada la manera en la que lo miraron toda su vida? Creo que es feo, pero creo que es inocente. De hecho creo que es inocente porque es feo.

—Hay mucha gente de aspecto un poco raro. Eso no les impide trabajar.

—¿Esto pasa seguido? ¿Es algo que se hace mucho acá? ¿Asaltar gente simulando problemas en el auto?

—Es la primera vez que escucho algo así.

—¿Por lo que este tipo además lo inventó?

—Tiene los pies y el arma y los neumáticos —dijo el tipo del condado—. Esa es una combinación rara.

A REACHER LE DIERON EL CUARTO de Caroline Crawford, en los cuarteles de los oficiales de visita de Fort Smith. Los PM habían sacado todas las pertenencias de ella, como parte de la investigación, y el personal de servicio había limpiado el lugar. Algunas de las superficies todavía estaban húmedas, Neagley estaba en las habitaciones de suboficiales. Al otro día a la mañana lo primero que hicieron fue juntarse en el comedor para el café y el desayuno, y después fueron a la oficina de la Policía Militar para mirar mapas. El

comandante local era un capitán que se llamaba Ellsbury. Era un individuo minucioso dirigiendo una operación de manera precisa, y justamente orgulloso por eso. Sacó todos los tipos de mapa que había, incluidos los relevamientos gubernamentales que habían visto antes, más cartas topográficas a gran escala encuadernadas en un atlas, y hasta un mapa de obsequio de la AAA, del sur del estado.

Reacher empezó por el final de una potencial recorrida aleatoria, en lo que el relevamiento gubernamental etiquetaba como bar, y lo que las cartas topográficas que eran mucho más viejas llamaban un club nocturno para negros. Estaba a unos cincuenta kilómetros. Una hora de auto, probablemente, dadas las condiciones del momento. No había una manera directa de llegar hasta ahí. Un posible cliente que saliera de Fort Smith tendría que haber dejado la ruta del condado en el primer desvío y después atravesado los bosques por una de diez rutas potenciales, todas con vueltas y curvas, ninguna a simple vista mejor que otra. La ruta que había usado Crawford no tenía nada que la recomendara. No en términos de eficiencia. Incluso podría haber sumado distancia innecesaria. Dos o tres kilómetros.

—No hay razón para que el tipo de los pies grandes se emboscara ahí —dijo Reacher—. Podía pasar días sin ver tráfico. Y nueve de cada diez veces el tráfico que viera serían soldados. De acá. ¿Qué clase de plan de negocios es ese? ¿Decide vivir de robarles a los de la Fuerza Delta y a los comandos del Ejército? Buena suerte con esa decisión.

—No hay razón para que nadie se emboscara ahí —dijo Ellsbury—. Pero nosotros sabemos que alguien lo hizo.

—¿Usted piensa que el tipo que agarraron lo hizo? ¿Dos en el pecho y uno en la cabeza? Esa es una técnica que se aprende. Centro de masa, izquierda, centro de masa, arriba, uno a la cabeza por si sobrevive a las heridas al pecho. Es relativamente preciso. Es algo practicado.

—Acá lo practican. Pero no hay nadie que faltase antes de que ella se fuera. No fue uno de los nuestros el que la estaba esperando.

—Y dudo que fuera un tipo con un desorden en el esqueleto que probablemente afecta su sistema motriz.

—Tiene los neumáticos y el arma y los pies. Es un tipo negro y raro que vive solo en una choza. Estamos en 1989, pero esto es Georgia. A veces todavía estamos en 1959. El tipo encaja. No va a ser el primero y no va a ser el último.

—Quiero ver esa ruta —dijo Reacher.

MANEJÓ NEAGLEY, CON REACHER adelante y Ellsbury atrás. Salieron de la ruta del condado en el primer desvío, hacia la red capilar, y finalmente a una cinta de asfalto no del todo de dos carriles entre los árboles, mayormente recta y soleada, bordeada por barro fino y negro otra vez blando por la lluvia. Ellsbury se asomó por entre los asientos de adelante y le señaló a Neagley un lugar a más o menos trescientos metros después de una curva suave. Dijo:

—Esa es la escena del crimen.

Sobraba campo como para hacer una avaluación de riesgo. Neagley hizo de cuenta que veía el vehículo averiado y arrancó y mantuvo la velocidad, y podría haber parado a doscientos metros, o a cien, o a cincuenta, o donde hubiese querido. Se detuvo justo donde Ellsbury dijo que había sucedido. No había nada para ver. El barro estaba oscuro y liso y parejo, apenas picado por las gotas de lluvia. Pero las marcas en las fotos habían contado la historia. Un vehículo había estacionado justo ahí, cruzado en los no del todo dos carriles, y un tipo se había bajado y había esperado parado adelante, probablemente haciendo de cuenta que miraba el motor.

Se bajaron los tres, dejando marcas frescas en el barro, hondas y rezumantes donde había mucho, y esponjosas y agujereadas donde no. El aire olía a lluvia y sol y tierra y pino. Reacher miró hacia atrás y hacia delante.

—OK —dijo—. Ya vi suficiente.

Después volvió a mirar hacia delante.

Venía un auto. Blanco y negro. Un auto de policía. Policía Estatal. Un reflector en el pilar y una burbuja en el techo, como un sombrerito rojo. Un tipo atrás del volante. Por lo demás vacío.

El auto se detuvo simétricamente con el de Neagley, trompa con trompa en el otro carril. El policía bajó. Un tipo joven, de pelo claro y cara roja. Contextura de media res. Tenía unos ojos pequeños y como incrustados. Lo hacían parecer malo.

—Se supone que el Ejército nos tiene que informar antes de acercarse a la escena del crimen —dijo.

—¿Está trabajando en este caso? —dijo Reacher.

—Echando un vistazo, curiosidad.

—Entonces desaparezca.

—¿Entonces qué?

—Desaparezca.

El tipo se acercó y miró el pecho de Reacher. *U. S. Army. Reacher*. Dijo:

—Usted es el chico al que no le gusta nuestro trabajo.

—¿Soy el chico? —dijo Reacher.

—Cree que tenemos al tipo equivocado.

—¿Usted piensa que tienen al tipo correcto?

—Claro que creo eso. Es científico. Mucha gente tiene neumáticos Firestone, y mucha tiene munición de nueve milímetros, pero no muchos tienen pies cuarenta y ocho y medio, y cuando juntas todo es como tres cerezas en una máquina tragamonedas.

—¿El tipo va a tener abogado?

—Por supuesto, el defensor público.

—¿Al defensor público le late el corazón?

—Por supuesto.

—¿Eso no le preocupa? ¿Usted cree que el argumento de las tres cerezas va a resistir al más mínimo escrutinio? ¿Estuvo ausente por enfermedad el día que enseñaban a pensar?

—Ahora está siendo desagradable.

—Todavía no —dijo Reacher—. Va a notar la diferencia.

—Esta es una ruta pública. Podría arrestarlo.

—Teóricamente posible. Como que yo consiga una cita con *Miss* América.

—¿Piensa resistirse?

—Quizás en vez de eso lo arresto yo a usted.

—¿Por hacer qué?

—Seguro que algo se nos podría ocurrir. Un poco de esto y un poco de aquello. Podríamos sacar nosotros nuestras tres cerezas.

—Inténtelo —dijo el tipo.

Dio un paso adelante y sacó pecho. *Civiles locales calentones con armas en los bolsillos y cosas que demostrar*.

—Sargento, arreste a este hombre —dijo Reacher.

Neagley dio un paso adelante.

Cara a cara con el policía.

—Señor, me voy a inclinar y voy a retirar su arma de la cartuchera —dijo Neagley.

—No lo creo, señorita —dijo el tipo.

—Si de alguna manera me lo impide, va a ser esposado —dijo Neagley.

El tipo le dio un empujón en el pecho.

Lo que fue un error en varios niveles distintos. La disciplina militar no admitía asaltos por parte de detenidos. Y Neagley odiaba el contacto físico. Nadie sabía por qué. Pero era algo reconocido. No podía soportar que la tocaran. Tampoco daba la mano. Ni siquiera a un amigo. Por lo que darle un

golpe estando enojado era pasarse de la raya, y susceptible de provocar una reacción.

Para el policía la reacción tuvo como resultado una nariz rota y una patada en las pelotas. Neagley volvió del paso hacia atrás y dirigió el talón de la mano a la cara del tipo, desde abajo, un gancho como un peso mosca pegándole a la bolsa, y hubo una rociada de sangre en el aire, y el tipo salió taconeando hacia atrás y con la patada lo empujó otros dos metros y lo dejó de culo en el piso con la espalda contra la rueda de adelante de su auto, jadeando y resoplando y bufando.

—Siéntase libre de presentar una queja oficial —dijo Reacher—. Yo presentaré una declaración como testigo. Sobre cómo una chica le partió la cara. ¿Quiere eso en el informe?

El tipo no quería, aparentemente. Solo se sacudió las manos, mudo.

Desaparezca.

En el auto volviendo a la base Neagley dijo:

—Estoy de acuerdo en que el tipo era un idiota.

—¿Pero? —dijo Reacher.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no lo hiciste tú?

—Como dicen en Inglaterra, ¿para qué comprarte un perro y ladrar tú mismo?

EN LA BASE EL SARGENTO ELLSBURY tenía un mensaje telefónico para Neagley. Ella devolvió la llamada y salió y dijo:

—Encontraron una dirección de los padres de Crawford. Plural. Ahora creen que el padre todavía está vivo. Pero el número de teléfono no los lleva más allá del cuartel de los sirvientes. Ni siquiera pueden establecer si los Crawford están ahora en la casa o no. Supongo que el mayordomo es muy discreto. Quieren que alguien vaya hasta allá a relevar el terreno.

—¿Dónde es?

—En Myrtle Beach.

—Eso es Carolina del Sur.

—Que es un estado limítrofe. Creo que deberíamos ofrecernos.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Acá ya está todo hecho.

MANEJÓ NEAGLEY. UN ESTADO limítrofe, pero igual cientos de kilómetros. Agarraron la I-16 hasta la I-95 y encararon para el norte, y el último tramo lo hicieron a campo traviesa, en medio de la tarde. Tenían una dirección pero no un plano de calles, así que preguntaron en estaciones de servicio hasta que les dieron indicaciones en la dirección correcta, que resultó ser un enclave de lujo entre un canal y el mar. Lo atravesaba una ruta coqueta, con callecitas sin salida que iban surgiendo hacia la derecha y hacia la izquierda como costillas. La calle de los Crawford estaba del lado del mar. Su casa era una gran mansión que daba al océano, en un lote profundo con playa privada.

Parecía estar todo cerrado.

Las contraventanas estaban cerradas desde adentro. Pintadas, reflejaban a ciegas a través del vidrio. Neagley dijo:

—Obviamente no están. En cuyo caso deberíamos ir a hablar con el mayordomo. No deberíamos aceptar un no por respuesta. Es fácil evadir en el teléfono. Cara a cara es más difícil.

—Por mí está bien —dijo Reacher.

Avanzaron por una entrada para autos larga y con empedrado, los Firestone raspando las piedras, y en la puerta del frente frenaron apenas, pero estaba vacía y cerrada, por lo que siguieron el empedrado alrededor y hasta la parte de atrás, donde había una puerta trasera también vacía y cerrada. La entrada de los sirvientes, en ese momento sin uso.

—¿Y dónde está el sirviente? —dijo Reacher—. ¿Cuán discreto puede ser un hombre?

El garage era una construcción aparte. La mayoría de las entradas tenían portones, pero una era un paso que daba a un patio que servía depósito en el fondo. En el paso había un auto estacionado. Un auto pequeño y viejo, todo descolorido por el sol y abollado por los años. Un VP plausible para un mayordomo.

Arriba de las entradas del garage había una vivienda. Con claraboyas y adornos tipo casa de torta, babosa por el aire salado. Había una escalera externa que llevaba a la puerta.

—Este lugar es tan encumbrado que incluso el personal de los pisos de abajo vive en pisos de arriba —dijo Reacher.

Él fue adelante, con Neagley pegada a él, y golpeó la puerta. La puerta se abrió inmediatamente. Como si los hubieran estado esperando. Lo cual era así, supuso Reacher. Su auto había hecho cierta cantidad de ruido.

Una mujer. Quizás sesenta años, y agobiada. Vestido de entrecasa. Nudillos como nueces. Una trabajadora. Dijo:

—¿Sí?

—Señora, somos del Ejército —dijo Reacher—, y necesitamos saber dónde se encuentran actualmente *Mr*. y *Mrs*. Crawford.

—¿Se trata de su hija?

—En este momento, hasta que no conozca el paradero de ellos, no puedo decirle de qué se trata.

—Va a ser mejor que pasen y hablen con mi marido.

Que no era el mayordomo. No si las series que Reacher había visto en televisión eran ciertas. Este tipo estaba extenuado, flaco y encorvado por el trabajo, con manos grandes y fuertes. Un jardinero, quizás.

—¿Cuál es su número de teléfono? —dijo Reacher.

Se lo dijeron, y Neagley asintió. Reacher dijo:

—¿Ustedes son los únicos que están acá en este momento?

Dijeron que sí, y Reacher dijo:

—Entonces creo que el Ejército ya los llamó. Por algún motivo el único teléfono que tenemos es el de ustedes.

—La familia no está acá —dijo el tipo extenuado.

—¿Y dónde está?

—Tenemos que saber de qué se trata —dijo la mujer.

—No pueden filtrar información para ellos. No tienen ese derecho.

—Entonces se trata de su hija. Son malas noticias, ¿no?

El cuarto era pequeño y estrecho. El techo era bajo, por la inclinación. Los muebles eran sencillos, y poco generosos en cantidad. Los lugares para guardar cosas eran inadecuados, claramente. Los papeles importantes estaban amontonados sobre la mesa. Cuentas, y cartas. El piso era de madera pelada. Había un televisor. Había un estante con tres libros, una rana de juguete pintada de plateado. O un armadillo. Algo redondeado. Quizás de quince centímetros. Algo agazapado.

—Discúlpenme —dijo Reacher.

Se acercó.

No era una rana. No era un armadillo. Era un autito de juguete. Uno deportivo. Pintado de plateado. Un Porsche.

Reacher fue hacia la mesa. Agarró una hoja de un sobre abierto.

Un resumen de un banco. Una caja de ahorro. Con casi mil dólares.

Los destinatarios eran H y R Crawford, en la dirección que tenía el ejército, y el número de teléfono era el mismo.

No estaban filtrando la información.

—Señor, señora —dijo Reacher—, lamento mucho que sea mi deber informarles en nombre del comandante en jefe que hace dos días su hija fue víctima de homicidio en franco de servicio. Las circunstancias están todavía siendo investigadas, pero sabemos que su muerte debe haber sido instantánea y sin sufrimiento.

AL IGUAL QUE LA MAYORÍA DE LOS PM Reacher y Neagley ya habían notificado muertes, y se sabían la rutina. No sentimentaloide como vecinos. La manera en que lo hacía el Ejército era apropiadamente seca, pero con la radiación de lealtad de sentimientos íntegros, como el coraje y el servicio y el sacrificio. Después los padres empezaron a hacerles preguntas, y ellos respondieron lo que pudieron. Carrera buena, suerte mala. Entonces Neagley dijo: «Cuéntennos algo de ella», algo que Reacher asumió como cien por cien interés profesional, pero que también funcionaba en el plano psicológico.

La mujer contó la historia. La madre. Le salió solo. Ella era la cocinera. El tipo extenuado era el cuidador. El padre. Caroline era su hija. Hija única. Había crecido ahí mismo, arriba de los garages. No lo había disfrutado. Quería lo que había en la casa grande. Era diez veces más inteligente que ellos. No era justo.

—Dio a entender que tenía plata de familia —dijo Reacher.

—No, era todo de ella —dijo el tipo extenuado—. Le pagan una fortuna. Es un trabajo en el gobierno. Esos tipos se cuidan unos a otros. Pensiones, también, espero. Toda clase de beneficios.

—¿Ningún patrimonio? ¿Ninguna herencia?

—Le dimos treinta y cinco dólares cuando se fue a West Point. Era todo lo que habíamos podido ahorrar. Nunca recibió más que eso. Lo demás lo ganó ella.

—¿Podría usar su teléfono? —dijo Reacher.

Dijeron que sí, y marcó al Pentágono. Un número en un escritorio afuera de una oficina con una ventana. Atendido por un sargento.

—¿Está ahí? —dijo Reacher—. Soy el hermano.

La voz de Joe se escuchó del otro lado de la línea.

—Dime una buena parrilla en Alexandria abierta hasta tarde —dijo Reacher.

Joe lo hizo.

—Nos vemos ahí hoy a las nueve de la noche —dijo Reacher.

—¿Por qué?

—Para mantenerte al tanto.

—¿Con lo de Crawford? ¿Hay algo raro?

—Muchas cosas. Necesito hacerte una consulta.

MANEJÓ NEAGLEY. DE VUELTA A la I-95. Cientos de kilómetros. Tanto como de Fort Smith a Myrtle Beach, otra vez. Se quedaron a la izquierda del Potomac y entraron a Alexandria noventa minutos antes de que anocheciera. Al restaurante llegaron cinco minutos tarde. Había un tipo cerca de la puerta, haciendo nada. Ropa normal. Casi convincente.

Neagley entró y se buscó una mesa para uno. Después entró Reacher y se sentó con Joe. Mantelería blanca, velas tenues, vinos rubí, un ambiente tranquilo. Había otro tipo con ropa normal solo en una mesa, del otro lado del salón con respecto a donde estaba Neagley. Simétrico.

—Veo que te trajiste a tu perro guardián —dijo Joe.

—Veo que te trajiste dos de los tuyos —dijo Reacher.

—Lo de Crawford es serio. Se podría necesitar acción inmediata.

—Por eso está acá Neagley.

Pidieron. Sopa de cebolla y entrecot para Reacher, *foie gras* y *filet mignon* para Joe. Papas fritas para los dos, vino tinto para Joe, café para Reacher. Y una jarra de agua. Fueron directo al grano.

—El tema de la ruta me preocupó desde el principio —dijo Reacher—. No lleva a ningún lado. Un lugar ridículo para poner una trampa. No puede haber sido al azar. Pero a propósito tampoco tiene sentido. Ella podía elegir entre tres o cuatro lugares a dónde ir, y más o menos cuarenta maneras de llegar. Después me di cuenta. Un tipo verdaderamente inteligente no pensaría en dónde iba a ir ella. No intentaría predecir cómo iba a ir de A a B o a C o D. Se daría cuenta de que todas las rutas eran iguales. Al menos en términos de traslado. Pero no iguales en otros sentidos. No en lo emocional, por ejemplo. A veces me olvido de que a la gente le gusta manejar más de lo que me gusta a mí. Por lo que un tipo inteligente se preguntaría: ¿qué ruta agarraría ella porque sí? ¿Una mujer joven con un flamante auto deportivo? No había competencia. Esa era una gran ruta. Tramos rectos, lindas curvas, árboles, sol, el aroma al aire fresco. Gran ruido, también, probablemente. Una ruta de ventanillas bajas. Un tipo inteligente sería capaz de predecirlo.

—Un tipo inteligente con entrenamiento militar —dijo Joe.

—¿Por lo del triple disparo? Coincido. Es un momento de mucha tensión. Eso fue automático. Memoria muscular. Años de polígono. El tipo era uno de

los nuestros.

—¿Pero cuál de los nuestros? ¿Y por qué?

—Acá es donde se pone altamente especulativo. No era rica. Ahora lo sé. Debería haberlo sabido hace mucho. Estaba ahí mismo en los detalles de la autopsia. Tenía unos arreglos dentales cosméticos recientes. Una chica rica se los habría hecho muchos años antes. De adolescente. Por lo que nada de plata de familia. Conocí a sus padres. Tenían treinta y cinco dólares en la cuenta de ella para la universidad. No hay tíos ricos. Creen que lo ganó todo ella. Un trabajo en el gobierno. Creen que ganaba una fortuna. Pero nosotros sabemos que no era así. Diez tenientes coronel juntos no se podrían pagar un Porsche cero kilómetro. Pero ella se compró uno. ¿Con qué?

—Dime tú.

—Estaba en Planes de Guerra. ¿Supongamos que le vendía información al gobierno de otro país? Irak, quizás. Pagarían una fortuna. Ella está redactando el plan. Recibirían la información de primera mano.

—Posible —dijo Joe—. Teóricamente. En el peor de los casos.

—¿Vamos a tener algún problema con Irak?

—Es probable —dijo Joe—. Quiere Kuwait. El año que viene, o el otro. Se lo vamos a tener que dar. Probablemente base en Arabia Saudita, la Armada en el Golfo. Todo completo.

—Entonces quiere ese plan. Y paga para tenerlo, palabra por palabra. A una mujer que quizás ya no quiere ser más pobre. Los rumores dicen que salió del cascarón en Planes de Guerra. Finalmente empezó a gastar algo de su plata. Salvo que quizás no era finalmente. Quizás esa era la primera plata que tenía.

Joe no dijo nada.

—Contrainteligencia debe haber estado vigilando esas cosas —dijo Reacher—. Pero por algún motivo se les pasó, y así siguió por un largo rato. Se formó la leyenda. Plata de familia. La mujer más rica. Se estaba escondiendo a plena vista. Entonces algo cambió. De repente la descubrieron.

—¿Cómo? —dijo Joe.

—Puede haber habido varias razones —dijo Reacher—. Puede haber sido pura casualidad.

—¿O?

—Puede haber sido que llegó un nuevo comandante a contrainteligencia. Quizás el nuevo comandante tenía la pieza que le faltaba al rompecabezas. De repente dos más dos dio cuatro. Lo que sería pura casualidad de otra clase. Pero pasa.

Joe no dijo nada.

—Pero ahí pongamos pausa —dijo Reacher—. Vamos a mirarlo desde el punto de vista del nuevo comandante. En ese momento es el único que tiene todas las piezas. Es el único que puede ver el cuadro completo. En todo el mundo. Es una posición solitaria. Nadie más sabe. Pero todo se trata de quién más lo sabe. Porque nadie más lo tiene que saber. Es solo Irak, ¿pero eso quién se lo va a creer? Habría pánico general. Todos los planes se verían comprometidos. La estrategia soviética se caería. No se creería nunca más en nada. Por lo que es vital que nadie más lo sepa. Literalmente. Nunca. Nadie. Dos no pueden guardar un secreto. Pero hay que detenerla. Y la traición se paga con pena de muerte. El nuevo comandante llega a la conclusión de que lo tiene que hacer él mismo. Es la única manera de frenarlo. Casi un momento histórico. Se va a salvar al mundo. Una gran cosa. Pero el mundo nunca lo va a saber. Por lo que es irónico, y estratégicamente astuto, y noble y ético. Como un deber patriótico.

Joe no dijo nada.

—Imagino que el nuevo comandante de una unidad así sería lo suficientemente inteligente como para pensar lo del auto deportivo y la ruta.

—El tipo calzaba cuarenta y ocho y medio —dijo Joe.

—Cuarenta y ocho y medio como máximo. No puedes hacer que las huellas de tus pies sean más pequeñas, pero puedes hacer que sean más grandes. Supongo que podría ponerme unas zapatillas, o algo ajustado, y después poner mi pie adentro de unas botas cuarenta y ocho y medio. Ajustado y firme. No como zapatos de payaso. Podría andar pisoteando y dejando huellas como un astronauta en la luna. ¿Sabes de dónde saqué esa idea?

—No —dijo Joe.

—La segunda vez que vivimos en Okinawa. Tú tenías seis años. Quizás siete. Te empezaste a levantar temprano a la mañana y andar por ahí con las botas de papá puestas. Yo no sabía por qué. Quizás es algo del hermano mayor. Quizás querías estar en sus zapatos, literalmente. Pero yo te escuchaba. Y una vez hiciste que discutiera con mamá por dejar marcas en la alfombra. De ahí saqué la idea.

—Mucha gente debe haber hecho eso.

—¿Cuántos crecieron hasta llegar a ser recientemente ascendidos a comandantes de unidades de contraespionaje?

Joe no dijo nada.

—Haciendo memoria —dijo Reacher—, te las arreglaste bastante bien cuando hablamos por teléfono. Debes haber estado muy sorprendido. Y sin embargo no te olvidaste de hacer las preguntas obvias, como quién murió. Y preguntaste cómo, lo que estuvo bien, y yo dije que le habían disparado en una ruta solitaria, pero ahí tendrías que haber preguntado le dispararon en una ruta solitaria cómo, porque un francotirador entre los árboles era tan plausible como una emboscada en el camino. En las rutas de adentro. Pero no preguntaste le dispararon en una ruta solitaria cómo. Podrías haber resuelto esa parte del diálogo un poco mejor. Y te pusiste nervioso. Y no querías terminar la conversación. Me preguntaste qué iba a hacer al respecto. Y la arruinaste del todo con lo de los mil ciento quince kilómetros. Eres un tipo pedante, Joe. No te equivocarías. Y estoy seguro de que no lo hiciste. Supusiste que Benning estaba a la misma distancia que algún lugar que sabías a qué distancia estaba. El mismo radio. Y el lugar que sabías a qué distancia estaba de tu oficina era Fort Smith. Porque acababas de ir manejando hasta ahí. Ida y vuelta.

—Una hipótesis interesante —dijo Joe—. ¿Qué haría al respecto un policía hipotético?

—Se sentiría hipotéticamente mejor sin un tipo en la entrada y otro en el salón.

—¿Solo Neagley?

—Ella maneja. Tiene derecho a alimentarse.

—Lo de Crawford es serio.

—Tranquilo —dijo Reacher—. El policía hipotético no ve un problema. Es una persona con los pies en la tierra. Estoy seguro de que su análisis habría sido el mismo que el del comandante. Pero hay un problema. Supongo que las hipotéticas botas cuarenta y ocho y medio se suponía que arreglaran el tema, que enfriaran el caso para siempre, pero no funcionaron. Se están llevando puesto a un tipo. Cuarenta y ocho y medio, la misma munición que el hipotético comandante que lo habría hecho, y los mismos neumáticos, todo pura coincidencia, pero lo están considerando tres cerezas en una máquina tragamonedas. Lo van a condenar.

—¿Qué tendría que hacer el hipotético comandante al respecto?

—Estoy seguro de que hay alguna palabra clave. Probablemente a través de la oficina del presidente. Las cosas se cierran. El tipo queda libre.

Joe no dijo nada.

—Y ahí los casos duermen para siempre.

—OK —dijo Joe. Y después dijo—: Eres realmente un muy buen policía, por descubrir todo eso.

—No —dijo Reacher—, soy realmente un buen policía por no descubrirlo del todo y hacer que tú de todas formas lo confirmaras. Y estoy orgulloso de ti. Había que contener la situación. No había elección. Lo hiciste bien. Bien planeado, y una *performance* casi perfecta.

—¿Casi?

—Los tres disparos estuvieron mal. Una ejecución obvia. Lo deberías haber hecho desprolijo. A la garganta, quizás. Todos asumen que un tiro en la garganta es por haberle errado a otro lugar. Rasgo *amateur* automático. Puedes agregar un disparo a la cabeza si te hace sentir mejor, pero hazlo raro, como en el ojo o en la oreja.

—Eso suena a la voz de la experiencia.

—¿Qué crees que estuve haciendo en Centroamérica?

Durante el resto de la comida hablaron de otras cosas. Chismes, conocidos, lecturas, política y familia. Joe estaba preocupado por su madre. No estaba siendo ella misma.

REACHER Y NEAGLEY LLEGARON a Smith tarde al día siguiente. El sargento de Ellsbury les dijo que el sospechoso de la Policía Estatal había sido liberado sin cargos, al mediodía, y se había ido manejando a su casa. El caso mismo había sido retirado y asignado como primera causa para una unidad de investigaciones recién creada bien adentro del Pentágono. Nunca nadie la había oído mencionar. Las conclusiones se darían a conocer dentro de uno o dos años, de estar disponibles.

Después llegó otro télex. Aparentemente el mayor David Noble se había recuperado de su accidente automovilístico y estaba ansioso por asumir el cargo previsto. A Reacher lo destinaron de vuelta a Centroamérica. Y a Neagley de vuelta a Bragg, porque Noble traía a su propio sargento. La reorganización duró menos de un año. Nadie volvió a escuchar hablar de ella.

Posiblemente el mayor mérito profesional de la carrera militar de Joe Reacher fue hacer que se cambiara el plan de guerra para Irak sin nunca revelar por qué. Y un año y medio después, cuando las botas pisaron la arena del desierto en Kuwait, todo salió bien, todo se terminó en cien horas, con o sin Plan B.



LEE CHILD nació en Inglaterra en 1954. Es autor de veintidós novelas policiales, entre ellas *Zona peligrosa, Nunca vuelvas atrás, El enemigo* y *Personal*, y doce cuentos. Todos sus libros son de la serie de Jack Reacher y dos fueron llevados al cine. Ha sido traducido a cuarenta y ocho idiomas y lleva vendidos más de cien millones de ejemplares en todo el mundo. Decidió dedicarse a la literatura después de quedar desempleado, debido a una reestructuración en una cadena de televisión británica. Actualmente reside en Estados Unidos.

Notas

[1] PM: Policía Militar; JAG: Judge Advocate General’s Corps. U. S. Navy (Abogacía General de la Armada de los Estados Unidos). [N. del T.] <<

ÍNDICE